



Tierra Nueva

**APORTES DE LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL NORTE A LA SOCIEDAD
Y A NUESTRA IGLESIA**



Revista de la Dirección General de Pastoral y Cultura Cristiana
de la Universidad Católica del Norte, Antofagasta

Esta edición número 11 de Tierra Nueva contó con la colaboración especial de la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica del Norte. Antofagasta, noviembre de 2014.

Tierra Nueva
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE
ANTOFAGASTA

ISSN: 0718-0845

Representante legal: Rector Jorge Tabilo Álvarez

Director: Padre Ibar Astudillo Godoy

Subdirectora: Erika Tello Bianchi

Equipo Editor

Rubén Gómez Quezada

Carlos Ruiz-Tagle Vial

Walter Santander Wannhoff

Isidro Morales Castillo

Domicilio legal: Av. Angamos 0610, Antofagasta, Chile

Diseño y Diagramación: Mercedes Lincoñir H., Ediciones Mensaje

Fotografía Portada: Loreto Valenzuela Rencoret.

Impresión: GráficAndes®

SUMARIO

- 5 EDITORIAL: El camino de Tierra Nueva en su undécima edición:
“Llámame Tierra Nueva”, por: *padre Ibar Astudillo Godoy*
- 15 APORTES DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL NORTE A LA
SOCIEDAD Y A NUESTRA IGLESIA
- 17 Tierra Nueva, el sentido de una revista, *Dr. André Hubert R., sj.*
- 47 Notas para una crónica personal de la Universidad del Norte,
Mauricio Ostria González
- 63 Un exordio a un artículo de Gerardo Claps Gallo,
Rubén Gómez Quezada
- 67 Tres reflexiones sobre nuestro norte, *Gerardo Claps Gallo*
- 91 Catolicismo y universidad: una mirada teológica,
Francisco Correa Schnake
- 109 Reflexiones sobre la identidad y desafíos de las universidades
católicas, *Juan Eduardo Coeymans Avaria*
- 139 Una estadia en la casa del Papa: recuerdos vaticanos y romanos,
Rubén Gómez Quezada
- 159 A nueve años de la canonización de Alberto Hurtado en Roma, la
ciudad eterna, *Isidro Morales Castillo*
- 177 TIERRA NUEVA: Índice por autores y temas, documentos y libros
editados por Colección Iglesia y Mundo 2004-2014



EDITORIAL

EL CAMINO DE “TIERRA NUEVA” EN SU UNDÉCIMA EDICIÓN:
“¡LLÁMAME TIERRA NUEVA!”

Al recorrer el camino de nuestra revista “Tierra Nueva”, me surge un profundo agradecimiento a todos aquellos que fundaron y han hecho posible la creación y elaboración de cada uno de los once ejemplares de nuestra revista. Sin duda a los directores, la subdirectora, los diversos equipos editoriales y los autores de un sin número de artículos de gran profundidad y profesionalismo. Ellos han sido clave en la permanencia y elaboración de nuestra revista. A continuación quisiera rescatar, a modo de síntesis, la memoria de cada uno de nuestros ejemplares, destacando la riqueza y profundidad de cada uno de los artículos. Teniendo como intención, ser un aporte para nuestra universidad, sociedad y nuestra Iglesia.

(Año I, N° 1) En la primera revista “Tierra Nueva” hubo una frase bíblica que inspiró el lanzamiento de esta revista de la Dirección de Pastoral. Esta frase bíblica decía así: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido” (Ap. 21,1). Fue creada con el fin de ser un aporte para nuestra universidad, para nuestra Iglesia y para toda la sociedad en general. Quisiera destacar la frase exclamativa del primer ejemplar: que decía “¡Llamarse Tierra Nueva!”. Vivimos en este mundo, en esta tierra, pero nuestros ojos están puestos en el cielo nuevo y la tierra nueva que Dios nos ofrece en Cristo. No se trata de huir de esta tierra, de encontrarla mala u obsoleta. Se trata, por el contrario, de vivir plenamente esta vida, en este mundo concreto. La intención de la primera revista “Tierra Nueva” fue dar un aporte al hálito de fe, esperanza y amor a todos. El deseo era hacer un nexo entre la Pastoral y las diferentes unidades de nuestra universidad y de las unidades entre sí. Entre la pastoral y los distintos traba-

jos pastorales que existen en nuestra ciudad y región. En sus comienzos tenía tres partes: la primera contenía artículos, la segunda parte eran noticias y reseñas, y la tercera parte presentaba documentos de diversa índole. Los primeros artículos versaban sobre la “misión de las universidades católicas como formadoras de personas y cultura”; también se nos ofrecía “una visión de nuestro mundo a través de la enseñanza, la química”; “sobre la espiritualidad y el avance de edad”; por último, se nos ofreció “una visión sobre Charles Péguy, eminente pensador francés del siglo XX”.

(Año 1, N° 2) En la segunda revista se destacó una noticia triste: nuestro Pastor y Gran Canciller de nuestra universidad nos deja (como reza el canon: por razón de su edad). Pero esta tristeza se aminora por la llegada de nuestro actual Pastor, Don Pablo Lizama Riquelme. Para nuestra diócesis y nuestra universidad comienza una “Tierra Nueva”, con un nuevo Arzobispo y un nuevo Gran Canciller. En esta revista destacan artículos que reflejan la vida de nuestra universidad. Por ejemplo, resalta el libro que editó nuestra universidad en homenaje a nuestro pastor, Don Patricio Infante Alfonso; el primer rector de la universidad “Reflexiona sobre la relación universidad y cultura”, también destaca otro artículo sobre el “Pluralismo y la universidad”; “sobre el ideal humanista de la misma universidad”. Se nos presenta un artículo que nos invita a acercarnos “a la realidad y la vida de los pobres”. Por último, se nos habla de la “visión de la Vicaría de la Educación en el Arzobispado de Antofagasta”.

(Año 2, N° 3) El año 2005 estuvo marcado por grandes cambios a nivel mundial y local. Recordamos la partida de Su Santidad, el Papa Juan Pablo II. En abril el Papa nos dejó para ir a la casa del Padre. Para todos fue un acontecimiento triste y doloroso. Un hombre bueno que busco la paz y el entendimiento. En ese mismo año los cardenales reunidos en Cónclave, eligieron a Benedicto XVI. Quien será el guía de la Iglesia durante los años que venían. En este mismo año asumiría Don Pablo Lizama como nuevo Arzobispo de Antofagasta y Gran Canciller de la universidad. Este mismo año, después de cuatro años al servicio de la pastoral, el P. Andrés Hubert, sj, deja de ser el Director de la Pastoral y asume como Director del Departamento de Teología. Se destaca el aporte del P. Andrés, entre otras

cosas el de regalarnos la idea y la revista de la Pastoral: “Tierra Nueva”. Junto con la llegada del nuevo Director de Pastoral, Padre Juan Ignacio Sepúlveda, sj, se cambia el diseño de la revista “Tierra Nueva”, con el fin de hacerla más atractiva e interesante. En esta revista se vislumbra la Santidad del Padre Alberto Hurtado, sj, por eso se incluyen algunos artículos que destacan su entrega.

(Año 2, N° 4) “Tierra Nueva” no quiere estar lejos del hombre que se levanta como ejemplo para nuestro país. Por eso este número reflexiona sobre la figura del Padre Alberto Hurtado, sj, destacado por su amor los pobres, por aquellos más desposeídos de nuestra sociedad. Su interés era la solidaridad, pero también la justicia. Toda su fuerza la sacaba de una profunda cercanía a Dios. Es por eso que nuestra revista se dedicó a indagar en torno a la “mística Social del Padre Alberto Hurtado, sj. En esta revista también se resalta el “talante intelectual del Padre Hurtado. Destaca su mirada sobre la misión universitaria. Por último, se publican algunos artículos escritos por el propio Padre Alberto Hurtado. Sin duda son una ayuda para nuestras vidas y la manera de encarar mejor el mensaje de Jesucristo en nuestro apostolado universitario.

(Año 3, N° 5) En este ejemplar se destacaron los “cincuenta años de la Universidad Católica del Norte”. Se señalan sus inicios modestos, cuando éramos una universidad con sede prestada y dependiente de la Universidad Católica de Valparaíso. Sólo se contaba con un grupo pequeño de estudiantes. Se describe el crecimiento de la universidad y se señala que el camino no ha sido fácil. Han existido una serie de dificultades: lejanía, soledad, desierto; pasar por los años duros de la reforma universitaria; atravesar los duros tiempos del gobierno militar. Así como es difícil la vida en el desierto, ha sido difícil construir nuestra universidad. A través de diversos testimonios y entrevistas se reflexionó sobre el inicio y lo que soñamos para nuestra universidad. En este número se destacó la importancia de seguir preguntándonos por el significado del hombre. La importancia de ser fieles a nuestra vocación primera: desde el norte de Chile buscar construir una sociedad digna y con valores que promuevan al ser humano. Recordar los orígenes y los sueños de la universidad significa ser capaces, con creatividad y de acuerdo a los tiempos, de proyectarnos hacia el futuro.

(Años 4, N° 6) Resalta la importancia de la Iglesia latinoamericana y del Caribe. La importancia de estar atentos a lo que el Espíritu Santo nos quiere comunicar; a la invitación a caminar en nuestro continente. Desde el 13 al 31 de mayo de 2007, en el Santuario Nuestra Señora de Aparecida, Brasil, se llevó a cabo la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. En este contexto se reflexiona sobre el discurso inaugural del Papa Benedicto XVI, quien recordaba a todos los asistentes que por ser bautizados, todos los fieles “están llamados a ser discípulos y misioneros de Jesucristo”. En este número se destaca la invitación de Aparecida: “nos invita a ser discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos tengan vida”. ¿Cómo poder ser discípulos de Cristo? ¿Cómo vivir su llamado y misión en la propia vida? Ésta es una pregunta que nos debemos plantear lo que somos y hacemos: una universidad católica y, más específicamente, una universidad católica en el norte de Chile. Desde ahí surge el llamado para ser discípulos y predicar la “Buena Nueva”. En esta edición se reflexionó sobre las principales temáticas de Aparecida. Además sobre el debate ético y, por último, sobre el significado de una Pastoral universitaria en una universidad católica. También se trabajó sobre el tema del dolor y el sufrimiento. Se señaló el papel fundamental que corresponde a las universidades católicas, como organismos no gubernamentales, en la construcción de una paz positiva.

(Año 5, N° 7) Este número de nuestra revista coincide con los diez años de la creación del Departamento de Pastoral Universitaria en ambas sedes: Antofagasta y Coquimbo. En diversos artículos se destaca la labor de nuestra unidad. Por ejemplo, “la visión de la acción pastoral de la Universidad Católica del Norte, sede Antofagasta”. También se revisa “la erección y el desarrollo institucional de la Pastoral Universitaria”. Se ve la “mirada testimonial de los diez años del Departamento de Pastoral Universitaria, sede Coquimbo”. Se examina la interrelación entre la Pastoral y la vida universitaria, desde la perspectiva de la teoría de sistemas, en “Pastoral Universitaria: una visión sistémica”. En esta revista también se resalta la importancia de los “Ejercicios Espirituales para la opción de vida. Reflexiones sobre el método ignaciano y los jóvenes”. Se habla de la “cultura juvenil y sus desafíos”. Se publican otros artículos que responden a destacar los diez años de los departamentos de Pastoral Universitaria.

(Año 6, N° 8) En esta revista se analizó el sentido de la universidad como una institución católica. Se entiende a la universidad como un componente importante de la misión de la Iglesia. La fe busca inteligencia y, para ese fin, investigamos. Y en las universidades los jóvenes se forman para servir a los demás, pues es una vocación de cristiano. En este número se destaca que el discurso polarizado entre fe y la ciencia es un mito. La Iglesia tiene una larga historia como cuna de la investigación científica, pues en el mundo se descubren las maravillas creadas y sostenidas por el creador. También se reflexiona sobre la “identidad y desafíos de las universidades católicas”. Se nos presenta el “catolicismo y universidad: con una mirada teológica”. Otros temas tratados en esta revista fueron sobre “las redes sociales para el bien común”, “la búsqueda del desarrollo sustentable como una manifestación de amor al prójimo”, “reflexión sobre Red e intercambio en las sociedades tradicionales, como un reto que nos obliga a reconocer los principios de reciprocidad que operan en todo el conjunto social”; por último, nos habla del “desafío ético de nuestra sociedad contemporánea”.

(Año 9, N° 9) La presente revista contiene diversos artículos que apuntan a profundizar desde diversos enfoques y áreas sociales el tema de la “vocación social”. Se vislumbra como tema principal el “desarrollo y equilibrio social”, pensando en cómo desde la universidad podemos hacernos parte de esta brecha y generar espacios de acercamiento para ir avanzando en la solución de los problemas que frenan el desarrollo y que requieren de un mayor compromiso por parte de todos los actores sociales que están en condiciones de propiciar un desarrollo más equilibrado, que permita llegar a quienes hoy no son parte de estos procesos de auge y que requieren un apoyo mayor para superar su condición de vulnerabilidad. En este mismo sentido, se profundiza en “los aportes de la sociedad civil en la construcción de una sociedad más ética”. De la misma manera se conocen “las huellas de San Alberto Hurtado, sj, en Bolivia y el norte de Chile, tomándolo como ejemplo de compromiso de entrega y vocación social”. Se profundiza en el “rol social de las universidades y de nuestra universidad en particular”. Por último, en ésta se nos invita a mirar el “desarrollo” de una manera distinta, con una mirada centrada en la “persona”. Es una invitación a reflexionar sobre nuestro rol como personas, empresas e instituciones al servicio de nuestra sociedad y la responsabilidad que en su evolución nos compete.

(Año 10, N° 10) El tema de este número especial es un homenaje y memoria histórica: “A 40 años del Golpe de Estado en Chile”. La idea de este ejemplar era conducirnos a la unidad y la reconciliación entre nosotros. Se relata una serie de testimonios de estudiantes, funcionarios y académicos que sufrieron horribles humillaciones. Se saca como enseñanza que estas humillaciones no pueden ser en vano. Lo vivido por los nuestros nos debe llevar a ser más hermanos, más unidos. Que nunca más nos convirtamos en verdugos unos de otros. Por lo tanto, se recoge la experiencia del “golpe militar” vivida hace cuarenta años en nuestra universidad, recogida a través de testimonios. Esto nos permite constatar el dolor y sufrimiento vividos por muchos compañeros y hermanos nuestros. De estas vivencias se rescatan enseñanzas de amor y de esperanza para nosotros y para nuestra institución universitaria. Por último, esta revista tuvo como fin hacer un acto de reparación por todos los alumnos, funcionarios y académicos que vivieron persecución, desaparición, exilio, tortura y muerte. La idea principal de estos testimonios es que nunca más en Chile y en nuestra querida universidad nos desencontremos. Además, para que aprendamos a ser tolerantes, pese a la diversidad de pensamientos e ideológicas. El fruto de esta revista fue buscar la paz entre nosotros y el consuelo. Buscar la justicia y tener un gran espíritu de reconciliación.

Al terminar de hacer esta recopilación de estos once ejemplares, los invito a seguir trabajando en el hermoso desafío de reflexionar, pensar y aportar a través de diversos artículos. Sin duda que este aporte nos hace crecer como Pastoral, universidad y como Iglesia. Gracias a Dios, a nuestra Madre, la Virgen María, y a todos los que hacen posible esta revista. Felicidades en estos once ejemplares.

Padre Ibar Astudillo Godoy



**APORTES DE LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL NORTE A LA
SOCIEDAD Y NUESTRA IGLESIA**

TIERRA NUEVA, EL SENTIDO
DE UNA REVISTA

TIERRA NUEVA, EL SENTIDO DE UNA REVISTA

Dr. André Hubert R., sj.

Teólogo, Departamento de Teología UCN, Antofagasta

¡Llamarse 'TIERRA NUEVA'!

Vivimos en este mundo, en esta tierra, pero nuestros ojos están puestos en el cielo nuevo y la tierra nueva que Dios nos ofrece en Cristo. No se trata de huir de esta tierra, de encontrarla mala u obsoleta. Se trata, por el contrario, de vivir plenamente esta vida, en este mundo concreto. Se trata de vivir tan plenamente en este mundo que queramos transformarlo para que llegue a conformarse al deseo y al proyecto de Dios.

Como Pastoral Universitaria, nos sentimos comprometidos con nuestro mundo a través de la Universidad Católica del Norte. Nuestra misión principal es anunciar a Jesucristo en todos los sectores de la Universidad: académicos, profesionales, alumnos. También, desde la Universidad, a todos los sectores religiosos de nuestra ciudad y de nuestra región.

Nos ha parecido de suma importancia para cumplir nuestra misión el crear una nueva revista. Queremos que esta revista aporte un hálito de fe, esperanza y amor a todos. Queremos que sea un nexo entre la Pastoral y las diferentes unidades de nuestra Universidad y de las unidades entre sí, entre la Pastoral y los distintos trabajos pastorales que existen en nuestra ciudad y en nuestra región.

Para nosotros, es importante que todos nuestros lectores puedan reaccionar y ofrecernos sus ideas. Esta revista tiene que llegar a ser algo vivo. Sólo así cumplirá su misión de acercarnos a todos a la TIERRA NUEVA¹.

Así reza el editorial del primer número de la revista. Con motivo de los diez años de una publicación, parece bueno reflexionar y meditar sobre lo que es una revista y sobre lo que es ésta en particular. Vamos a estudiar primero el nombre de la revista, después veremos qué es una revista, y además una revista pastoral, mirando lo concreto de la revista 'Tierra Nueva'.

PARTE I: EL NOMBRE

“¡Llamarse 'Tierra Nueva'!”. El título de la revista es ya todo un programa.

La idea de la Tierra Nueva es importante para los cristianos. Nuestra fe nos invita a prepararnos para vivir en una tierra nueva, y a preparar esta tierra nueva. Ya en el Antiguo Testamento, los profetas anuncian la llegada de la tierra nueva.

El profeta Isaías reprende a Dios. Cuando mira el mundo en que vive, solamente encuentra destrucción, terror. Lanza reproches a Dios por abandonar a su pueblo, por dejarlo errar. Y se permite gritar: “¡Ah, si rompieras los cielos y descendieses, ante tu faz los montes se derretirían!” (Is 63,19)². El profeta reconoce los pecados del pueblo: “Somos como impuros todos nosotros” (64,5). Pero recuerda que “Tú eres nuestro Padre. Nosotros la arcilla, y Tú nuestro alfarero, la hechura de tus manos todos nosotros” (64,7). Y Dios responde. Reconoce que “el pueblo que me irrita en mi propia cara de continuo” (65,3)..., “yo os destino a la espada y todos vosotros caeréis degollados, porque os llamé y no respondisteis, hablé y

¹ Editorial, Tierra Nueva, Año I, N°1 (2004), p. 5.

² Todos los textos bíblicos de este trabajo fueron tomados de la Biblia de Jerusalén en www.pastoral-biblica.org

no oísteis, sino que hicisteis lo que me desagrada, y lo que no me gusta elegisteis” (65,12). Entonces, mis siervos comerán, mas vosotros tendréis hambre;... mis siervos beberán, mas vosotros tendréis sed;... mis siervos se alegrarán, mas vosotros padeceréis vergüenza (65,13); porque el Señor “a sus siervos les dará un nombre nuevo” (65,15). Así, para expresar esta novedad, se atreve a exclamar (65,17-25):

Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear. Pues he aquí que yo voy a crear a Jerusalén «Regocijo», y a su pueblo «Alegría»; me regocijaré por Jerusalén y me alegraré por mi pueblo, sin que se oiga allí jamás lloro ni quejido. No habrá allí jamás niño que viva pocos días, o viejo que no llene sus días, pues morir joven será morir a los cien años, y el que no alcance los cien años será porque está maldito. Edificarán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. No edificarán para que otro habite, no plantarán para que otro coma, pues cuanto vive un árbol vivirá mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos. No se fatigarán en vano ni tendrán hijos para sobresalto, pues serán raza bendita de Yahveh ellos y sus retoños con ellos. Antes que me llamen, yo responderé; aún estarán hablando, y yo les escucharé. Lobo y cordero pacerán a una, el león comerá paja como el buey, y la serpiente se alimentará de polvo, no harán más daño ni perjuicio en todo mi santo monte - dice Yahveh.

La tierra nueva nace del deseo de Dios. No se trata de reconstituir el paraíso, el Edén. Es mucho más y mejor que la primera tierra. Toda la descripción marca la felicidad reinante: una vida llena de alegría (casi) sin fin, sin enemistad con los hombres, con los demás seres, con el tiempo. Lo único que pide Dios es dejarse convertir, dejarse educar, dejarse llevar de la mano.

El perdón que Dios otorga es realmente una nueva creación, signo de la confianza que Dios tiene en su creatura. Dios puede castigar, pero este castigo no es signo de fuerza o de dominio, sino demostración de amor: Dios quiere hacer crecer al pueblo como su pueblo propio. Toda la reflexión de los profetas acerca del exilio y del

sufrimiento muestra a un Dios que busca purificar al pueblo. De la aniquilación que preparan los demás pueblos, Dios salvará un resto que será puro. “Un resto volverá, el resto de Jacob, al Dios poderoso. Que aunque sea tu pueblo, Israel, como la arena del mar, sólo un resto de él volverá. Exterminio decidido, rebosante de justicia” (Is 10,21-22). Dios visitará a su pueblo en exilio (es decir, destinado al exilio). Irá “recogiendo uno a uno de cada ciudad, y por parejas de cada familia” (Jr 3,14), así como Noé salvaba a cada pareja para formar una nueva creación. Esta purificación anuncia lo nuevo: “He aquí que días vienen –oráculo de Yahveh– en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza” (Jr 31,31). La antigua alianza fue rota. La nueva alianza será admirable, más admirable que la primera: “Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jr 31,33). Y el profeta Ezequiel profundiza:

“Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones... Os rociaré con agua pura y quedareis purificados; de todas vuestras impurezas y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Ez 36,23.25-28).

Dios puede hablar en general del pueblo. Pero también anuncia una presencia redentora a través de su enviado que la historia esperará como el Mesías: “Mirad que días vienen... en que reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra... Y este es el nombre con que le llamarán ‘Yahveh, justicia nuestra’” (Jr 23,5-6). Isaías lo describe:

“Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahveh... Juzgará con justicia a los débiles y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra” (Is 11, 1-4).

Qué mejor descripción del mundo nuevo propiciado por el mismo Dios. No se trata de volver al pasado, sino de pensar, avizorar un futuro lleno de perfección y de alegría.

“Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo. Las bestias del campo me darán gloria, los chacales y las avestruces, pues pondré agua en el desierto (y ríos en la soledad) para dar de beber a mi pueblo elegido. El pueblo que yo me he formado contará mis alabanzas” (Is 43,18-21).

“Porque así como los cielos nuevos y la tierra nueva que yo hago, permanecen en mi presencia –oráculo de Yahveh– así permanecerá vuestra raza y vuestro nombre” (Is 66,22).

Así termina el libro de Isaías, lleno de esperanza real. Por eso, el cristianismo retomará la misma idea que vio concretarse en Jesús. Jesús es el enviado, el Mesías, el que trae lo nuevo.

Lo nuevo es un llamado a no dejarse arrastrar por lo antiguo, lo que siempre se ha hecho. Tampoco se trata de despreciar lo antiguo porque somos lo que somos gracias a lo antiguo. Pero es importante abrirse a lo nuevo: ideas nuevas, caminos nuevos. Quedarse en lo antiguo es perder la libertad. Abrirse a lo nuevo sin despreciar lo antiguo, es abrirse al perdón, a la esperanza. “Así, todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo” (Mt 13,52). Así termina Jesús su prédica en parábola. Y no puede olvidar que el paño nuevo no puede remedar una tela vieja ni el vino nuevo se pone en pellejos viejos (Mt 9,16-17). Lo que Jesús busca y quiere es beber el vino nuevo en el Reino del Padre (Mt 26,29). Lo nuevo es un dinamismo sin fin en nuestra vida terrestre que nos lleva a discernir en cada momento la vida nueva en la voluntad, siempre eterna y siempre nueva, del Padre. Así, San Pablo podrá explayarse:

Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos

confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación (2 Co 5,17-19).

Y el Apóstol Pedro, con un estilo apocalíptico, habla de la llegada de esta tierra nueva, que será la tierra de la justicia. Por eso puede llamar a la paciencia y a la esperanza.

El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá. Puesto que todas estas cosas han de disolverse así, ¿cómo conviene que seáis en vuestra santa conducta y en la piedad, esperando y acelerando la venida del Día de Dios, en el que los cielos, en llamas, se disolverán, y los elementos, abrasados, se fundirán? Pero esperamos, según nos lo tiene prometido, nuevos cielos y nueva tierra, en lo que habite la justicia. Por lo tanto, queridos, en espera de estos acontecimientos, esforzaos por ser hallados en paz ante él, sin mancha y sin tacha. La paciencia de nuestro Señor juzgadla como salvación, como os lo escribió también Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le fue otorgada (2 P 3,10-15).

Y el Apocalipsis resume todo con una visión de la novedad total:

Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo (Ap 21,1-2).

Durante toda su historia, el cristianismo ha ayudado a buscar, a mirar y a construir esta tierra nueva. Jesús es la novedad, hoy y siempre.

Ante los desafíos de nuestro mundo, es importante buscar y anunciar una Tierra Nueva. Nuestro mundo está inserto en la ciencia y la técnica y, muchas veces,

las idolatras. Los nuevos dioses están en el dinero (como siempre), en los bienes terrestres solamente. Muchas veces, el trabajo, el rango social se transforman en algo que supera todo, en algo que domina la vida, a quien hay que rendir tributo. El peligro es la esclavitud desde la técnica, la despersonalización del ser humano por la fascinación, el asombro ante los avances tecnológicos, y este peligro es real. Esta esclavitud tiende a borrar de la mente el deseo de un mejor mañana. La técnica no permite pensar el mañana, la técnica dificulta pensar colectivamente. “Ante la idolatría del trabajo y de la técnica, la Iglesia reconoce su valor insustituible en la construcción de la ciudad temporal y en el servicio de los demás. Aún más, enseña que el fruto del trabajo no perecerá del todo sino que se perpetuará en cierta manera en la Nueva Tierra y en los Nuevos Cielos. Pero ella insiste al mismo tiempo en que técnica y trabajo son para el hombre y no a la inversa”³.

Pensar y anunciar una Tierra Nueva, no es huir de este mundo. Sabemos que Dios quiere al mundo tal como es y se compromete con él. Pero sabemos también que Dios quiere que este mundo crezca en bondad, en paz y alegría. Este mundo que es pecador, Dios quiere salvarlo. La salvación no es solamente para un mundo futuro. La salvación empieza ahora.

La ciencia y la técnica en sí son buenas y procuran bienestar, pero el ser humano usa su libertad a veces para dañar a otros y a sí mismo. Podemos ver las guerras, las discordias, los odios: se generan en el ser humano. La ciencia no puede solucionar los desastres humanos; muchas veces los amplía. Sin embargo, el pecado no alcanza a suprimir los deseos de felicidad y de esperanza que brotan en todo ser humano. Por eso, en medio de los desencuentros y de los sufrimientos, el cristiano está presente. “El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y

³ OCHAGAVÍA J., *El Concilio Vaticano II: Faro y tarea pendiente*, en: VV.AA., *Arar en la esperanza. El Concilio Ecueménico Vaticano II: Faro y tarea pendiente*, Editorial Verbo Divino / Ediciones Universidad Católica del Maule / San Pablo, 2014, p. 162

nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón”⁴ (GS I). El Concilio Vaticano II se reunió hace cincuenta años y su voz sigue clamando hoy. El Papa Francisco, en la exhortación apostólica ‘*Evangelii Gaudium*’ (EG) nos recuerda que “a veces somos duros de corazón y de mente, nos olvidamos, nos entretenemos, nos extasiamos con las inmensas posibilidades de consumo y de distracción que ofrece esta sociedad. Así se produce una especie de alienación que nos afecta a todos” (EG 196). Y reclama el Papa: “Quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe, necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra” (EG 200).

Anunciar y construir una Tierra Nueva es responsabilizarse de todas las aventuras del hombre moderno, es acompañarlo en todas sus búsquedas y mostrarle el amor de Dios que le permite vivir con esperanza y construir este mundo viendo una Tierra Nueva. Como dice el editorial citado, “se trata de vivir tan plenamente en este mundo que queremos transformarlo para que llegue a conformarse al deseo y al proyecto de Dios”.

Es que la Tierra Nueva es algo actual y es algo futuro, es el Reino verdadero que aparecerá en su plenitud cuando Cristo venga de nuevo, lo que llamamos la Parusía. Pero la Tierra Nueva existe ya ahora. Todos, especialmente los cristianos, la construimos cada día: el reino está cerca (Mc I,15). Este reino significa el desarrollo de todos los hombres y de todo el hombre, como pedía Paulo VI en la encíclica ‘*Populorum Progressio*’ (Nº 14). Y el Papa Francisco recomienda: “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad, esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo” (EG 187). La solidaridad “supone crear una nueva mentalidad

⁴ Vaticano II, Constitución Pastoral ‘*Gaudium et Spes*’ (GS). Es notable que esta Constitución que se llama pastoral, empiece con las palabras ‘*Gaudium*’ (alegría) y ‘*Spes*’ (esperanza), que son las cualidades más necesarias para todos los hombres de todos los tiempos, del nuestro en particular.

que piense en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos” (EG 188).

“Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad. Tampoco conocemos de qué manera se transformará el universo”. El Concilio Vaticano II insiste sobre este tema:

La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien aliviar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad; en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y trasfigurados, cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal: “reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz”. El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección (GS 39).

El ‘reino’ quizás sea una palabra difícil o extraña en nuestro tiempo. Pero entendemos que se trata de la presencia total, activa de nuestro Dios que promete y salva. Un Dios que salva hoy y que quiere que todos los hombres, especialmente los cristianos, actuemos concretamente en nuestro mundo; cada uno debe tomar sus responsabilidades⁵.

⁵ El Papa Pablo VI, comentando el texto de *Gaudium et Spes* 39 advierte: Rehuir las tareas concretas refugiándose en un mundo imaginario. Vivir en un futuro hipotético es una coartada fácil para deponer responsabilidades inmediatas... una cierta energía invade totalmente al hombre, impulsándole a trascender todo sistema y toda ideología. El dinamismo de la fe cristiana triunfa así sobre los cálculos estrechos del egoísmo. Animado por el poder del Espíritu de Jesucristo, Salvador de los hombres; sostenido

Al meditar el texto de Ap 21 citado más arriba, el Papa Francisco llama la atención sobre el hecho que “la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realiza en una ciudad” (EG 71). Las ciudades desarrollan una cultura de la lucha por sobrevivir, pero también hay un hondo sentido religioso (EG 72). En las ciudades, el cristiano ya no es generador de sentido (EG 73). Por eso, debe luchar y buscar sentidos y espacios nuevos que sean significativos. Hoy la evangelización es nueva: “Es necesario llegar allí donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades (EG 74). El cristiano está llamado a introducirse de lleno en la ciudad como fermento testimonial para mejorar la Iglesia y fecundar la ciudad (EG 75). Todos estamos llamados. San Pablo nos advierte que la creación entera espera la revelación (Rm 8,19), que la creación gime y sufre dolores de parto (Rm 8,22), que tenemos que sostenerla y que el Espíritu viene en nuestra ayuda (Rm 8,26).

Quizás el mejor reflejo de la Tierra Nueva, de la ciudad nueva, es que aprendamos a dialogar. Diálogo significa presentar sin temor las ideas propias y respetar la del otro. Diálogo significa atreverse a aprender del que piensa distinto. El Papa Juan Pablo II, en su encíclica ‘*Ex Corde Ecclesiae*’ (ECE) sobre las universidades católicas, recuerda que “la universidad católica debe comprometerse, más específicamente, en el diálogo entre fe y razón, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad” (ECE 17), es un “lugar primario y privilegiado para un fructuoso diálogo entre el Evangelio y la cultura” (ECE 43). Además, “la investigación se debe realizar siempre preocupándose de las implicaciones éticas y morales, inherentes tanto a los métodos como a sus descubrimientos” (ECE 18)⁶. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana (ECE 22). La universidad puede apoyar muchos servicios: el estudio de los graves problemas contemporáneos, responsabilidad de comunicar a la sociedad de hoy

por la esperanza, el cristiano se compromete en la construcción de una ciudad humana, pacífica, justa y fraterna, que sea una ofrenda agradable a Dios (Paulo VI *Octogesimo adveniens* 37).

⁶ Cf. ECE 20.

aquellos principios éticos y religiosos que dan pleno significado a la vida humana, la promoción de la justicia social (ECE 31-37).

Entonces, una revista pastoral, cultural, universitaria, puede tener un lugar relevante dentro de la universidad y dentro de la sociedad. Así merece llamarse Tierra Nueva.

PARTE II: UNA REVISTA... NUESTRA REVISTA

Una revista ofrece artículos sobre diversos temas que reflejan tanto la dimensión de la revista (lo que representa o quiere representar) como los trabajos de los escritores. Cada cual cumple su misión entregando el fruto de su esfuerzo para que sea publicado.

Una revista pastoral ofrece artículos para ayudar a la pastoral de la Iglesia, para pensar, proyectar, desear el esfuerzo pastoral de la Iglesia y de cada agente pastoral.

Una revista pastoral universitaria ofrece artículos no sólo para universitarios (alumnos y académicos), sino también artículos desde la Universidad, como misión de la misma Universidad para su labor de ayuda a todo su entorno, para apoyar la formación humana y cristiana del mundo en que vivimos.

Tomemos, por ejemplo, nuestra revista 'Tierra Nueva' que publicó las exposiciones de varios seminarios realizados por la Pastoral Universitaria. Véase por ejemplo los números 4 (2005), sobre el Padre Hurtado, y 6 (2007), sobre la Conferencia latinoamericana de Aparecida. El N° 8 (2009) resume dos seminarios, el primero sobre el sentido de la Universidad y el segundo sobre las redes sociales. El N° 9 (2012) presenta conferencias y ponencias del congreso sobre "Desarrollo y equilibrio social". Todo esto muestra la vida misma del Departamento de Pastoral que se transformó en 'Dirección de Pastoral y Cultura Cristiana'. Muestra también la vocación social de la Pastoral, de la Universidad y de la misma Iglesia.

Podemos ahora revisar los diez años de la revista. Se trata de “recordar la inocencia y los ideales que nos movían al comenzar nuestro camino. Pero no lo queremos hacer movidos por la tentación del ‘in illo tempore’, sino que deseamos recoger lo que fue nuestra revista en el inicio y lo que soñamos está llamada a ser en el futuro”⁷. Recordemos el pasado para dar ánimo para el futuro. Veamos cómo nuestra revista construye la Tierra Nueva.

La Universidad entre cultura y evangelización

Una revista es cultura. Una revista pastoral también es cultura. No es que la evangelización deba necesariamente crear una cultura nueva, pero debe ayudar a profundizar y transformar la cultura existente. En este sentido, una revista es un excelente aporte para la evangelización. La fe necesita expresarse en palabras asequibles para el hombre que la recibe, necesita encarnarse, así como la palabra de Dios se despojó de sí misma (Flp 2,6-7), se encarnó y habitó entre nosotros (Jn 1,14)⁸.

Desde sus inicios, nuestra revista cumple a cabalidad este rol de intermediario entre fe, Universidad y cultura.

Desde el N° 1 de la revista, se nos recuerda: “La cultura está siempre en movimiento. Siempre se está haciendo. Por eso, la evangelización es un desafío permanente. La Universidad que recibe alumnos y académicos de diferentes culturas y está en contacto con el mundo, promueve el respeto y la difusión de los patrones culturales... Si evangelizar es en primer lugar escuchar a los pueblos, acoger los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, la

⁷ SEPÚLVEDA I., *Editorial*, Año 3, N° 5 (2006), p. 6. El autor aquí se refiere a los inicios de la Universidad; tras pasamos su lenguaje a la revista.

⁸ Cf. Mi trabajo: *Evangelización, inculturación y universidad*, Tierra Nueva I (2004), p. 10.

Universidad tiene un rol fundamental en ello”⁹. En este mismo número, un grupo de académicos¹⁰ muestra el resultado de su investigación histórica sobre la UCN: la vida espiritual, especialmente de los fundadores, ha sido fundamental para una profunda vida académica y una entrega continua de una concepción cristiana de la vida.

Tenemos que resaltar otros aportes que profundizan el rol de la Universidad: “El papel de las universidades hasta ahora ha sido contribuir a la cultura y a la formación de profesionales. Corresponde agregar ahora a los roles de la Universidad, su contribución directa e institucional al desarrollo económico y social de la nación”¹¹. Las especializaciones dependen de muchos factores, regionales, recursos naturales, etc.¹². Lo importante para una Universidad es trascender sus límites (sean geográficos, formativos u otros). Lo podrá lograr si hay una política de desarrollo y una estructura orgánica diseñada hacia este objetivo. También se necesitan la voluntad y el interés de los miembros de la Universidad¹³.

El sentido de lo valórico que debe primar en la Universidad nos debería conducir hacia lo sustantivo de esta permanencia terrenal: el sentido de la vida y después los oficios, dice J.A. González P.¹⁴ Esto nos permite vivir la pluralidad de hoy y conducirnos hacia qué es y cómo se visualiza la unidad. Hay pluralidad de objetos que pensar y pluralidad de respuestas; la unidad nace del Espíritu que vivifica la corporeidad¹⁵.

⁹ Mi trabajo: *Evangelización, inculturación y Universidad*, Tierra Nueva, año I, N° 1, p. 19.

¹⁰ CAMPANO P. – JIMÉNEZ W. – PRADO A. – REINOSO A. – TORRES J., *La catolicidad en la Universidad Católica del Norte: desde su fundación hasta el Cincuentenario*, Tierra Nueva, año I, N° 1, pp. 23-35.

¹¹ CONTRERAS C. et alii, *El rol de las universidades chilenas en el milenio que comienza*, Tierra Nueva, año I, N° 1 (2004), p. 43. Cf. p. 41.

¹² *Ibíd.*, p. 45.

¹³ *Ibíd.*, pp. 46-47.

¹⁴ GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *Pluralidad en la Academia. Una nota desde la situación del Norte chileno*, Tierra Nueva, año I, N° 2 (2004), pp.126-131.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 130.

Se trata del ‘apostolado de la cultura’, y esto significa “preservar y difundir la cultura, o mejor, las culturas, pues ello equivale, en cierta manera, a una especie de bautismo sobre el nuevo espacio de humanidad añadido a la naturaleza humana... la universidad católica y el universitario católico deben ser servidores y dar testimonio de generosidad y servicio”¹⁶.

En el número aniversario del 2006, varios alumnos y exalumnos ofrecen sus deseos y recuerdos. “Recordar nuestros orígenes significa ser capaces, con creatividad de acuerdo a los tiempos, de proyectarnos hacia el futuro”¹⁷. Solange Villanueva y Enrique Venegas, alumnos de periodismo, hacen un viaje en el tiempo y el espacio para presentar la Universidad, con sus maestros profesores y los espacios donde estudiar. Están también los otros maestros, estos empleados, como el ‘maestro Chávez’ o el ‘maestro Cartacho’, que también enseñan desde más de cuarenta años a través de su trabajo humilde y su amor a la Universidad¹⁸. Alicia Poblete, alumna de la primera generación, recuerda los inicios en Calle Prat, la búsqueda de locales y de profesores, habla con cariño de sus maestros. “La Universidad me entregó como profesional a la sociedad de mi Norte, tierra que amo, no sólo con conocimientos, sino con valores y con amor a la pedagogía”¹⁹. Georgina Mora, nos habla de sus sueños y utopías, su sed de conocimientos, las celebraciones y el compañerismo²⁰. Roberto Lehnert recuerda también a sus maestros; pide no olvidar las raíces²¹. Teodoro Politis da cuenta de las construcciones iniciales, las ‘bromas’ estudiantiles, los partidos de básquetbol, el pensionado, los puntos de encuentro²². Mauricio Ostría, a partir de las estrofas del himno de la Universidad, proclama su felicidad y entusiasmo de entonces de ser alumno universitario; critica

¹⁶ CLAPS GALLO G., *Cultura y Universidad católica*, Tierra Nueva, año 1, N° 2 (2004), p. 135.

¹⁷ SEPÚLVEDA I., *Editorial*, Tierra Nueva, año 3, N° 5, p. 7.

¹⁸ VILLANUEVA LLANOS S. – VENEGAS AVENDAÑO E., *Y logramos ver más allá...*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 11-13.

¹⁹ POBLETE NOVOA A., *Hacia una tierra nueva: Universidad del Norte 1956*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 15-31. La cita es de la p. 30.

²⁰ MORA JÍMENEZ G., *Pequeñas reflexiones del ayer*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 43-45.

²¹ LEHNERT SANTANDER R., *¡Feliz aniversario, A.M.D.G.!*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 47-48.

²² POLITIS JARAMIS T., *Recuerdos de la Universidad del Norte*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 49-54.

(“con razón o sin ella”) los problemas universitarios y políticos que le tocó vivir y enfrentar; desea que “se restituya en plenitud esa labor imprescindible de formación de maestros para que se haga verdad encarnada la búsqueda y la plasmación de la dimensión exacta del hombre del Norte, humanista y cristiano”²³.

Cultura y valores van juntos y la educación debe unirlos. “La cultura es lo que falta cuando se ha aprendido todo”, declara Francisco de la Fuente, citando a G. Thibon²⁴.

“La Universidad es el lugar por excelencia donde predomina la razón, la lógica, el conocimiento, la búsqueda de la verdad por sobre todas las cosas. Tal vez, por eso mismo existe la tendencia a pensar que sólo lo material, lo tangible es lo verdadero. Olvidándose que, como dice Juan Pablo II, ‘las realidades del espíritu forman parte de lo real y de la verdad integral’. Nuestra Universidad está llamada a dar razón de la fe en el ambiente y en el trabajo universitario. Hay que ser constructores de la Iglesia en la Universidad, o sea, de una comunidad invisible que cree, que reza, que da testimonio de la esperanza y que acoge en la caridad toda huella del bien, de la verdad y de la belleza de la vida universitaria”²⁵.

La Universidad no es sólo una intervención cultural y científica; tiene que ofrecer la posibilidad efectiva de ser un encuentro con Jesucristo”²⁶.

“Una universidad católica debe encarar el mundo que tenemos al frente”, grita José Antonio González²⁷. La situación mundial y latinoamericana pide con urgen-

²³ OSTRIA GONZÁLEZ M., *Notas para una crónica personal de la Universidad del Norte*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 55-65. La cita es de la p. 65.

²⁴ DE LA FUENTE F., *Valor de educar en valores*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 85-88. La cita está en p. 86.

²⁵ Monseñor P. INFANTE, *Homilía*, con motivo del 48° aniversario de la Universidad Católica del Norte (28 de mayo de 2004), Tierra Nueva, año 1, N° 1 (2004), p. 96.

²⁶ Monseñor P. INFANTE, citado en: G. MORA, *Monseñor Patricio Infante Alfonso. Mensaje del Pastor y Gran Canciller de la Universidad Católica del Norte*, Tierra Nueva, año 1, N° 2 (2004).

²⁷ GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *La universidad católica en el contexto latinoamericano. El desafío del nuevo humanismo y la construcción de la paz positiva*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 89-112. La cita está en p. 96.

cia voces que ayuden a describir las situaciones, que critiquen y piensen el futuro. “Asumido lo concerniente a nuestra realidad – sigue nuestro autor – sabemos perfectamente desde cuál entorno deberá surgir nuestro discurso. Y, por consiguiente, la búsqueda de la verdad, con libertad, rigor, seriedad y responsabilidad, no puede desatender el objeto que se nos muestra más urgente, por dimensiones sociales, por imperativos éticos y por consecución de una convivencia, más democrática, pero también más justa. Esta es la pobreza en toda su materialidad y espiritualidad. Pero no detenida en sus indicadores, sino en su centralidad: el hombre”²⁸. Toda Universidad debe comprometerse en esta acción. El autor insiste en el esfuerzo para la inculturación del Evangelio dentro de las especificidades de nuestras ciudades; llama la atención sobre la carencia de afectos y “el vaciamiento ontológico que se ha incubado pues encierra la desesperanza en sí”²⁹.

Por fin notemos a Alberto Vásquez, que describe los distintos tipos de universidades para hacer resaltar el sentido católico: lo sustantivo es ser Universidad, lo adjetivo es ser católica. Esto significa una formación académica fuerte y profundamente humana. Pero sobre todo, la universidad católica “otorga un espacio privilegiado a la persona en su interior, preocupándose de que cada uno de sus miembros sienta su pertenencia a la comunidad universitaria como una oportunidad para desarrollarse, para vivir su fe, para sentirse acompañado, para adherir a un propósito trascendente. Lo propiamente católica es dar testimonio de una comunidad universitaria que se cuida, se respeta y se da la mano”³⁰.

En resumen, la visión que presenta la UCN es la de una Universidad que “emerge como un paso en la construcción del Norte en el que hombres de Iglesia tomaron la delantera. Para cumplir su misión providencial, debe empeñarse en ser más Universidad, más católica y más del Norte”³¹. “Las universidades deben constituirse en

²⁸ *Ibíd.*, p. 99.

²⁹ *Ibíd.*, p. 105.

³⁰ VÁSQUEZ TAPIA A., *La identidad y el sentido de nuestras universidades católicas*, Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 27-43. La cita está en pp. 41-42.

³¹ CLAPS GALLO G., *Tres reflexiones sobre nuestro Norte*, Tierra Nueva, año 2, N° 3, (2005), p. 297.

laboratorios donde las semillas de ideas en pro de esta construcción de una región o subcontinente hermanado trate inicialmente de construir instancias plurales para encarar las dificultades, problemas o desinteligencias latentes que nos desunen. Y seguidamente, se esbozen las estrategias de investigación en pro de iniciativas que puedan asumir los propios estados o la sociedad civil³². No podemos olvidar que “la inserción de la universidad católica no sólo legitima todo asunto que afecta a la sociedad, sino que el drama de la pobreza involucra el sentido mismo del hombre. La dignidad del hombre es el que realza la atención por la pobreza”³³.

Todos los autores conocen y suponen conocido el texto fundacional de las universidades católicas: la encíclica ‘*Ex Corde Ecclesiae*’ de Juan Pablo II. Por eso, la revista puede ofrecer documentos relacionados con la realidad de las universidades católicas. El documento del Cardenal Martino une los esfuerzos y los compromisos de las universidades católicas con la doctrina social de la Iglesia³⁴.

En resumen, la cultura es fundamental para el ser humano y la revista ha presentado muchos artículos en este sentido, sean frutos directos del esfuerzo de los escritores, sean frutos de los distintos seminarios organizados por la Pastoral. Ya en agosto de 2002, el entonces Departamento de Pastoral organizó el III Congreso Nacional Jubilar de la Academia y I Encuentro Internacional Jubilar de la Academia bajo el título “Ser académico, una vocación”³⁵. En 2009, se realizó el seminario sobre el Sentido de la Universidad como institución católica³⁶.

Esta reflexión del primer Rector de la Universidad del Norte está citada en: POBLETE NOVOA A., *Hacia una tierra nueva: Universidad del Norte 1956*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), p. 15.

³² GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *La universidad católica en el contexto latinoamericano*, o.c., p. 110.

³³ *Ibíd.* P. 102.

³⁴ Cardenal MARTINO R.R., *Las universidades católicas y la doctrina social de la Iglesia*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 109-114.

³⁵ VV.AA., *Ser Académico, una vocación, Tercer Congreso Nacional Jubilar de la Academia, Primer Congreso Internacional Jubilar de la Academia, Antofagasta, 6 al 9 de agosto de 2002*, Antofagasta, Ediciones Universitarias, Universidad Católica del Norte, 2004.

³⁶ Tierra Nueva, año 6, N° 8 (2009), pp. 9ss. Los aportes publicados son los siguientes: COEYMANS AVARIA J.E., *Reflexiones sobre la identidad y desafíos de las universidades católicas*, pp. 9-32. CORREA SCHNAKE F., *Catolicismo y Universidad. Una mirada teológica*, pp. 33-46. BIGGS FUENZALIDA A. –

Aquí es importante anotar que el Departamento de Pastoral, después Dirección de Pastoral y Cultura Cristiana, creó la colección 'Iglesia-Mundo' dentro de las Ediciones Universitarias de la Universidad Católica del Norte. Cada año se publica un libro que busca unir, como dice su nombre, la Iglesia con el mundo³⁷.

Lo Pastoral

La Iglesia no puede vivir sin un sentido pastoral. Un grupo de académicos presenta un estudio histórico de la acción pastoral concreta de la UCN y su aporte para la convivencia universitaria³⁸. El trabajo pastoral universitario de Antofagasta será desarrollado también en otro trabajo³⁹. Y lo mismo presenta el encargado de Coquimbo con la ayuda de varios alumnos⁴⁰. Mientras tanto, Erika Tello reflexiona sobre un estudio sistémico de la Pastoral: cómo ordenar, relacionar las estructuras y la organización de la Pastoral *ad intra* y dentro de la misma Universidad⁴¹.

VALDIVIESO GÁTICA G. – VIDAL DEL VALLE T., *La tercera misión de las universidades y el vínculo con la sociedad*, pp. 47-60.

³⁷ Los Libros publicados hasta ahora son los siguientes: HUBERT A. (Ed.), *Juan Pablo II. 25 años de Pontificado*, 2003. HUBERT A. (Ed.), *Cardenal Carlos Oviedo Cavada, hombre y pastor*, 2004. GONZÁLEZ PIZARRO J.A. – SEPÚLVEDA J.I. (Eds.), *Luis Silva Lezaeta, el pastor del desierto*, 2005. SEPÚLVEDA DEL RÍO J.I. – TELLO BIANCHI E. (Eds.), *Los jesuitas en el desierto de Atacama*, 2006. GONZÁLEZ PIZARRO J.A. (Ed.), *Cincuenta años de la historia de Chile vistos desde la Revista Mensaje, Vol. I: de la sociedad tradicional a la construcción de la sociedad nueva*, 2008. VELÁSQUEZ J. – TELLO E. (Eds.), *Cincuenta años de la historia de Chile vistos desde la Revista Mensaje, Vol. II: La construcción de la sociedad no deseada*, 2010. TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Rescate del patrimonio material más antiguo de la región: de la Iglesias precordilleranas a los templos urbanos*, 2010. TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Luis Silva Lezaeta y el Norte Grande*, 2013. TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Vida y muerte en el desierto de Atacama*, 2013.

³⁸ CAMPAÑO BASCUÑAN P. – REINOSO FERRERA A. – JOFRÉ MARÍN L., *Visión de la acción pastoral en la Universidad Católica del Norte, sede Antofagasta*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 9-22. Cf. Nota 10.

³⁹ Mi trabajo: *Pastoral universitaria en la Universidad Católica del Norte*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 113-130.

⁴⁰ GOROSTIAGA MEDINA J., *Una mirada testimonial a los 10 años del Departamento de Pastoral universitaria UCN, sede Coquimbo*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 23-34.

⁴¹ TELLO BIANCHI E., *Pastoral universitaria: una visión sistémica*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 35-44.

Desde el N° 2 el Padre Ibar Astudillo, Vicario de la Educación describe el trabajo, los objetivos de la Vicaría de la Educación y su relación con la Universidad⁴².

En mayo de 2007, los obispos latinoamericanos se reunieron con el Papa Benedicto XVI en Aparecida (Brasil). La reunión fue importante y la revista no podía estar ausente. El P. J. Ochagavía, que fue teólogo del Concilio Vaticano II, expresa su esperanza propia y la de muchos cristianos ante la renovación y el entusiasmo que provocaron el encuentro mismo y los textos y debates que siguieron⁴³. El Documento de Aparecida insiste en ser misioneros discípulos de Cristo. El Padre resume en cuatro pasos para seguir a Cristo: acoger el llamado y no auto-llamarse, configurarse con Cristo, es decir, tener sus propios sentimientos (Flp 2,5) para seguirle, anunciar el Evangelio del reino de vida y aceptar ser animados por el Espíritu. Josefina Errázuriz presenta el Documento de Aparecida desde la perspectiva de los laicos⁴⁴. Y Jorge Costadoat profundiza la importancia de la misión de la Iglesia para y dentro del mundo actual⁴⁵.

La Espiritualidad

Sea conocimiento más profundo de Dios o del encuentro con él en la oración, sea conocimiento de personas que se acercaron más a Dios, la espiritualidad es fundamental para el crecimiento de los cristianos. Desde el primer número la revista ofrece textos de espiritualidad. Nombremos:

⁴² ASTUDILLO I., *Vicaría para la educación católica en Antofagasta*, Tierra Nueva, año I, N° 2 (2004), pp. 163-170.

⁴³ OCHAGAVÍA J., *Mesa redonda: del desconcierto a la esperanza*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 11-21.

⁴⁴ ERRÁZURIZ J., *Conferencia General del Episcopado en Aparecida. Desafíos a los laicos 'discípulos y misioneros'*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 23-30.

⁴⁵ COSTADOAT J., *CELAM y la esperanza de un catolicismo latinoamericano*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 31-38.

Renato Cárdenas, psiquiatra y sacerdote, ofrece una espiritualidad de crecimiento para la ancianidad⁴⁶. Ignacio Sepúlveda habla del dolor desde una perspectiva cristiana y con la ayuda de la filosofía⁴⁷. Monseñor Alejandro Goic pone delante la audacia de los santos y da como ejemplo al Padre Hurtado (pronto a ser canonizado) y Juan Pablo II (que acababa de morir)⁴⁸. J. I. Sepúlveda da cuenta de la espiritualidad sacerdotal del Padre Hurtado⁴⁹. Y del mismo Padre Hurtado se nos ofrece un texto espiritual⁵⁰. El mismo Padre Sepúlveda nos ayuda también a ver el sufrimiento en perspectiva cristiana⁵¹. El Cardenal Carlo María Martini habla de enseñar la fe en un mundo postmoderno⁵².

En una Universidad de origen jesuita, no podía faltar la espiritualidad ignaciana. Nathan Stone describe los Ejercicios Espirituales de San Ignacio en la óptica de los jóvenes⁵³: los Ejercicios buscan dar sentido a la vida. Estos mismos jóvenes y su cultura serán descritos en clave ignaciana por J. C. Beytía⁵⁴. Mientras tanto, el P. Kolvenbach, Superior General de los jesuitas, invita a los laicos a empaparse de la espiritualidad ignaciana⁵⁵.

⁴⁶ CÁRDENAS R., *Espiritualidad y envejecimiento: algunos aspectos para la Pastoral*, Tierra Nueva, año I, N° 1 (2004), pp. 48-63.

⁴⁷ SEPÚLVEDA DEL RÍO J. I., *Dolor y sufrimiento: Perspectiva cristiana*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 39-60.

⁴⁸ Monseñor GOIC KARME LIC A., *Con la confianza audaz de los santos* (documentos), Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 345-349.

⁴⁹ SEPÚLVEDA J. I., *Alberto Hurtado: inspiración para el sacerdocio hoy*, Tierra Nueva, año 2, N° 4 (2005), pp. 406-412.

⁵⁰ HURTADO A., *Una espiritualidad sana*, Tierra Nueva, Año 2, N° 4 (2005), pp. 450-451.

⁵¹ SEPÚLVEDA J. I., *Dolor y sufrimiento: perspectiva cristiana*, Tierra Nueva, año 4, N° 6, (2007), pp. 39-60.

⁵² Cardenal MARTINI C.M., *Enseñando la fe en un mundo postmoderno*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 109-114.

⁵³ STONE N., *Ejercicios Espirituales para la opción de vida. Reflexiones sobre el método ignaciano y los jóvenes*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 45-58.

⁵⁴ BEYTÍA J. C., *La cultura juvenil y sus desafíos*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 59-74.

⁵⁵ KOLVENBACH P. H., *Discurso a los laicos de espiritualidad ignaciana*, Tierra Nueva, año 3, N° 5 (2006), pp. 75-88.

Dentro de la espiritualidad cristiana, son importantes los ejemplos de otros cristianos, sean o no canonizados. Todos ellos son hermanos nuestros que han vivido la vida como todo ser humano y se han acercado a Dios a su manera, según su tiempo. El poeta francés es el primer ejemplo que nos describe el P. Hallet⁵⁶. Monseñor Patricio Infante, con ocasión de su despedida y de la presentación de un libro en su honor, nos es presentado como ejemplo por la Decano Georgina Mora⁵⁷. Monseñor Alejandro Goic vino a recordar a Monseñor Carlos Oviedo con ocasión del lanzamiento de un libro sobre su vida y su obra⁵⁸. El Papa Juan Pablo II también influye en la espiritualidad moderna. Así lo ve Samuel Yañez⁵⁹.

Y no podía faltar el ejemplo y la palabra del Padre Hurtado. El Padre Hurtado influye (y seguirá influyendo) tanto en lo espiritual como en lo social, como veremos más adelante. Benito Baranda⁶⁰ insiste en lo solidario, Xavier Ayora⁶¹ ve la mujer y lo social, y José Antonio González⁶² destaca lo divino a través de su enseñanza. Sabemos que el Padre Hurtado deja huellas⁶³. En el año 2005, con ocasión de la canonización del P. Hurtado, la revista presentó un número especial: se pidió a autores describir la rica personalidad de Alberto Hurtado⁶⁴ y profundizar algunas

⁵⁶ HALLET Ch., *Católico, socialista, insurrecto: Charles Peguy*, Tierra Nueva, año 1, N° 1 (2004), pp. 64-76.

⁵⁷ MORA ÍMENEZ G., *Monseñor Patricio Infante Alfonso*, Tierra Nueva, año 1, N° 2 (2004), pp. 121-125.

⁵⁸ GOIC KARMELEC A., *Semblanza y recuerdo de Monseñor Carlos Oviedo Cavada*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 257-264. El libro mencionado es: HUBERT A. (Ed.), *Cardenal Carlos Oviedo Cavada. Hombre y Pastor*, Ed. Universitarias, Universidad Católica del Norte, Antofagasta 2004.

⁵⁹ YAÑEZ S., *Cercanía y distancia en la mirada de Juan Pablo II*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 251-256.

⁶⁰ BARANDA B., *Ser solidario a imagen del P. Hurtado: acercamiento entre dos mundos*, Tierra Nueva, año 1, N° 2 (2004), pp. 150-162.

⁶¹ AYORA PINÓS X., *La mujer y la moral social en el P. Alberto Hurtado*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 299-312.

⁶² GONZÁLEZ PIZARRO J. A., *El entrecamamiento de lo divino en la enseñanza de Alberto Hurtado*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 313-329.

⁶³ TORRES RIVERA O., *La huella del Padre Alberto Hurtado*, Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 9-26.

⁶⁴ Tierra Nueva, año 2, N° 4 (2005). Los estudios son: OCHAGAVÍA J., *El talento intelectual del Padre Hurtado* (pp. 357-386); COSTADOAT J., *Alberto Hurtado: su idea de universidad* (pp. 387-390); BERNASCONI A., *La universidad actual frente al ideal del Padre Hurtado* (pp. 391-394); COSTADOAT J.,

de sus ideas. Además, en el mismo número, se publicaron varios textos cortos del nuevo santo.

Lo social y lo ético

¿Debe una revista pastoral solamente hablar de pastoral directa o de temas relacionados con la fe? Es evidente que una revista pastoral –sobre todo, si se ubica en la Tierra Nueva– debe presentar la vida concreta de su comunidad y, desde allí, la vida concreta de toda la Iglesia. Por eso, una revista pastoral presenta directamente el mensaje cristiano, sea teológico, bíblico o moral. Pero también debe presentar cómo los hombres entienden y presentan este mismo mensaje a través de su conocimiento propio. En una Universidad, el conocimiento es fundamental y también lo es la búsqueda de una mejor comprensión de todo conocimiento acorde con las ciencias modernas. La variedad ayuda a profundizar todos los aspectos del conocimiento, también del conocimiento de la Palabra de Dios. “La variedad ayuda a que se manifiesten y desarrollen mejor los diversos aspectos de la inagotable riqueza del Evangelio” (EG 40). Los cristianos necesitamos expresar nuestra fe dentro y a través de las distintas ciencias actuales y necesitamos de la experiencia de estas mismas ciencias para profundizar el mensaje del Evangelio. Además el pluralismo hoy es indispensable para que se respete a las personas en su idiosincrasia y para que se pueda entablar un sano diálogo. La Universidad Católica del Norte se precia, desde sus inicios (en la Universidad del Norte), de acoger el pluralismo dentro de sus Estatutos y dentro del modo de vivir. “La pluralidad nos debe conducir hacia qué es y cómo se visualiza la unidad. Y es aquí donde debemos comenzar nuestra discusión”⁶⁵. “El humanismo cristiano debe posibilitar un sano y necesario pluralismo de expresiones culturales y formas particulares de ver el

La 'mística social' del Padre Hurtado (pp. 395-405); SEPÚLVEDA J.I., *Alberto Hurtado: inspiración para el sacerdocio hoy* (pp. 406-412).

⁶⁵ GONZÁLEZ PIZARRO J. A., *Pluralidad en la Academia, una nota desde la situación del Norte chileno*, Tierra Nueva, Año I, N° 2 (2004), p. 127.

mundo. Cabe recordar que una dimensión esencial del cristianismo es su carácter universal, entendido éste como un llamado a todos los hombres, de todo tiempo y lugar, sin segregaciones”⁶⁶. Esto permite entonces entablar un diálogo constructivo entre los miembros mismos de la Universidad y entre toda la Universidad y otras instancias para buscar “el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres”, como quería Pablo VI en su encíclica ‘*Populorum Progressio*’⁶⁷.

Veamos primero la ética. Xavier Ayora define la autoexigencia como “el esfuerzo, el sacrificio, la disciplina, la austeridad”: el todo lleva a la fortaleza. Todos estos valores parecen tener poca relevancia en nuestra ‘sociedad del bienestar’. En esta sociedad recibimos muchos bienes, pero los mejores no se venden en el *mall*⁶⁸. En el mismo número, Pamela Chávez llama a cuidar los mínimos morales⁶⁹ y Tony Mifsud, con el método del Informe Ethos, explica el temor y los problemas derivados de la entrega de la píldora del día después⁷⁰. Por otra parte, Ignacio Sepúlveda, desde la filosofía, estudia la construcción de una ética en la sociedad civil: debe haber relaciones y responsabilidades compartidas entre el Estado, las empresas y el sector social⁷¹.

Lo social está muy presente. Y el Padre Hurtado tiene una influencia decisiva. Benito Baranda⁷², como Director Social del ‘Hogar de Cristo’, recuerda las preguntas del Padre Hurtado: ¿Qué haría Cristo en mi lugar? ¿Qué haría Cristo en las aulas,

⁶⁶ OSTRIA C., *Nuestro ideal de Universidad: una visión humanista*, Tierra Nueva, Año I, N° 2 (2004), p. 142.

⁶⁷ PABLO VI, Encíclica ‘*Populorum Progressio*’ 14, citado en: OSTRIA C., *Nuestro ideal...o.c.*, p. 144.

⁶⁸ AYORA PINÓS X., *Autoexigencia y benevolencia*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 61-68. La cita es de la p. 62.

⁶⁹ CHÁVEZ AGJUILAR P., ‘Ética cívica’: tiempo de sumar, no de restar, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 69-76.

⁷⁰ MIFSUD T., *Píldora del día después*, Tierra Nueva, año 4, N° 6 (2007), pp. 77-84.

⁷¹ SEPÚLVEDA DEL RÍO J. I., *Sociedad civil y construcción de una sociedad ética*, Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 61-78.

⁷² BARANDA B., *Ser solidario a imagen del Padre Hurtado: acercamiento entre dos mundos*, Tierra Nueva, año I, N° 2 (2004), pp. 150-162.

en las poblaciones, etc.? Muestra la realidad de nuestro país. Pide la construcción de una cultura solidaria y la formación de una conciencia social en las universidades. Xavier Ayora profundiza la moral social de Hurtado en cuanto a la mujer⁷³. Ya hemos hablado del número especial del año 2005⁷⁴ que muestra la importancia y la influencia de nuestro Santo en la espiritualidad y en el sentir social de nuestro país. Destaquemos el artículo de Jorge Costadoat sobre la mística social del Padre Hurtado y algunos textos del propio Padre⁷⁵. En 2008, se realizó el seminario “Activando redes sociales para el bien común”. El punto de partida fue otra pregunta del Padre Hurtado: “¿Cómo hacer bien el bien?”⁷⁶.

Veamos otros aspectos sociales presentados. En el año 2005, como resultado de un foro panel sobre el legado de Juan Pablo II, la Hermana Anneliese Meiss defiende el rol de la mujer en nuestro mundo. Se basa en la enseñanza de Juan Pablo II (sobre todo, la encíclica ‘*Mulieris Dignitatem*’) y la antropología bíblica⁷⁷. Del mismo Juan Pablo II, habla José Antonio González P. desde su perspectiva de historiador⁷⁸: el largo pontificado de Juan Pablo II conoció y marcó muchos acontecimientos eclesiales, políticos y sociales. El Papa llevó a la Iglesia desde el siglo XX al siglo XXI, reconoció las deudas y ayudó a purificar la memoria. Permitió al mundo y a la Iglesia avanzar con más libertad hacia más justicia.

⁷³ AYORA X., *La mujer y la moral social en el P. Alberto Hurtado*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 299-312.

⁷⁴ Tierra Nueva, año 2, N° 4 (2005).

⁷⁵ Ver Tierra Nueva, año 2, N° 4 (2005): *Actitudes ante el dolor*, pp. 433-434; *La práctica de la justicia*, pp. 438-441; *Llamados a la libertad*, pp. 442-443; *Los conflictos de todo cristiano*, pp. 444-445; *Textos sobre el trabajo*, pp. 446-449. Además, COSTADOAT J., *La ‘mística social’ del Padre Hurtado*, pp. 395-405.

⁷⁶ Tierra Nueva, año 6, N° 8 (2009), pp. 61ss. Los aportes publicados son: REINOSO GRAU M. I., *La búsqueda del desarrollo sustentable como una manifestación al amor al prójimo*, pp. 61-68. IRIARTE BUSTOS P., *Red e intercambio en las sociedades tradicionales*, pp. 69-84. LUFIN VARAS M. L., *¿Quién se junta con quién? Analizando los patrones de participación en organizaciones sociales*, pp. 85-98. AYORA PINÓS X., *Aproximación al desafío ético de nuestra sociedad contemporánea*, pp. 99-112.

⁷⁷ MEISS A., *El papel de la mujer en el mundo de hoy, según Juan Pablo II*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 227-249. En este mismo número, X. Ayora presenta el mismo tema según el Padre Hurtado: Cf. Nota 73.

⁷⁸ GONZÁLEZ PIZARRO J. A., *El Pontificado de Juan Pablo II y las dimensiones interpretativas de la Historia mundial*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 75-92.

Los demás aportes son más dispersos, pero no menos importantes para profundizar la Doctrina Social de la Iglesia. Ya hemos hablado de la mujer y tenemos que añadir el aporte de Paulina Salinas sobre la mujer y el trabajo⁷⁹. Gerardo Claps reflexiona sobre el Norte y cómo la pampa ha marcado al hombre, la cultura y la pastoral⁸⁰. El número del 2008, además de varios aportes espirituales, ofrece varios artículos ‘sociales’: El Cardenal Renato Martino⁸¹, Presidente del Pontificio Consejo ‘Justicia y Paz’, reconoce la laicización de nuestro mundo y la Iglesia continúa su labor y testimonio hablando de la dignidad del hombre y de la fraternidad; Diego Alonso-Lasherías, sj⁸², presenta una ética de los negocios válida en un mundo en crisis; Monseñor Alejandro Goic⁸³, Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile, muestra cómo la doctrina de la dignidad humana y del bien común ayudan a crear un mundo más equitativo en todos los ámbitos de la vida social. Marcelo Lufín y Juan Soto describen la globalización en sus diversos aspectos: permitió el crecimiento del bienestar material, pero también promovió efectos negativos sobre el medioambiente y desigualdad entre los seres humanos⁸⁴. En 2012 se realizó el primer Congreso de Vocación Social: Desarrollo y Equilibrio Social⁸⁵. En este aspecto también hay que incluir varios de los documentos publicados⁸⁶.

⁷⁹ SALINAS MERUANE P., *Mujer y trabajo productivo*, Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 95-106.

⁸⁰ CLAPS GALLO G., *Tres reflexiones sobre nuestro Norte*, Tierra Nueva, año 2, N° 3 (2005), pp. 277-298.

⁸¹ Cardenal MARTINO R., *Los desafíos de la equidad en un mundo globalizado. Aportes desde la doctrina social de la Iglesia*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 93-102.

⁸² ALONSO-LASHERAS D., *La crisis financiera mundial como crisis moral*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 103-108.

⁸³ Monseñor GOIC KARMEIC A., *La globalización de la solidaridad y la justicia. Desafíos para Chile y aportes desde la enseñanza social de la Iglesia*, Tierra Nueva, año 5, N° 7 (2008), pp. 123-132.

⁸⁴ LUFÍN VARAS M. – SOTO DÍAZ J. D., *Reflexiones en torno a la cuestión social en el Bicentenario*, Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 45-60.

⁸⁵ Tierra Nueva, año 9, N° 9 (2012), pp. 79ss. Las conferencias publicadas son: MAJLUF N., *La persona en el centro de la empresa*, pp. 81-94. SALINAS MERUANE P., *Mujer y trabajo productivo*, pp. 95-106. CERDA SANHUEZA A., *Tensiones en torno al concepto de desarrollo*, pp. 107-120. MIRANDA REBECO P. – NEUT AGUAYO S., *Los avatares de lo histórico y lo público*, pp. 121-159.

⁸⁶ Ver sobre todo: CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Para la vida*, año 1, N° 1 (2004), pp. 107-109. Monseñor F. J. ERRÁZURIZ, *El derecho a la vida, también hoy y en todas las circunstancias*, año 1, N° 1 (2004), pp. 99-106. Monseñor F. J. ERRÁZURIZ, *Homilía en el Te Deum de Fiestas Patrias 2005*

Un lugar especial merece el Volumen del año 2013⁸⁷. El equipo editorial quiso recordar los momentos difíciles de nuestro país y especialmente de nuestra Universidad en Septiembre 1973. Se buscó recoger testimonios de los que sufrieron en estos días. Se trataba no de abrir heridas sino más bien de cerrarlas, mostrando el sufrimiento a toda luz y sin rencor, y reflexionando sobre lo pasado. La publicación quiere ser un gesto de reparación, una acción que permita conducir hacia la unidad y reconciliación. El Padre Ibar recuerda lo que sufrió Jesús y cómo sufrió⁸⁸. ¿Quiénes le golpearon? Fueron los humillados, los despreciados, los obligados a los trabajos más pesados, más inútiles, sin poder rebelarse. Ellos ven a uno más frágil que ellos y aprovechan para desahogarse con él golpeando más fuerte. Jesús responde perdonando: excusa a estos hombres, los comprende en su tosquedad, se ofrece como salvación para que renazca la justicia. “La justicia es un valor que nunca debemos perder de vista”.

Conclusión

La Tierra Nueva se construye en cada instante buscando lo que Dios habla hoy a la Iglesia, en los acontecimientos, en nuestra Universidad. También se edifica reflexionando sobre la historia y la cultura, sobre el quehacer o cómo hacer bien el bien.

en Santiago, año 2, N° 4 (2005), pp. 458-463. Monseñor P. INFANTE A., *Homilía, con motivo del 48° aniversario de la Universidad Católica del Norte*, año 1, N° 1 (2004), pp. 95-98. Monseñor P. INFANTE A., *Mirar nuestra realidad con los ojos de Cristo Jesús*, año 1, N° 2, (2004), pp. 195-198. Monseñor Pablo LIZAMA, *Homilía en el Te Deum de Fiestas Patrias 2005 en Antofagasta*, año 2, N° 4 (2005), pp. 454-457. Monseñor Pablo LIZAMA RIQUELME, *Homilía en la Universidad Católica del Norte*, año 3, N° 5 (2006), pp. 71-74.

⁸⁷ Tierra Nueva, año 10, N° 10 (2013). Por orden de presentación, los testimonios son los siguientes: Héctor Vera Vera, Lautaro Núñez Atencio, Pablo Reyes Franzani, Waldo Valenzuela Maturana, Juan Antonio Abarzúa Rojo, Rubén Gómez Quezada, Isidro Morales Castillo, María Rosa Rodríguez, Wladimir Misetic Yurac, Manuel Ortiz Veas. Además, J. A. González Pizarro ofrece sus recuerdos de la Universidad de entonces junto con la importancia de su rol social (pp. 19-25). También se presenta una ‘Reseña gráfica de la época (pp. 113-119) y un registro fotográfico (pp. 155-157).

⁸⁸ ASTUDILLO GODOY I., *Presentación: A 40 años del golpe de Estado en Chile*, Tierra Nueva, año 10, N° 10 (2013), pp. 5-14.

Esta revisión (rápida) de los diez años de la revista nos permite ver el sentido y la importancia de la misma. Muestra el esfuerzo de los editores y de los escritores para poner la pastoral y la Universidad al servicio de la Iglesia y de la sociedad, al servicio de la cultura y de la fe.

Se puede criticar la revista si toda crítica se une a la alabanza y significa deseos de mejoría. La revista ha hecho una labor indispensable en la casa de estudio y en la diócesis. Permite la reflexión, acoge a todos los pensadores, incentiva los congresos de toda índole. Puede haber una falta de continuidad, cambios de impresores: todos estos problemas técnicos propios de una revista naciente. La falta de una línea editorial clara quizás no puede ser una crítica muy poderosa: una revista pastoral debe ampliar siempre su visión y la visión del lector según los acontecimientos, los tiempos vividos. Una revista debe acomodarse según el momento y aportar su visión de la Tierra Nueva en cada momento. Por eso, los acontecimientos ayudan al discernimiento, al igual que la cultura profunda y la fe de siempre.

Cada Director de la Pastoral Universitaria que es Editor de la revista, propone su visión propia y, al igual que cada nuevo Arzobispo de Antofagasta, que es el Gran Canciller de nuestra casa de estudio, es el signo del comienzo de una Tierra Nueva⁸⁹.

⁸⁹ Editorial, Tierra Nueva, Año I, N° 2 (2004), p. 117.

NOTAS PARA UNA CRÓNICA
PERSONAL DE LA UNIVERSIDAD
DEL NORTE

NOTAS PARA UNA CRÓNICA PERSONAL DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

Dr. Mauricio Ostria González
Universidad de Concepción

*Melodía del agua en el desierto
que rotura una nueva juventud.*

Escribir sobre la Universidad del Norte, en mi caso, no puede ser sino una tarea de honda raíz vivencial, de buceo subjetivo en recuerdos entrañables. En consecuencia, me es imposible asumir otra perspectiva que no sea la personal; sólo desde ella, me atrevo a reflexionar sobre lo que significó y lo que me gustaría que significara en el futuro (porque de significación se trata) mi sentida Alma Mater. Se me perdonará entonces el que mi discurso enfatice, tal vez con exceso, la clave personal con que está escrito. Puedo asegurar que no se trata de una simple manifestación de egolatría. Sucede simplemente que siento que mi vida, al menos en lo que concierne a los diecisiete años en que estudié y trabajé en la Universidad, se entreteje y se unimisma con ella en mi conciencia. Así, los lugares y tiempos, los procederes y sucesos, menudos o importantes que aquí evoco son asumidos y valorados, repito, desde mi singular circunstancia. En este sentido, las líneas presentes son la expresión de una voz que busca el diálogo y la completad con otras voces con las cuales componer la intensa y plural polifonía que debiera ser la (intra) historia de la Universidad. Se me perdonará, igualmente, que siga llamándola,

como en un principio, como siempre fue para mí, Universidad del Norte, aunque reconozca la legitimidad y hasta la justeza de su nueva denominación que, por lo demás, siempre estuvo implícita.

I

*Con la luz por Rosa de los Vientos
hemos emprendido ya la marcha,
van nuestros hombros cargados de ansias
y el cinto ceñido de ilusión.*

El tren atravesaba pausadamente el desierto, desde el altiplano y hacia la costa, dejando tras de sí una espesa estela de carboncillo. En uno de sus coches, mi corazón palpitaba de ansiedad y regocijo, mientras mis ojos miopes intentaban en vano reconocer cerros y huellas, más allá de los empañados cristales de la ventanilla. Regresaba a mi amada ciudad natal, después de un año nostálgico en La Paz, donde quedaban mis padres y hermanos. Volvía para reencontrarme con amigos muy queridos, para recorrer de nuevo las calles que me sabía de memoria y que tantas veces había evocado en obsesivas ensoñaciones. Volvía para iniciar una atractiva e incierta aventura: formar parte de la primera generación de alumnos que cruzarían las puertas de la recién creada Universidad del Norte.

Corría marzo de 1957. Hace poco, en la hermosa radio Blaupunkt de mi casa en La Paz, había oído la noticia de la muerte de Gabriela Mistral, en Nueva York. Mucho tiempo después, me enteré de que por esos mismos días (precisamente el 23 de enero, cumpleaños de mi madre) había nacido la princesa Carolina de Mónaco. Ahora, deslumbrado por la luz mañanera, procuraba recuperar un pequeño bolso con medicamentos y artículos de aseo que, preso de ansiedad por descender del tren, había dejado olvidado la noche anterior. La gestión fue inútil, pero el gozo de respirar el aire marino y cálido de la ciudad me hizo olvidar muy pronto el pequeño

incidente. Gracias a una beca que, después supe, financiaron unas generosas amigas de mi madre, pude convertirme en uno de los primeros residentes del flamante Pensionado Padre Hurtado.

Por entonces, no podía darme cuenta de la significación que tendrían para mi vida posterior esos días inaugurales. La primera fotografía oficial de alumnos y profesores, con el rosado frontis de la Universidad de fondo; las ponderadas pruebas mechonas a que nos sometieron René Mantilla y Juan Mandaleris, tan diferentes a las agresiones que hoy padecen los estudiantes novatos; la entrevista tartamudeante con el rector fundador, Gerardo Claps, que sería uno de mis maestros inolvidables; las tardes fatigosas pasadas en la pequeña biblioteca, transcribiendo capítulos enteros de libros (por entonces, no existía la fotocopia), matizadas con sabrosas conversaciones a hurtadillas para escapar a la vigilancia del estricto señor Palacios, que las oficiaba de bibliotecario y cancerbero; las clases vespertinas interrumpidas por frecuentes cortes de luz y continuadas, luego, alumbradas con lámparas a parafina que Willy, el auxiliar, colgaba diligentemente en ganchos *ad hoc* (si Willy no llegaba, yo y Gustavo nos poníamos a cantar y tamborilear en las mesas, canciones de los Platers y “El escondite de Hernando”); las noches en que cuatro o cinco de nosotros, después de estudiar hasta la madrugada, nos disponíamos a dormir utilizando como improvisadas literas las estanterías del CIESA (Centro de Energía Solar Aplicada), del que Roberto Lehnert era su secretario; las escapadas furtivas de algunas clases que nos aburrían, procurando no ser descubiertos por Sarita Hinojosa, la secretaria de la Universidad; las fiestas y pichangas donde reinaba el *rock and roll* y las amistades crecían y se fortalecían; el primer desfile de carros alegóricos en que todos hacíamos de todo. Recuerdo que mi ‘gran preocupación académica’, por entonces, era que los profesores nos sometieran a las mismas exigencias de las grandes y antiguas universidades. Así se lo expresé, alguna vez, con cierta ingenua pedantería de novato, a la queridísima Irma Céspedes, que era nuestra profesora de Literatura Española Medieval y la directora de la Escuela de Castellano. Poco a poco, la serie de casas de calle Prat que servían de sede a la novísima Universidad, con sus escaleras y pasadizos más o menos laberínticos, sus antiguas habitaciones convertidas en aulas y oficinas, sus pequeños patios y salitas de estar, la biblioteca, la capilla o algún improvisado

laboratorio o taller, devinieron espacios familiares y amables, que recorríamos gustosos y seguros a toda hora.

Éramos los alumnos fundadores. La Universidad nacía y crecía con nosotros. Cien alumnos y 22 profesores que nos repartíamos en cuatro carreras representativas del esfuerzo por integrar la ciencia y las humanidades, la tecnología y la educación. Aunque entonces no lo supe, creo que en la Universidad fui verdaderamente feliz; claro, con la felicidad precaria de un adolescente inseguro que entonces no tenía la más ligera idea de lo que le deparaba el futuro; felicidad hecha de pequeños jirones, cuyo sentido sólo descubrí mucho más tarde, a la búsqueda del perdido dichoso tiempo. No sé si otros estudiantes, en parecidas circunstancias, hayan participado como nosotros tan intensa y entusiastamente en todo lo que concernía al quehacer universitario. Y es que, muy tempranamente, se generó entre nosotros una verdadera comunidad. Conferencias, exposiciones, conciertos, representaciones teatrales, funciones de cine club, audiciones de música comentada, torneos deportivos, jornadas, mítines, foros, veladas y paseos nos convocaban unánimemente. Recuerdo muy nítidamente el día en que, encaramados en los techos del Colegio San Luis, que colindaba con la Universidad, observamos emocionados, gracias a un pequeño telescopio del padre Germán Saa, el paso del primer satélite artificial, el *sputnik* ruso lanzado en octubre del '57. Un año después, nos conmovía la muerte de Pío XII y nos esperaba la elección de Juan XXIII. En lo que a mí respecta, canté por primera vez, como solista del coro, el himno de la Universidad; fui actor del teatro, barrista en las competencias deportivas, integrante de grupos melódicos, infaltable en veladas y fogatas, y hasta monaguillo. Fui elegido presidente de la federación de estudiantes, las oficié de dirigente de la Juventud Estudiantil Católica, de representante de la Universidad en comicios comunales, jornadas estudiantiles y campamentos (en uno de ellos –en Vilches, Talca–, me bautizaron ‘Antofagasta’ y me hice famoso cantando el himno de la Universidad); encabecé marchas de protesta; pegué carteles (con Antonio Comis y Nibaldo Pérez) en pro de la autonomía universitaria en las calles de la ciudad, por lo que fuimos a parar a la comisaría; participé en programas radiales, en acciones sociales y pastorales; con Antonio Comis diseñamos y publicamos el primer diario mural, que bautizamos Veritas. En 1959, fuimos activos testigos en la ceremonia

de puesta de la primera piedra del barrio universitario, que se construiría en los entonces baldíos terrenos de Angamos, encabezada por el Cardenal Raúl Silva Henríquez; salimos a las calles para pedir ayuda por el terremoto del sesenta, en una campaña improvisada que culminó con un concierto de órgano a cargo del entonces rector, Francisco Dussuel. En fin, estábamos en todo y en todas. La Universidad era el espacio propicio en que se iban perfilando nuestros destinos.

2

*Alma Mater, alba del día,
Que está alegremente amaneciendo,
presente estarás en nuestro gesto
que esculpa en el mundo el plan de Dios.*

Fue en esos años, a mediados de la carrera, que mi vocación por los estudios literarios y la pedagogía se fue decantando. Maestros inolvidables infundieron en nuestros espíritus sólidos saberes, despertaron irrenunciables apetencias intelectuales y propiciaron el desarrollo de capacidades críticas. Los recuerdo a todos con profundo afecto y agradecimiento. Particularmente, a Gerardo Claps, del que aprendimos el rigor de la reflexión filosófica y la entrega total a la causa universitaria; a Irma Céspedes, que nos inició en la investigación filológica y literaria y nos contagió su entusiasmo por la cultura y las letras hispánicas; a Elsa Abud que, a través de sus sensitivas lecturas de escritores contemporáneos, nos comunicó la calidez de su humanismo cristiano; a Rafael Hernández, que nos entusiasmó con su oratoria ardiente y el fervor de su discurso pedagógico; a Marina Yutronic y sus quedas lecciones gramaticales; a O'Higgins Guzmán, que nos sumergió en el cosmos de la epopeya helénica; a Marcel Hoyne y Juan Barcón, a Matías Rafide y Jorge Mellado, a Osvaldo Mendoza, a René Muñoz de la Fuente y a Monseñor Francisco de Borja Valenzuela. También recuerdo con especial cariño, cómo no, a los sacerdotes que nos apoyaron espiritualmente, a Joaquín Barros (don Joaco),

acogedor y bondadoso, a Gustavo Arteaga, generoso sin alardes, a Alfonso Salas, preocupado y previsor, a Guillermo Balmaceda (el ‘patroncito’), solidario hasta el final, a Antonio Mirabet, crítico, innovador, carismático y amigo hasta el presente. Y a la hermana Lía, cálida y solícita, entre los anaqueles de la biblioteca.

En esos días, como tantos jóvenes, me ilusioné y enamoré, callada y unilateralmente... muchas veces, mientras Sarita Montiel nos animaba desde la pantalla a cantar las salerosas canciones de “El último cuplé”, nos impresionábamos con la figura irreverente de Françoise Sagan, criticábamos la versión norteamericana del *Cid* o silbábamos la marcha de “El puente sobre el río Kwai”. Yo prefería los libros del flamante Premio Nobel Albert Camus y las canciones de Raúl Shaw Moreno, que cantábamos con Gustavo Rodríguez y Rafael Cavada, mientras viajábamos en barco a Valparaíso, junto a otras compañeras y al padre Salas para participar en un campeonato de la JEC, en Quillota. Después vendrían los Beatles y la beatlemania.

Pero, sin duda, la mayor ganancia cordial de esos años fue el cariño entrañable de amigos definitivos: Bética Canitrot, Victoria Fuentes, Gustavo Rodríguez, Antonio Comis, Roberto Lehnert, René Mantilla, Arturo Ugalde, entre los compañeros de generación. Más tarde, Osvaldo Mendoza, Daslav Petricio, Anita Valdés, Sergio Cavagnaro, Alfredo Matus, José Luis Samaniego, Fernando Aragón, Carmen Galleguillos, Leonardo Jeefs, Gonzalo Haya, Waldo Valenzuela, Juan Santibáñez, entre los colegas; Sergio Peralta, Osvaldo Maya, Patricia Bennett, Orietta Véliz, Manuel Araya, Paulina Cors, Luis Arán, entre los alumnos que serían después colegas. (Sé que olvido nombres). Todos ellos y muchos otros que no nombro por no ser profuso, perfilaron definitivamente el sentido de mi vida como ser para la amistad incondicional. Muchos años después, en 1969, encontraría entre mis alumnas de primer año a la que sería mi esposa y con la que tendríamos tres hijos. Y, entonces, como la *garra blanca*, dan ganas de cantar: ¡cómo no te voy a querer!...

Sin casi darnos cuenta, el año 61 estábamos egresando los primeros seis alumnos de Pedagogía en Castellano (Stelia Bachiloglu, Eliana Díaz, Elsa Garbizo, Alicia Poblete, María Sierra y yo), y los primeros siete de Pedagogía en Inglés (Glenda Araya, Mirta Bravo, Gladis García, Roberto Lehnert, Graciela Marinovic, Salma

Resk y Ada Tassara). Ceremonia inolvidable, con toga y birrete incluidos, a los sonos de “Pompa y Circunstancia”, de Edward Elgar. Ya no recuerdo lo que dije en el discurso improvisado que hube de pronunciar en representación de mis compañeros; sólo sé que canté desde la tarima de los egresados, con los ojos húmedos y la voz quebrada, el himno de la Universidad. Recibí, entonces, un inesperado e inmerecido regalo: fui elegido por maestros y compañeros el mejor egresado, y en esa condición la Universidad me concedió una beca para realizar una estadía en Santiago y Valparaíso, con el objeto de efectuar las primeras investigaciones tendientes a la elaboración de mi memoria de título y cursar algunas materias en escuelas de temporada de las universidades capitalinas. En esos afanes y mientras se jugaban los partidos del Mundial de Fútbol, me sorprendió una nota del padre Salas en que me informaba de mi nombramiento como profesor de la Universidad a partir del segundo semestre de 1962. Asumí las cátedras de Literatura Hispanoamericana y Estética Literaria, con toda la seriedad del mundo, aferrado a mis libros y a mis fichas. En 1963, me titulé con la máxima distinción ante una comisión examinadora de la Universidad Católica de Valparaíso, de la que, a la sazón, dependíamos, con el aula magna abarrotada de compañeros y maestros que me hacían sentir la ventaja de ‘jugar de local’.

Así, y por los diez años siguientes, mi destino académico y profesional siguió íntimamente ligado a la Universidad del Norte. Como académico, fui miembro del Consejo Superior y de los consejos de docencia e investigación de la sede Antofagasta; fui director de la Escuela de Castellano y del Departamento de Estudios Lingüísticos y Literarios, creado después de la reforma del '68, en la que participé apasionadamente. Publiqué en las revistas de la Universidad, seguí colaborando intensamente en las actividades de extensión; ¡cuántas veces acompañé a Andrés Sabella y a Haroldo Zamora en las inolvidables jornadas de la Sala Ercilla, o a la hermana Elsa Abud en aventuras teatrales y radiales! Quiero destacar, en este aspecto, la realización de un seminario internacional de literatura que organicé en 1968 y que contó con la participación de destacados académicos de universidades de Chile, Argentina, Bolivia y Perú. Creo que ese seminario marcó, simbólicamente, la mayoría de edad de los estudios literarios en la Universidad. Su producto no se perdió: los trabajos leídos en la ocasión fueron recogidos en un volumen

especial, cuya difusión nos proyectó hacia centros importantes del país, América Latina, Estados Unidos y Europa.

En 1969, con razón o sin ella, un grupo de profesores y estudiantes nos tomamos la Universidad. Al año siguiente, de regreso de Salta, donde había dictado un cursillo y varias conferencias sobre literatura, invitado por la Universidad Católica, solidariqué con colegas y me sumé a una huelga de hambre que duró un par de semanas. Así, para bien o para mal, la Universidad me tuvo de protagonista o de testigo permanentemente. En verdad, nada de lo que atañía a la Universidad me era ajeno ni indiferente; tan fuerte era mi vínculo emocional con ella. Y si bien los aciagos acontecimientos de 1973 consiguieron separarme, sólo me escindieron físicamente, pues, en mi corazón y en mi mente seguí fuertemente unido a los avatares que mi alma mater sufría, como todas las universidades del país, en los largos y oscuros años de dictadura.

3

*Buscamos la dimensión exacta
para el hombre de este anfiteatro,
queremos abrir en nuestro espacio
el surco humanista del ayer.*

Si bien se mira, mi presencia en la Universidad del Norte se enmarca aproximadamente en lo que los historiadores y sociólogos han llamado los “largos años sesenta” (entre 1958 y 1974). Esos años fueron de crucial importancia en la historia del mundo y, sin duda, han tenido una influencia profunda y duradera en los años posteriores. Son los años de la guerra de Viet Nam y de la reforma universitaria; del triunfo y asesinato de Kennedy y de la caída del culto estalinista en la Unión Soviética, de Juan XXIII y el Concilio Vaticano II.

Inserta en un rápido proceso de cambios mundiales, la década de los '60 en América Latina está marcada, en lo político, por un gran optimismo, originado, en buena medida, en el triunfo (1º de enero de 1959) y consolidación de la revolución cubana, que esperanzó al continente respecto de la posibilidad de éxito de los movimientos populares. El "Che" se convirtió en paradigma de los ideales revolucionarios. En toda partes, grupos de jóvenes entusiastas se lanzaron a luchas guerrilleras, rurales y urbanas que, en general, fracasaron. Las muertes de Camilo Torres, en Colombia, y del "Che" Guevara, en Bolivia, simbolizaron ese fracaso. En Chile, los turbulentos largos años '60 culminaron con el triunfo de Salvador Allende y la Unidad Popular en las elecciones presidenciales de 1970 y su desgraciado desenlace tres años después.

Un fuerte incremento de las economías regionales y la inmigración de grandes masas campesinas a las ciudades, con el consiguiente crecimiento de los asentamientos marginales en éstas, marcaron los aspectos económicos sociales de los 60. En Chile se realiza la Reforma Agraria (1967), con el decidido apoyo de la Iglesia. En lo cultural, en tanto, se produjo el aumento explosivo de los niveles de educación y profesionalización, así como la radicalización de los movimientos juveniles y la incorporación de muchos de ellos a las luchas de reivindicación políticosociales (partidos políticos, guerrilla, renovación de la Iglesia, movimientos *hippies*, feminismo, libertad sexual, reforma universitaria, etc.).

En la Iglesia latinoamericana, después del Concilio Vaticano II, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), creado en 1955, insiste en la predicación de las reformas sociales necesarias (Reforma Agraria, justicia social, preferencia por los pobres, etc.). Todo esto da origen, entre otros movimientos, a la llamada teología de la liberación. En 1967, la encíclica '*Populorum Progressio*', especialmente dedicada a Iberoamérica, fue tema central de discusión en la Conferencia Episcopal de Medellín, Colombia (1968), con la presencia del papa Paulo VI. En Chile, se generaron movimientos como el de Cristianos para el Socialismo o el de la Toma de la Catedral de Santiago.

Las universidades chilenas comenzaron a vivir, a fines de los sesentas, profundas transformaciones. Todo comenzó con la toma de la Universidad Católica (1967)

y continuó con movimientos en prácticamente todas las demás (entonces, eran sólo ocho).

En 1968, en la Universidad del Norte, comenzó un proceso de reforma que contó con el apoyo de todos los estamentos y que culminó en el Claustro, que aprobó nuevos estatutos y discutió temas cruciales como misión y funciones de la Universidad. El principal efecto fue su democratización y, en consecuencia, la intensa participación de toda la comunidad en las diferentes instancias deliberativas y decisorias. Aunque hubo aspectos positivos, la excesiva politización y el asambleísmo paralizante suscitaron continuas crisis que, en buena medida, desvirtuaron la reforma. El proceso de cambio fue abortado definitivamente por el golpe militar y la intervención de las universidades por la dictadura.

En suma, por encima o por debajo de todos esos cambios, asistimos entonces, casi sin darnos cuenta, a profundas transformaciones que nos situarían a poco andar en un mundo muy distinto al que conocimos en la década anterior, cuando iniciamos nuestra vida universitaria, y que nos marcarían definitivamente.

A fines de 1973 renuncié, con extremo dolor, a mi trabajo en la Universidad del Norte. Entre tanto, ésta siguió su marcha y, superados los años oscuros, pudo de nuevo cantar el himno con todo su sentido. Han pasado cincuenta años y mi Alma Mater me convoca a su celebración. Parece cerrarse el círculo, sellarse la reconciliación. Todo está muy bien y adhiero gozoso al festejo. No obstante, necesito expresar, con el sólo deseo de ver a mi Universidad cumpliendo en plenitud sus funciones, como yo las entiendo, una sentida inquietud, un reparo cariñoso en torno a la actual situación de las humanidades en su seno.

En efecto, el poderoso crecimiento de las disciplinas científicas y tecnológicas (de lo que me felicito) no puede hacernos olvidar que la Universidad, por ser lo que es, es decir, diversidad de disciplinas en la unidad del propósito (educación en el más alto nivel); por ser, además, católica (propulsora del diálogo de todas las formas de conocimiento con la fe y difusora de ese diálogo) y por su vocación regional (del Norte), no puede prescindir de instancias igualmente poderosas para

el desarrollo de las ciencias humanas y sociales. El legado de los fundadores está escrito y patente en esas cuatro primeras carreras con que la Universidad se echó a andar, y que representaron en su hora el afán ambicioso, pero absolutamente necesario, por hacer coexistir de modo equilibrado todos los saberes sobre el mundo y el hombre. Es verdad que los estudios de Psicología y Periodismo, así como los de Arquitectura y Arqueología son muy auspiciosos, están suficientemente consolidados y apuntan al camino correcto. Sin embargo, insisto, una universidad católica y regional tiene no sólo el deber de formar profesionales en las distintas disciplinas sino asegurar la proyección de su enseñanza en las nuevas generaciones. En otras palabras, la Universidad no puede prescindir de formar educadores capaces de asumir el proyecto universitario, de encarnarlo en la problemática cultural del norte y de transmitirlo a sus jóvenes alumnos en escuelas y colegios. Por otra parte, es también imprescindible formar humanistas que puedan contribuir a perfilar la identidad regional y a difundir sus valores en las ciencias, las artes y las letras. Una Universidad que no se aboca al estudio de las distintas manifestaciones del lenguaje, en sus dimensiones significativas, comunicativas y creativas, es decir, de las formas expresivas del tejido social y de la subjetividad, corre el serio riesgo de perder su identidad.

Porque el concepto de identidad presupone una relación intersubjetiva y social: se es uno mismo en la medida en que se pertenece a una colectividad. Y porque toda identidad se vincula a una región, es decir, a un espacio o entorno en el que el ser humano se sitúa, vive, y del que a menudo se siente parte. La región es un ámbito primariamente geográfico, pero también, y fundamentalmente, social y cultural: el ser humano no pertenece simplemente a un territorio, sino a un territorio habitado por otros seres humanos, con los que comparte y construye mundo. Al proyectarse sobre la región, la identidad se torna regionalidad. Ese sentimiento de pertenencia se funda en los procesos y productos culturales en los que nos reconocemos. Así la cultura aparece, justamente, como el término vinculante entre identidad y región: El sujeto ya no es sólo un sí mismo, sino una conciencia de mundo que se asume existencialmente vinculado a un grupo humano con el que comparte un lugar cuya fisonomía depende del trabajo o cultivo individual y grupal. Esa identidad regional sólo es dable mediante un proceso cultural, es decir,

el ejercicio consciente de una acción humana sobre el mundo, de manera que a partir de entonces hombre y mundo se han transformado, han dejado el uno en el otro una huella que los vincula y los cambia, pudiendo reconocerse en ambos y en sus productos una modalidad humana determinada, y distinta de otras. Es, pues, de vital importancia que la universidad, que alguna vez se definió como conciencia crítica de la sociedad, interactúe con ésta en el crucial instante de la gestación de sus futuros miembros: el proceso de enseñanza aprendizaje, entendido como proceso de inserción en la cultura.

En estos largos años, mi vida se ha orientado segura y plena hacia el trabajo intelectual y académico. He alcanzado las más altas jerarquías y he recibido numerosas distinciones, seguramente muchas más de las merecidas; se ha escuchado mi palabra en famosas universidades del país, América Latina, Estados Unidos y Europa; he publicado en prestigiosas y exigentes revistas de todo el mundo. Lo digo sin jactancias, más bien como una forma de agradecimiento. Porque mucho de lo que soy y de los honores y satisfacciones recibidos, lo debo a esta Universidad que me formó, que apoyó mi posterior perfeccionamiento y en la que me inicié como educador y como intelectual. Aquí, igualmente, estudiaron otros muchos destacados profesores que imparten sus lecciones en diversas universidades y centros de enseñanza de todas las latitudes. Es mi ferviente deseo que esa labor imprescindible de formación de maestros se restituya en plenitud, para que se haga verdad encarnada la búsqueda y la plasmación de la dimensión exacta del hombre del Norte, humanista y cristiano, como lo declara con sabiduría visionaria nuestro himno universitario.

¡Larga y plena vida a la Universidad Católica del Norte!

Concepción, madrugada del 31 de mayo de 2006.

UN EXORDIO A UN ARTÍCULO DE
GERARDO CLAPS GALLO

UN EXORDIO A UN ARTÍCULO DE GERARDO CLAPS GALLO

Rubén Gómez Quezada

Académico y periodista

Gerardo Claps Gallo, uno de los más importantes intelectuales antofagastinos, publicó en Tierra Nueva en 2005 el artículo titulado “Tres reflexiones sobre nuestro norte”, una cúspide de la observación y el filosofar propio del norte chileno y que corona sus propios conceptos desarrollados desde inicios de los años '60, cuando ya había fundado la Universidad del Norte, antecesora legal de nuestra casa de estudios.

Claps Gallo, sin duda, razonó y actuó con propiedad en los grandes temas que trata en el artículo que comento. Nos habla sobre el territorio, la vida, el agua, la fe y el hacer Iglesia, entre soledades rudas depositarias de siglos de historia andina, de mares eternos y de epopeyas extraordinarias como la de ocupar, trabajar y habitar el Despoblado de Atacama en la gesta pampina de la depresión intermedia. En estas reflexiones hay una mirada aguda, profunda, inmensamente sabia que nos descubre el talante de los hombres y mujeres de esta tierra bendita e increíble, y de los que se hicieron parte de su piel venidos de todo Chile y el mundo, pero que dejaron aquí sus huesos para dar testimonio de lo aquí ocurrido. Claps Gallo hablaba con propiedad. Hombre de Iglesia y luego hombre seglar, fue habitante de distintas latitudes y territorios, pero lo marcó su nacimiento antofagastino y su muerte en Copiapó, y al alero de los ríos Loa y el Copiapó refresca la

memoria para entender quiénes somos y hacia dónde vamos. Discípulo y amigo de San Alberto Hurtado tiene convicciones profundas, y es así como abrazó además luchas por los derechos humanos en días duros de nuestra historia.

De muchas de esas cosas nos refiere en estas reflexiones. Nos invita a seguir contando en prosa, verso, en el cine, la televisión y los multimedios sobre las grandes gestas aún no contadas totalmente, de lo que significó conquistar el desierto y significa seguir haciendo patria hoy día aquí en el norte grande. A no dudar, las líneas que siguen son un aliciente para levantar la mirada, querernos más y reconocernos como lo que somos. Hombres y mujeres extraordinarias y no solo cifras del mercado y los negocios y los ciclos económicos. “Tres reflexiones sobre nuestro norte” se ocupa de nuestros orígenes geográficos y territoriales, de las características psicosociales que tallan a los hombres y mujeres del desierto. De la reflexión pastoral sobre lo difícil que fue y es encontrar operarios para hacer crecer la Iglesia en las tierras bravías nortinas. Nos retrata la historia costera pampina, el desierto inconmensurable y las comunidades andinas. Nos habla de la plata y el salitre. Nos deslumbra con las riquezas del espíritu y del conocimiento, y con todo aquello que llevó a la fundación de la Universidad del Norte, a la Católica del Norte y la necesidad de ser un hito irremplazable para reconocernos por siempre.

Tres reflexiones sobre nuestro norte

Por Gerardo Claps Gallo

Doctor Honoris Causa de la Universidad Católica del Norte

El año 2000 pusimos por escrito la primera de las tres Reflexiones que aquí presentamos y que fuera incluida en el documento Política Cultural de la Segunda Región, que publicara el Gobierno Regional el año 2002, (pág. 8 y 9).

Después de dar vueltas en torno a las ideas eje de la primera Reflexión, fue elaborada la segunda, que extrae y concreta algunas derivaciones que –nos parece– caracterizan al conglomerado nortino y constituyen rasgos de su fisonomía colectiva.

Finalmente incorporamos la tercera Reflexión, cuyo núcleo conceptual explicitamos hace más de cincuenta años en un círculo de estudiantes de filosofía. Revista *Mensaje* publicó esta charla, bajo la forma de un artículo, que fuera reproducido, traduciéndolo al francés por la revista *Lumen Vital* (Bruselas). El contenido de esos artículos, en otra redacción, ha pasado a constituirse en la tercera y última de las Reflexiones que entregamos a los lectores de Tierra Nueva.

I. REFLEXIÓN SOBRE LA GÉNESIS

- I.1 Sistema precordillerano (Política Cultural...página 8).
- I.2 Sistema costero-pampino (Política Cultural...página 9).
- I.3 Hoyas hidrográficas y culturales.

I.1. Sistema precordillerano

En nuestra región, la historia y la cultura aparecieron con la llegada de las tribus de cazadores y recolectores que, presumiblemente, descendían de antepasados

provenientes de Asia que hace unos doce mil años alcanzaron nuestra latitud. Nos referimos a los atacameños, pueblo nómada, cazador y recolector en su origen, que fue acumulando respuestas adecuadas y transformándose en sedentario con dedicación al pastoreo y la agricultura. Se perpetuaron en la pre-cordillera, donde hay algunas fuentes de agua, algunas lagunas y vegas, algo de vegetación y una fauna escasa, pero maravillosamente adaptada a las exigencias del medio.

El espíritu del ser humano se modeló, respondiendo a los estímulos y desafíos provenientes de la naturaleza con la misma capacidad de adaptación de los camélidos cordilleranos, que conformaron su sistema neuromotor, su aparato respiratorio, circulatorio y digestivo a las condiciones circundantes.

Gran parte del encanto de los poblados indígenas del interior y del asombro que provocan a los afuerinos que los visitan radica en su tradición. Se trata de un legado que se fue amasando en siglos, de una verdadera proeza de sobrevivencia en un medio difícil y parco en recursos hídricos y alimenticios.

Los atacameños, como señal de su dominio y señorío, impusieron los nombres, que aún perduran, a los principales accidentes geográficos de la zona. Sus ayllus y pukarás hablan de su capacidad de organización y voluntad de resistencia.

Gustavo Le Paige, s.j., párroco de San Pedro de Atacama, fundó el museo de esa localidad motivado por una inquietud científica adquirida en el seno de su familia y desarrollada durante sus años de apostolado en el Congo; pero, sobre todo, impulsado por devolver el orgullo y autoestima a sus feligreses. Las colecciones reunidas por el jesuita belga, la enorme cantidad de piezas líticas, tejidos, alfarería, tenían como objetivo mostrar los valores de un pueblo que no sólo enfrentó con éxito los desafíos de la sobrevivencia sino que desarrolló rituales que correspondían a problemas relacionados con la trascendencia, manifestando, de paso, un sentido estético pronunciado. El Museo de Le Paige estaba destinado a las visitas; pero, sobre todo, a los de casa. Debía ser el espejo en que un pueblo contemplase su propia grandeza.

Con justicia se puede calificar de epopeya la trayectoria multiseular de los atacameños y cimentar sobre ella un sólido respeto y consideración por sus valores. Nuestra población originaria constituye una importante minoría. En las villas y aldeas precordilleranas habita aproximadamente el 2% del total de la población de la II Región. Es casi seguro que otro porcentaje, siempre bajo, haya emigrado a Calama y Chuquicamata; antes, a las oficinas salitreras e incluso a los puertos. En estos lugares se han mimetizado, amalgamado y confundido con el resto de la población, lo que merece a su vez una reflexión aparte.

1.2. Sistema costero pampino

Durante siglos el desierto que se extiende al poniente de los oasis cordilleranos recibió el expresivo nombre de Despoblado de Atacama. Recién en 1928 Bolívar fundó el puerto Lamar en la caleta de Cobija. Siguió después el descubrimiento de covaderas, cuyas manifestaciones se hicieron tanto en Chile como en Bolivia. La carencia de una frontera definida incubó un conflicto que terminaría por estallar en 1879. El guano fue el primer motivo de la discordia. Paralelamente comenzó a explotarse el cobre, a pequeña escala; hasta que apareció el salitre y, luego, impetuosamente, la plata de Caracoles.

Un hecho curioso: todas estas faenas fueron emprendidas o por chilenos o por europeos. No hubo empresarios bolivianos. En cuanto a mano de obra, ésta fue mayoritariamente chilena. Los ciudadanos bolivianos se concentraban en los cargos públicos, como funcionarios del Estado.

Estas pinceladas ilustran un hecho: la colonización del desierto por parte de chilenos, procedentes principalmente de la provincia (hoy Región) de Atacama. Este fenómeno se produjo vía marítima, ya sea directamente, ya sea a través de Cobija. En uno y otro caso el fenómeno fue el mismo: oleadas de chilenos que desembarcaron en estas costas para quedarse en sus puertos o proseguir al interior.

Las características geográficas explican que el desierto permaneciera deshabitado, mientras en la precordillera se producía un asentamiento que a través de siglos fue gestando una cultura en estrecha resonancia con la tierra. En la pampa y en el borde costero, en cambio, irrumpió de improviso y con fuerza la presencia de los chilenos y algunos europeos. Asentarse en estos parajes desprovistos de todo constituyó una proeza, un acto de heroísmo sostenido, un enfrentamiento a obstáculos que parecía imposible superar.

Ese milagro se produjo. Aquí se desató la iniciativa del chileno y se manifestó su coraje en toda amplitud. Así fue surgiendo un modo especial de ser y de vivir hasta plasmarse la fisonomía del nortino, un tipo especial de chileno. En estas latitudes, podemos decir, el chileno humilde procedente del agro se liberó de su sometimiento al patrón, se acostumbró a ganar y gastar su dinero, a trabajar con descomunal esfuerzo y prodigarse en farras colosales.

En los últimos treinta años del siglo XIX el norte fue escenario de la braveza y despertar del pueblo chileno. La adaptación a esta ruda naturaleza y a un rudo trabajo forjó un tipo especial y una cultura también especial. Un factor clave para comprender la verdadera mutación (cambio brusco en oposición a la evolución, que implica un cambio lento) del pueblo chileno en el norte, fueron las condiciones de trabajo. Aquí, antes que el resto del país, se desarrolló una industria a escala con la que nació el proletariado industrial chileno. El norte fue la cuna de los movimientos sociales chilenos y escenario de los primeros conflictos de clase.

A manera de conclusión, mientras los atacameños constituyeron una cultura, evolucionando paso a paso en su aprovechamiento de la geografía, en la que sus raíces fueron hundiéndose; en la costa y en la pampa apareció de improviso un grupo distinto. Su composición era heterogénea, chilenos empresarios y peones, de Atacama hasta Chiloé, extranjeros de diversas nacionalidades: británicos, alemanes, franceses, españoles, árabes, croatas, griegos, italianos y chinos, entre otros. Un abigarrado conjunto, cada componente con su propia cultura, se instaló en la zona.

La diferencia entre los neo-nortinos y los atacameños es notable. Los primeros constituyen una sociedad sobrepuesta en un paisaje en el que no han hundido sus raíces; al revés de los segundos que son una sociedad arraigada. La reciente implantación de los neo-nortinos, a pesar de sus características heroicas y motivadoras, no ha dado tiempo para una revolución. Subsiste el desarraigo, la incompetencia para manejar el ambiente, la falta de raíces.

La actividad minera, eje de la economía regional, es propensa a la apertura y cierre de faenas, ya sea por nuevos descubrimientos, por agotamiento de mantos y filones, por la fluctuación de los precios en el mercado internacional. Esta suma de factores genera un sentido de precariedad, un afán de rápido enriquecimiento, una disposición permanente o subyacente a cambiar de faena, a trasladarse.

Se da así la aparente contradicción del chileno que añora su etapa nortina y se enorgullece de la superación lograda en estos lares; pero que no sabe apreciar ni conservar los testimonios de esta grandeza, que maneja con ineptitud su ecología, que saquea las riquezas naturales y el patrimonio histórico.

En ninguna otra parte ha tenido tanta pertinencia el aforismo de Horacio: “*carpe diem*” (disfruta el momento)... a escala social. Resulta interesante destacar la posición de Calama por confluir en ella los sistemas precordilleranos y costero-pampino, constituyendo un crisol de culturas o un telar que ha ido entretejiendo con hebras de muy diversa procedencia un conglomerado social en que están presentes o muy próximos todos los factores enunciados.

1.3. Hoyas hidrográficas y culturales

Si sobreponemos en un mapa de la Segunda Región, por una parte, sus áreas ocupadas, atendiendo a la procedencia y cultura de sus habitantes, y, por otra, sus hoyas o cuencas hidrográficas, observaremos una singular coincidencia.

El sistema andino se sitúa en dos hoyas: la del Río Loa y la del Salar de Atacama. Precisamente los pueblos atacameños se dividen en dos subsistemas, que coinciden con estas hoyas. Gustavo Le Paige, s.j., Serracino, Lautaro Núñez, Llagostera, Téllez, M.A. Costa, vale decir el equipo arqueológico de la UCN destacado en San Pedro, han investigado la cuenca del Salar. Los antecedentes por ellos recopilados son imprescindibles para quien quiera adentrarse en su pasado o en su interior. Por eso, arqueólogos con deseo de autonomía han dirigido sus exploraciones a la cuenca del Loa, especialmente a los poblados del curso superior, pues tanto el curso inferior –desembocadura incluida– como el curso medio cuentan con una relativa abundancia de estudios previos. Investigadores de la Universidad de Chile, sede Antofagasta, concentraron su atención de preferencia en la desembocadura loína. Patricio Núñez, de la UA, ha continuado esta tendencia, dedicándose a los changos, que se ubican a lo largo del litoral. Bente Bittman y sus discípulos de la Escuela de Arqueología de la UCN, entre ellos Osvaldo Castellón, hasta la actualidad, trabajaron el curso medio e inferior del Loa, especialmente Chacance y sus alrededores. Una vez localizada la población aborigen en el mapa, queda un gran espacio que permaneció vacío durante siglos: la Pampa o Despoblado de Atacama.

El sistema costero-pampino representa una instalación o asentamiento muy posterior. Los atacameños tenían más de 10.000 años junto al Loa o en los faldeos precordilleranos cuando aparecieron oleadas de mineros y portuarios, que se asentaron en el desierto (Despoblado) y en el litoral, absorbiendo éstos a los changos que desaparecieron por su escaso número. Estos nuevos pobladores dieron origen, a su vez, a dos obvios subsistemas: la costa y la pampa.

La distribución de la población en la Segunda Región, en consecuencia, es susceptible de esquematizarse con bastante aproximación sobre un mapa. Población e hidrografía coinciden con exactitud.

Observando los mapas de nuestra región, comprenderemos la separación existente entre las comunidades precordilleranas y las costero-pampinas, fenómeno que ha permitido a las primeras conservar relativamente intacta su ancestral cultura, vigente en la cuenca del Salar de Atacama y cuenca superior del Loa.

Así como los changos desaparecieron, sumergidos en la avalancha que pobló la costa, algo parecido ocurrió con los atacameños que se asentaban en el curso medio e inferior del Río Loa. La explotación salitrera del Cantón Toco y la cuprífera de Chuquicamata, atrajo una masiva afluencia de trabajadores que sepultó o diluyó a la población ancestral primitiva, comparativamente escasa, hasta casi hacerla desaparecer.

El atractivo de San Pedro de Atacama se fundamenta en buena parte en la conservación de su rostro secular, favorecida por su aislamiento geográfico, factor que a su vez ha originado recientemente una fuerte corriente turística –visitantes transitorios– y determinado que un número creciente de afuerinos se instale a vivir definitivamente en el poblado o sus cercanías. Ambos hechos han contribuido al desarrollo del villorrio; pero también han introducido un peligro: la pérdida o desdibujamiento de su identidad. En Chiu-chiu el peligro es aún mayor, por su proximidad con Calama y Chuquicamata.

Al hablar de San Pedro de Atacama resulta inevitable referirse al jesuita belga Gustavo Le Paige, quien quería que el desarrollo llegara a su gente (presidió el Centro para el Progreso de la localidad); pero, al mismo tiempo, se erigió como un estricto centinela en la preservación de sus valores y especificidad.

Hoy, entre los aborígenes, existe celo por conservar su cultura ancestral. Esto es notorio en grupos radicalizados o fundamentalistas que han llegado a extremos de ejecutar atentados con el propósito de destruir o dañar el Museo de San Pedro, la estatua de Le Paige que está en su interior y hasta el templo de San Pedro y el santuario de la Virgen de Ayquina. Esta efervescencia es producida por grupos minoritarios estimulados por activistas afuerinos. Su exacerbado indigenismo los conduce a rechazar la cultura occidental, el catolicismo y hasta poner en duda la vinculación o pertenencia al Estado de Chile. Se trata de la misma corriente que se expresa entre los mapuches de la IX Región o los indígenas de Chiapas, aunque morigerada por la menor dimensión de la población, el aislamiento geográfico y la actitud de sorda resistencia de la mayoría de los atacameños, ancestralmente realistas y razonadores.

En este terreno tienen injerencia el Estado, el Gobierno Regional, la Iglesia y la propia UCN. A todos ellos corresponde su cuota específica en la separación y acogida de las demandas atendibles yacientes en este descontento, así como en contrarrestar sus excesos.

2. REFLEXIÓN PSICO SOCIAL

2.1. Hombres de desierto

Yahveh Dios, “habiendo formado de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo, condújolos ante el hombre para ver cómo los llamaba, y que toda denominación que el hombre pusiera a los seres vivientes, tal fuese su nombre. El hombre impuso, pues, nombre a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias salvajes” (Génesis, capítulo 2, versículos 19 y 29). El sentido del texto bíblico es claro: el hombre está por encima de los animales, a los que puede someter, instrumentalizar y subordinar a sus propios fines. Poner nombre es un acto de señorío, de dominio, de poder. Este fenómeno social es visible en las tribus africanas. Lo fue también en la cultura semita. Recordemos a Jesús, cambiando el nombre a Simón, hijo de Jonás. “Tú, desde ahora, te llamarás Pedro”.

La forma en que los seres humanos ponemos nombre a las cosas y personas es reveladora, tanto del que nombra como del nominado. La abundancia de Yones, Richards, Bilis, Brandos en nuestros estratos más pobres, está indicando una aspiración oculta de querer ser aborigen o mestizo –una etiqueta anglo-sajona–. El sobrenombre que le impongan sus pares será mucho más asertivo e indicativo de lo que es.

Donde nos equivocamos menos es en la toponimia o nominación de accidentes geográficos, como montes, ríos, islas, golfos. ¡Qué bien puestos están los nombres Cerro Coloso, Punta Tetas, la Rinconada, Roca Roja, Playa Amarilla, Morro Moreno, en las cercanías de Antofagasta! También lo estuvo “Despoblado de Atacama” para designar al desierto entre los ríos Loa y Copiapó. Su aridez hacía tan

difícil el asentamiento humano, que no había habitantes en su superficie hasta bien entrado el siglo XIX. Hasta entonces sólo un reducido número de nativos recorría la costa: los changos, los cuales pronto desaparecieron, absorbidos cuando se produjo el doblamiento provocado por la plata y el salitre.

Los efectos sobre la cultura, originados por la velocidad de este tránsito de territorio deshabitado a otro con poblados, es el tema de nuestra primera Reflexión. Acuñamos en esa instancia la categoría de “sociedad super-puesta” al asentamiento humano costero-pampino de la Segunda Región, en oposición al de “sociedad arraigada”, con que caracterizamos a las comunidades agrarias, en general, y a las de nuestra pre-cordillera, en particular. La distinción enfoca la ausencia o presencia de relaciones entre hombre y tierra, transmitidas generacionalmente.

2.2. Entorno que marca

La geografía ha impuesto su sello a los habitantes de la Segunda Región. En el desierto no se cultiva; se extrae. De aquí se saca para ser exportado, vale decir, elaborado y consumido en el exterior. Por eso estamos expuestos a vaivenes que no dependen de nosotros: hallazgos, agotamientos de minas, fluctuaciones en el mercado internacional. Algo muy distinto ocurre con el campesino. También existe en el horizonte del agricultor un factor que escapa a su pleno control, como lo es el régimen de lluvias; pero, en general, entre producto obtenido y cantidad y calidad de trabajo –o esfuerzo humano con finalidad productiva– aplicado, es muy proporcional y muy palpable. Depende de su manejo la cosecha de este año, así como el que sus hijos y nietos puedan seguir cosechando el próximo siglo. En el agro, la tarea sobrepasa la vida laboral del campesino; la experiencia acumulada la heredan las generaciones emergentes, que prosiguen laborando el mismo pedazo de tierra que labraron sus antecesores.

Las sociedades agrarias amasan una cultura que se transmite de padres a hijos, que perdura en el tiempo y se liga a un lugar muy preciso. Las faenas mineras, en

cambio, llevan el sello de la inestabilidad o precariedad; en otras palabras, el nexo entre el minero y la mina está, por naturaleza, expuesto a desaparecer. El criterio dominante en esta actividad conduce a explotar la veta o manto de faena y de entorno en el curso de su vida. Por eso son corto-placistas en sus previsiones. Por eso, también, son propensos a desquites en sus diversiones, protagonizando farras descomunales para compensar la soledad, las privaciones o la dureza de su trabajo cotidiano. Farrean como si el mundo se fuese a acabar.

Por la índole de su trabajo, el minero es fantasioso. En cambio, el campesino es aterrizado y calculador. El primero atribuye un rol importante a los golpes de suerte. De ahí su atracción por los juegos de azar y su disposición al riesgo. El hombre de campo, al revés, pone su confianza en la siembra y en el cuidado que prodigue a sus cultivos.

En el Norte Chico –Atacama y Coquimbo– la minería convive con la agricultura. No sucede lo mismo en el Norte Grande, donde la minería ejerce un forzado monólogo y carece del contra peso de una actividad que se renueva siempre y repite anualmente su ciclo. En el Norte Chico, tal vez bajo el influjo de esta convivencia, ha predominado la pequeña minería; al revés de lo que ocurre en el Norte Grande, donde la dominadora es la gran minería y casi inexistente la agricultura, concentrada, aislada en la precordillera y altiplano, vale decir, en otro piso orográfico, prácticamente reducida a satisfacer la subsistencia del grupo familiar.

2.3. Machismo, fantasía y solidaridad

La actividad minera es esencialmente machista. El margen de aporte reservado o permitido a la mujer es mínimo. En tal ambiente, los valores socializados excluyen la participación igualitaria de la mujer, relegándose lo femenino a labores domésticas o satisfacciones sexuales. La fuerza bruta, la destreza física, la resistencia y el coraje son objeto de exaltación. La sensibilidad, la ternura, la

inclinación estética es monopolio femenino y se exhibe en la crianza de los hijos o los arreglos domésticos. Los artistas pampinos son una *rara avis*, muy difícil de detectar. Sabella y Rendic cantaron a la pampa desde una posición costera. Ferraro tuvo que llegar a Antofagasta para, desde acá, llorar a Pampa Unión. Hernán Rivera Letelier y Óscar Bermúdez Miral son dos excepciones: se inspiraron y empezaron a escribir en la pampa.

Por la índole y marco de su trabajo, el minero es más aventurero y soñador, en contraposición al campesino, que no vuela y calcula con lo que tiene entre manos o lo que sus ojos ven. El minero es proclive a confiar en la buena fortuna; persigue datos o derroteros, guiado por el instinto, la imaginación o la intuición; lo positivo es su mayor apertura a las innovaciones.

Otro rasgo psicológico generado en la pampa y estimulado por las condiciones ambientales es la solidaridad. El hombre aislado, en este paraje, sucumbe. Para sobrevivir requiere coordinar su actividad, compartir responsabilidades, integrarse a un conjunto o complejo laboral. Hasta para divertirse tiene que asociarse con otros, como sucedió en las filarmónicas, murgas o ligas deportivas.

Esta tendencia fructificó en organizaciones con claro sentido social reivindicativo. Hoy este aspecto es menos visible, porque las empresas modernas han abordado el tema con racionalidad. Junto con ofrecer una mejor remuneración y mejores condiciones de trabajo, se preocupan de satisfacer aspectos humanos de su personal, de suavizar las asperezas del clima desértico con instalaciones confortables y de proveer pasatiempos.

Como es sabido, la costa y la pampa de esta región se fueron poblando gracias a los minerales descubiertos. El primer impulso lo dio Ossa Vega, al iniciar la explotación de nitrato en el Salar del Carmen. Se asoció con Puelma, su compañero más próximo en esta aventura; buscaron socios capitalistas, como Agustín Edwards y algunos británicos –Smith, Gibas, Clark– vinculados a la explotación salitrera en Tarapacá. Bajo la dirección de Ossa, se procedió al reclutamiento de carpinteros y albañiles para construir el campamento y los ingenios productivos.

Los operarios desembarcaron en una costa en que no había habitantes ni vestigio de construcción humana. Con mulas y carretas se inició la penetración en la pampa, desde la Bahía San Jorge (Antofagasta) o desde Cobija.

Nuestra generación es testigo del salto espectacular que ha dado Antofagasta con la instalación de empresas mineras dedicadas a la explotación del cobre, entre las que sobresale Escondida.

2.4. Obstáculo a la tradición

El descubrimiento de Caracoles originó una avalancha humana. El puerto de Antofagasta multiplicó su población cuatro veces en un par de años. El ferrocarril empezó a competir con la carreta en el desplazamiento de hombres y carga.

En pleno siglo XX, según Eugenio Garcés F. (*Las ciudades del Salitre*, Edición Orígenes, Santiago, 1999), “en el Cantón Central llegaron a vivir cerca de 70.000 personas, de las cuales 28.000 eran obreros” (extraído de Proyecto Monumento Nacional Chacabuco, Kohnenkamp Arquitectos e Ingenieros, Antecedentes Cantón Central). Habría que agregar a esa cifra los habitantes de los otros cantones: Toco, Aguas Blancas y Taltal. Por consiguiente, el desierto dejó de ser un “despoblado”.

Este panorama ofrece dos características que merecen atención especial (además de la categoría de “sociedad superpuesta” ya mencionada en la primera Reflexión). Ellas son:

- 1) La predominancia masculina o ausencia de mujeres.
- 2) La predominancia de adultos o ausencia de niños.

Ambos factores marcaron la génesis del asentamiento humano en la región.

El sector costero-pampino no se constituyó como el andino, mediante la migración de un pueblo nómada en el que había hombres y mujeres, niños, jóvenes, adultos y ancianos.

En la costa y en la pampa no ocurrió lo mismo. El primer contingente humano fue casi exclusivamente varonil, jóvenes y adultos. El resto de la familia quedó esperando en Atacama, Coquimbo, Valparaíso o Chiloé. Esta circunstancia marcó la primera generación de estos parajes y dejó un sello que todavía perdura.

Todas las sociedades conservan los rasgos de su nacimiento. Un ejemplo evidente lo tenemos en el Oeste norteamericano (*Far West*), cuya conquista marcó no solamente esa área geográfica, sino a la nación entera. Reiteramos: las condiciones fundacionales de una sociedad constituyen un verdadero genotipo social, que se transmite a través del tiempo e imprime una huella difícil de borrar.

La minería favorece el machismo y arrincona a la mujer, la limita. El arribo de adultos ya formados conspiró contra la posibilidad de amasar una cultura y tradiciones propias, o de forjar un enlace con el pasado, por lo demás inexistente. Esta circunstancia ha favorecido el poco respeto hacia los vestigios patrimoniales y una suerte de desafección con respecto al proceso histórico del que somos parte. ¡Y hay tantos motivos para fundamentar un sano orgullo!

Otra consecuencia del doblamiento en base a individualidades adultas y de género masculino es la tardanza en construir una cadena generacional. El recambio de la masa laboral no se produjo por el crecimiento de los más jóvenes, sino por el reemplazo o llegada de nuevos elementos, ya maduros y formados en otro ambiente.

De esta manera, la formación de una continuidad de valores y costumbres a lo largo del tiempo ha tardado más de la cuenta. Estamos siempre empezando, como en las escuelas, donde cada año hay que rearmar el coro y los equipos deportivos.

El fenómeno, a escala menor, todavía subsiste. Muchas faenas en la zona, aún hoy día, contratan personal forastero.

2.5. Permeabilidad

Quizás otra consecuencia del contexto histórico-social anteriormente esbozado sea la facilidad con que los habitantes de estas latitudes han acogido modas y costumbres, que llegan como objetos de importación desde el exterior.

Pasemos revista a algunos elementos:

El nortino en general, sobre todo el pampino, ha sido receptivo a las formas de religiosidad provenientes de los pisos orográficos superiores, donde habitan comunidades aborígenes. Sin obstáculo ha asimilado las romerías, las diabladas y los bailes religiosos, propios de nuestras comunidades ancestrales.

De los europeos y norteamericanos, que fueron sus jefes, reprodujo su afición a las competencias deportivas. José Antonio González consigna que, en 1934, la Asociación Social y Deportiva Lautaro, con sede en Chacabuco, registraba 3.450 socios (Proyecto Construcción Museo Chacabuco, pág. 44, Kohnenkamp Arquitectos e Ingenieros).

También las corrientes sociales y movimientos reivindicativos encontraron un apto terreno de propagación en esta zona.

En síntesis, variadas formas de comportamiento y visión valórica gestadas fuera del propio ámbito fueron asimiladas con facilidad y prontitud en el Norte, que se adelantó en muchos aspectos a las provincias agrarias y a la propia capital de la República. Los partidos marxistas y las corrientes socio-cristianas, en política, fueron fuertes en la pampa, donde anclaron y se propagaron antes que en el resto del país.

Quizás la carencia de un anclaje propio, o de un peculio cultural, en síntesis, un vacío de costumbres y valores heredados, facilitó la adopción y asimilación de elementos sociales provenientes de fuera. Esta apertura puede considerarse una ventaja.

Con ingenioso optimismo, como el de los mineros, hemos escarbado en nuestro ser y acontecer. El propósito ha sido develar nuestro propio rostro, removiendo el polvo o chuzca que lo cubre. Este superficial intento está destinado a ser superado por estudios más profundos y sistemáticos. Ojalá otros, con mejores armas, indaguen en nuestra psicología social para saber mejor quiénes somos y adónde vamos.

Sócrates decía “conócete a ti mismo” para que el individuo pudiese emprender el camino de la perfección. El mismo consejo vale para los pueblos.

3. REFLEXION PASTORAL

3.1. Introducción teológica

Los seres vivos, verdaderas organizaciones celulares, gozan de salud mientras existe unidad entre sus partes, mientras mantiene el nexo mutuo, mientras prolongan el equilibrio o armonía en su interior complejidad; crecen cuando asimilan o se nutren de elementos externos que pasan a formar parte de la propia realidad.

Igualmente, las organizaciones o cuerpos sociales viven mientras sus partes guardan la indispensable cohesión; crecen en la medida que entre ellas se fortalece la interrelación y son capaces de incorporar nuevas individualidades. Decaen en la medida que el principio vital que las anima se desactiva o sus componentes empiezan a disgregarse. Lo mismo cabe para la Iglesia.

La Iglesia es un organismo cuyos miembros participan del mismo Espíritu, presente en su interior y en cada cristiano, cuyo efecto se conoce como “gracia” o don gratuito, invisible y santificante. Este don, al ser compartido, configura el Cuerpo Místico de Cristo. Por la acción del Espíritu que conduce al Padre, somos desde el bautismo una réplica de Cristo, el Hijo en quien confluyen perfectamente, totalmente, la humanidad y la divinidad.

San Pablo y San Juan expresan estos conceptos con extraordinaria fuerza e inefable profundidad. Cristo a menudo habló del rebaño y del reino para que sus interlocutores entendiesen que su invitación o convocación era a una entidad social. “Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos”. Ninguno puede dar fruto, separado de mí.

La Palabra y los Sacramentos son indispensables para la vitalidad de la Iglesia, para que –como Cuerpo– se oriente al Padre y reproduzca en sus pasos el caminar del Verbo a través de nuestra humanidad.

Una comunidad cristiana será sana y fuerte en la medida que la Palabra y los Sacramentos estén presentes y actuantes en ella.

¿Ha gozado de buena salud la Iglesia en el Norte?

Los médicos hablan de síntomas cuando tienen que diagnosticar. Los sociólogos definen fenómenos relevantes para describir o auscultar una sociedad. Para la comunidad eclesial, un síntoma o fenómeno relevante tiene que ver con la capacidad de alimentarse, mantenerse, renovarse y crecer. La Iglesia, en cuanto entidad viviente y siempre perfectible, requiere estar permanentemente conectada a su fuente vital: a Cristo, en su Palabra y en los Sacramentos. Esto supone la existencia de ministros o sacerdotes.

Los operarios de la mies son indispensables para que haya cosecha. Jesús dijo: “La mies es mucha y los operarios pocos”. Rogad al dueño de la mies para que envíe operarios”.

Una comunidad cristiana requiere producir operarios, voceros del Mensaje del Verbo, dispensadores de los ritos que confieren la Gracia. En otras palabras, es necesario contar con ministro y sacerdotes para que administren los Sacramentos y la Palabra, sin los cuales no hay Iglesia.

Reflexionemos si, en la realidad histórica del Norte Grande chileno, la comunidad cristiana, el rebaño de los fieles, ha contado con las condiciones sociales

para autoabastecerse de sacerdotes. Apliquemos en nuestra reflexión sobre la Iglesia del Norte el criterio de la mayor o menor facilidad-dificultad para que aparezcan y fructifiquen las vocaciones hacia el personal consagrado, tanto en las comunidades andinas como en el sector costero-pampino. De esta manera, tendremos una clave para interpretar el grado de consolidación de la Iglesia en esta zona.

3.2. Comunidades andinas

La tesis más aceptable sobre el origen de estas comunidades señala que ellas provienen del nordeste asiático, atravesaron el actual Estrecho de Bering y se descolgaron hacia el sur por los faldeos cordilleranos. Hace doce mil años llegaron a nuestra región.

¿Quiénes llegaron? Tribus nómades de cazadores-recolectores. Paulatinamente se transformaron en pastores y agricultores, y constituyeron asentamientos. Venían con un bagaje religioso pagano que fueron desarrollando, tal como lo demuestra con prodigalidad la arqueología.

El contacto con el cristianismo lo tuvieron vinculado al conquistador español recién en el siglo XVI, con las implicancias negativas propias de esta simultaneidad. Sin embargo, el sentido de trascendencia, muy acentuado en las comunidades ancestrales, permitió separar el mensaje religioso del dominador foráneo, asimilarlo y forjar formas de culto “mestizas”, es decir, con un fuerte componente local. Tanto es así, que podemos advertir una piedad muy enraizada y formas de culto muy propias de esas comunidades¹, mantenidas principalmente por las mujeres, quienes en todas las culturas son el vehículo más apto para transmitir la herencia de costumbres, símbolos y ritos a las generaciones más jóvenes. La población ancestral, por imperio de la geografía, ha existido diseminada en reducidos po-

¹ CONFER. L. Núñez, “La Tirana del Tamarugal”. Evangelización, sincretismo y mestizaje (pág. 36 y ss.).

blados o caseríos. Esas pequeñas comunidades se han visto forzadas a desplegar una economía de subsistencia. El Estado chileno las ha dotado de escuelas en sus villorrios más importantes. San Pedro de Atacama cuenta con un liceo desde muy poco tiempo. Sin el esfuerzo fiscal, no podrían por sí mismas montar y mantener ninguna escuela.

En esa situación, no es posible imaginar que puedan formarse sacerdotes, los que requieren centros especializados de educación superior: seminarios y facultades de teología. También es harto difícil que surjan vocaciones. El ministerio sacerdotal, por largos años, en esa área, ha sido obra de algún elemento consagrado foráneo. La mayor aspiración de Gustavo Le Paige, s.j., fue que un joven atacameño lograra subir al altar y oficiar como sacerdote. Su amor a las etnias indígenas andinas le indicó que ésa era la señal de una incorporación perfecta al cristianismo y el término de una etapa misionera o de asistencia externa.

El cumplimiento de ese anhelo se mantiene pendiente.

¿Cómo puede explicarse la permanencia por más de cuatro siglos de adhesión al cristianismo por parte del pueblo atacameño en tan precarias condiciones de atención pastoral? Atribuimos este fenómeno a dos factores:

- 1) El hambre de trascendencia, presente en esa etnia, ha encontrado en la doctrina cristiana una respuesta acorde a sus ansias profundas.
- 2) La devoción mariana ha calado hondo y favorecido una actitud de fidelidad a la Iglesia.

3.3. Corriente costero-pampina

Hemos mencionado la forma en que se constituyó, en la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad costero-pampina: mediante una verdadera avalancha de chilenos procedentes de Atacama y Coquimbo, del centro y sur del país, a los que se unieron algunos sudamericanos, europeos y asiáticos. Como lo hiciéramos ver, esa masa estaba constituida muy preponderantemente por varones adultos. La pro-

porción de familias fue escasísima y la presencia de mujeres, minoritaria. Los sacerdotes chilenos arribaron recién como capellanes de los soldados expedicionarios en la Guerra del Pacífico².

En consecuencia, se cristalizó una sociedad desprovista de inquietudes espirituales. Desde una perspectiva apostólica, se formaron ciudades y campamentos como “rebaños sin pastor”³. La provisión de clero provino de fuera en una variedad de formas: un pastor amigo que cedía, casi siempre temporalmente, a uno de los sacerdotes de su circunscripción; otros vinieron como voluntarios; otros llegaron buscando el alero de un obispo benévolo, con frecuencia arrastrando algún problema, como el de haberse retirado de una congregación religiosa, pero manteniendo la fidelidad al sacerdocio⁴.

En definitiva, se estructuró una sociedad con hombres adultos, ansiosos de hacer fortuna, pragmáticos y refractarios a motivaciones espirituales. Aceptaban la dureza del desierto y del trabajo minero sólo por incentivo monetario.

El recambio no se produjo por el crecimiento de los jóvenes, sino por la llegada de nuevas oleadas de adultos. Lo usual es que la inquietud por la vocación a la vida consagrada se manifieste o se resuelva en aquella etapa de la existencia en que se plantean las opciones de vida o se define, ya sea por el espacio que se pretende

² CONFER. J. A. González, “El Catolicismo en el Desierto de Atacama” apéndice II: Luis Silva Lezaeta: El Vicario Apostólico en Antofagasta; págs. 300 a 318; contiene un lúcido diagnóstico del catolicismo en la región.

³ N. Flores y J. Rivera en “Presencia de la Iglesia católica y religiosidad en el mundo salitrero” (pág. 47 y ss.), transcriben un listado de “misiones” efectuadas en la pampa, consistentes en visitas temporales de sacerdotes con intensa actividad religiosa: predicaciones y liturgia. En la época del Vicariato, y aún después, por la carencia de sacerdotes “...un mismo sacerdote recorría varios Campamentos u Oficinas y en ellos realizaba bautizos, matrimonios y organizaba a los más católicos para que siguiesen rezando solos después...”. Si sumamos la carencia de infraestructura, de templo y casa parroquial, se comprende lo duro que era el apostolado.

⁴ CONFER. J. A. González, “El Catolicismo en el Desierto de Atacama”, apéndice I, págs. 284 a 299: Listado de sacerdotes que han servido a la Iglesia en el Desierto de Atacama desde el período hispano hasta 1928 (erección de la Diócesis de Antofagasta).

ocupar en el cuerpo social, ya sea por la función que en él se desempeñará; vale decir, por regla general, entre los 15 y 20 años.

El ambiente de los que llegaron, tanto por edad como por preocupación dominante, no era propicio para el florecimiento de vocaciones. Más aún, el mayor número de ellos provenía de la Región de Atacama, donde imperaba una corriente de pensamiento laico y opuesto a una Iglesia que percibían como aliada o instrumento de partidos políticos tradicionales, de raigambre conservadora. Quienes formaron opinión –profesores, abogados, periodistas, etc.– en este desierto fueron, al inicio y por largo tiempo, radicales que adherían fervorosamente a un laicismo militante⁵.

Más tarde, la zona fue cultivada por activistas del marxismo que encontraron un favorable caldo de cultivo en las condiciones de explotación de los asalariados. El arribo de predicadores y la propagación de comunidades cristianas ajenas al catolicismo es un fenómeno digno de observar y estudiar. La metodología o pautas de apostolado de esos grupos pueden proporcionar rumbos y normas imitables.

El panorama de la sociedad nortina, descrita a grandes rasgos, no era propicio para que surgiesen sacerdotes o religiosos. A propósito de religiosos, la instalación de comunidades pequeñas, donde sus miembros encontraban refugio y apoyo mutuo, permitió un apostolado con continuidad. Cordimarianos, oblatos, jesuitas, franciscanos, salesianos, etc., han dado continuidad y estabilidad a la atención espiritual de la comunidad católica. La labor en el campo de la educación, desplegada por algunos de estos religiosos, ha sido primordial para contar con una base societaria en la cual sustentar la grey de los cristianos.

La erección de diócesis ha consolidado la presencia y visibilidad de la Iglesia, ha fortalecido la integración a la Iglesia universal. Desde una perspectiva teológica,

⁵ El 5 de diciembre de 1905 arribó por barco a Antofagasta la primera comunidad de Padres Claretianos. El Vicario Felipe Salas Errázuriz, temiendo una reacción hostil, envió a laicos de su confianza a recibir a los religiosos, a quienes encomendó desembarcar con traje seglar. A tanto llegaba el ambiente anticlerical.

la designación de obispos ha completado la construcción eclesíástica y otorgado rostro a nuestras comunidades. Las ovejas se vinculan a un pastor.

Una luz de esperanza ha surgido con el florecimiento de vocaciones. Hoy los obispos cuentan, al menos, con una parte del clero procedente de la propia región. En la arquidiócesis de Antofagasta, varias son las parroquias atendidas por sacerdotes nacidos en este territorio. Se trata de una señal alentadora, que debemos agradecer y cautelar. Como dice un himno religioso que evoca a los discípulos de Meaux, podemos reconocer a Jesús, “ahora, sí, en la fracción del Pan”. La presencia de sacerdotes oriundos de la región es un signo de que Jesús camina con o entre nosotros y que el Espíritu de Vida sopla en nuestra comunidad.

Estas reflexiones pastorales se han situado en la esfera del “*phainómenon*”, lo cual es legítimo, sin ignorar el “*nómenon*”. En otras palabras, hemos descrito e interpretado el lado humano de un hecho religioso, en el que Dios interviene como autor principal; pero invisible.

La tarea de un cristiano es convertirse en instrumento del ejecutor divino, insertándose en la historia y desarrollando al máximo su capacidad humana para ofrecerla al servicio de Dios y colaborar, así, en su obra creadora y redentora. Nuestro privilegio se basa en el amor de Dios hacia nosotros, que nos dio a su Hijo y ha dispuesto ejecutar su plan caminando con nuestros pasos y modelando el rostro de la humanidad con nuestro esfuerzo e iniciativa.

En este ámbito de ideas, la Universidad Católica del Norte emerge como un paso en la construcción del Norte en el que hombres de Iglesia tomaron la delantera. Para cumplir su misión providencial, debe empeñarse en ser más Universidad, más católica y más del Norte.

BIBLIOGRAFIA

“El Catolicismo en el Desierto de Atacama”

José Antonio González Pizarro

Ediciones Universitarias. UCN. Antofagasta 2002; 345 páginas.

“Presencia de la Iglesia Católica y religiosidad en el mundo salitrero”

Nancy Flores y Juan Rivera

Ediciones Universitarias. UCN. Antofagasta 2003; 347 páginas.

“La Iglesia en Chile 1840-1924”

Misael Camus Ibacache

Ediciones Universitarias. UCN. Antofagasta 2000; 149 páginas.

“La Tirana del Tamarugal” (2ª Edición).

Lautaro Núñez Atencio

Ediciones Universitarias UCN. Antofagasta 2004; 173 páginas.

“Proyecto Monumento Oficina Chacabuco”

Varios autores reunidos por Kohnenkamp Arquitectos e Ingenieros.

Documento de trabajo presentado al Gobierno Regional de la Segunda Región.

Año 2004.

“Política Cultural II Región Antofagasta”

Gobierno Regional de Antofagasta. Año 2002; 22 páginas.

“Vivir el Mar”

Patricio Núñez Henríquez

Universidad de Antofagasta

Antofagasta 2003; 102 páginas.

NORTE (Revista de la UCN); año 3; número 3.

Artículos: “Museo Arqueológico SPA” de Agustín Llagostera, páginas 6-15. “Alucinógenos y Shamanismo”, idem; páginas 36-43.

“Chacance, los primeros pampinos”

Patricio Núñez Henríquez

Imprenta Ercilla. Antofagasta 2002; 22 páginas.

CATOLICISMO Y UNIVERSIDAD:
UNA MIRADA TEOLÓGICA

CATOLICISMO Y UNIVERSIDAD: UNA MIRADA TEOLÓGICA

Dr. Francisco Correa Schnake

Teólogo, Departamento de Teología – Coquimbo

Universidad Católica del Norte

Introducción

Históricamente, es innegable la existencia de una relación estrecha entre teología y universidad. El surgimiento histórico de las universidades en la Alta Edad Media es incomprensible sin el aporte de una teología que reconoce, en el ámbito universitario, una dimensión irrenunciable de su propia identidad. Es decir, que la teología y la universidad se complementan, se necesitan y se requieren mutuamente desde un comienzo¹.

Esta inicial y estrecha correspondencia entre la teología y la universidad, sigue siendo necesaria como expresión del horizonte fundamental o paradigma en que el hombre de hoy, pero especialmente el cristiano, “puede” y “debe” vivir haciendo uso de su razón y de su fe “en” el mundo, a través de un diálogo fecundo y permanente².

¹ Cf. Juan Noemi, *La fe en busca de inteligencia*, Santiago, 1993, 177-185.

² Cf. IPe 3,15. Conviene indicar que el concepto de razón que utilizo en este texto no apunta a una comprensión parcial de la misma, como es el caso de la razón positivista, sino que me refiero a una comprensión amplia de la razón humana. Para profundizar este tema, ver Xavier Zubiri, *Inteligencia Sentiente*, *Inteligencia y Realidad*, Madrid, 1980; *Inteligencia y Logos*, Madrid, 1982; *Inteligencia y Razón*, Madrid, 1983.

Como explicitación de esta relación mutua desarrollaré brevemente en una sencilla reflexión teológica, la necesidad de retomar el camino de la búsqueda de la verdad como expresión fundamental de la razón de ser e identidad propia de la universidad³. Sin ánimo de agotar el tema, pretendo aportar al permanente desafío de discernir la identidad y el rol de las universidades, especialmente de las católicas, por ser instituciones fundamentales para el desarrollo integral de nuestras sociedades y el bienestar de nuestros pueblos.

I. La fuerza de una fe que busca la verdad

Sin entrar en la discusión histórica sobre el origen eclesial o secular de las universidades, es posible afirmar que el surgimiento concreto de esta institución educativa se debe, entre otras cosas, al redescubrimiento y traducción al latín de autores clásicos, a la revalorización del derecho romano y al contacto con la cultura árabe. Un inicio en el que es posible reconocer la convergencia del apoyo civil y eclesial, pero sin que esto implique el desconocimiento de que, al menos en los primeros años, ninguna universidad surgió directa o indirectamente al margen de la Iglesia⁴.

En este contexto, es importante preguntarse qué es lo que explica, en primer término, el surgimiento de la universidad. La respuesta a esta pregunta no apunta en la dirección de una sanción canónica o social externa que las constituyera en cuanto tales, sino por el dinamismo interno, constitutivo y estructural, de una fe cristiana (católica) o experiencia creyente que en su autocomprensión entendió la “búsqueda de inteligencia” como su tarea fundamental y, en consecuencia, la promoción de la investigación científica. Ésta es la razón principal que explica el vínculo histórico existente entre ambas realidades.

³ Cf. Juan Pablo II, *Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas*, Roma 1990, n° 3; Benedicto XVI, “Discurso a universitarios”, en la Basílica del Monasterio del Escorial, el 20 de agosto de 2011.

⁴ De las 64 universidades existentes en 1400, 21 fueron directamente fundadas por el Papa, 33 tuvieron desde el comienzo una ratificación papal, y 10 que surgieron por iniciativa civil buscaron un reconocimiento eclesial.

A este respecto, conviene recordar que en San Anselmo (s. XI), como representante de esta convicción creyente, encontramos la expresión “creo para entender” como una fórmula que sintetiza y expresa una fe que no se cierra sobre sí misma en una especie de getto o secta, sino que, por el contrario, es capaz de asumir como desafío ineludible y propio la búsqueda situada de la verdad “del” hombre y el mundo, “para” el beneficio (plenitud – salvación) de ese hombre y ese mundo. Esta comprensión muestra una comunidad creyente que desde su certeza religiosa es capaz de fecundizar y dinamizar la búsqueda de la verdad, evitando la tentación de vivir su fe como un elemento que paraliza o limita esta búsqueda, que siempre es permanente y dinámica.

Se trata, por tanto, de una experiencia religiosa que ve en la capacidad humana de “pensar y razonar” un privilegio irrenunciable dado por Dios al hombre que, a su vez, se constituye en presupuesto ineludible de la propia fe o seguimiento de Jesucristo⁵. Desde esta perspectiva, el creer ya no sólo presupone la razón como un elemento más junto a otros (los sentidos, afectos, etc.), sino que además reconoce en ella un instrumento insustituible que permite el despliegue de la misma fe cristiana que se profesa⁶.

El cristianismo tiene una vitalidad que se expresa y debe expresarse fundamentalmente como “búsqueda de inteligencia”, es decir, como una “fe que busca comprender”, una dimensión esencial que posibilitó y explica históricamente el surgimiento y consolidación de la universidad. Es factible pensar que el reconocimiento y respeto por los maestros y los estudiantes universitarios no surge históricamente por su grado de influencia, poder económico, político o social sino por la comprensión de una fe cristiana que se expresa como búsqueda incansable de inteligencia. En este sentido, el reconocimiento inicial de la universidad se produce porque la búsqueda de la verdad brilla como punto de partida y llegada de todo pensar y creer cristiano.

⁵ El Dios cristiano que es creador, sostenedor y consumidor de todo. En este sentido, no es realmente cristiana la oposición entre fe y razón.

⁶ Benedicto XVI, “Discurso a universitarios”, en la Basílica del Monasterio del Escorial, el 20 de agosto de 2011.

Es así como la universidad surge como el lugar propio de una razón que se define por la verdad y de una fe que brota de un auténtico encuentro y diálogo con ella, una fe que se ejercita en la búsqueda de la verdad. La propia historia de la Iglesia nos muestra que, sin renunciar al conjunto de sus mediaciones, el cristianismo recibe todo su sentido del reconocimiento por parte del hombre, en cuanto individuo - social - histórico, de la presencia original - originante del misterio de Dios en lo más profundo de su propia persona y del mundo en que vive, al que se debe como don y tarea, en una lógica de relación, encuentro y estructural respectividad⁷. Este reconocimiento se vive, se realiza y se expresa en un conjunto de mediaciones que, teniendo su origen más allá del sujeto, respetan profunda y radicalmente al propio hombre, sin necesidad de imponerse como una verdad externa y al margen que debe ser acatada, sino como una verdad que siempre se construye en la intersubjetividad de la relación y el encuentro⁸ en el mundo.

A este respecto resultan muy actuales las palabras del Cardenal Raúl Silva Henríquez cuando afirma que: "...el hecho de ser católica le impone a una universidad, en primer lugar, el deber de tener ante el hombre, ante sus valores y su cultura, un inmenso y amoroso respeto: el mismo que posee ante ellos el Dios del Evangelio... Sólo el Dios del Evangelio se ha atrevido a proclamar que el hombre y su destino bien valen la muerte de Dios... Y si por salvar su libertad Dios no se perdonó a sí mismo, tampoco permanecerá indiferente ante quien alevosamente la pisotee, la niegue o la manipule, desconociéndola bajo cualquiera de sus formas: como libertad de pensamiento (y, por lo mismo, de hacer cultura), como libertad

⁷ Cf. Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, Roma, 1964, 21. En que el Papa recuerda que la Iglesia se distingue del mundo, no se opone a él; Benedicto XVI, *Deus caritas est*, Roma 2005, I: "No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"; el Documento de Aparecida (2007) nos recuerda la centralidad del encuentro con Jesucristo como clave fundamental de evangelización; Francisco, *Evangelii Gaudium*, Roma, 2013, 8: "Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencia".

⁸ Cf. K. Rahner, Teología, en: *Sacramentum Mundi*, Vol. 6, 530-546; Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, Roma 1964, 24-25. En que se recuerda que la propia historia de la salvación da cuenta de esta relación dialógica entre Dios y los hombres en el mundo.

religiosa, como libertad de expresión, como libertad de crítica, como libertad de asociación. Si Dios quiso morir para convertirse Él mismo en medio e instrumento de salvación de la libertad humana, no podrá tampoco tolerar que nadie la mediatice o instrumentalice sometiéndola al servicio esclavizante de objetivos políticos, económicos, o ideológicos, que se erijan como pretexto para mutilarla”⁹.

En esta senda hoy urge recordar, para recuperar, que una universidad católica debe ante todo buscar la verdad del hombre “de”, “para” y “en” el mundo, en todas y cada una de sus dimensiones, siempre a la luz de la irrenunciable inteligencia humana y con la mayor independencia de todas las ideologías o modelos vigentes.

2. Una verdad católica o universal

Más allá del reconocimiento de que la universidad surgió impulsada por una fe cristiana en la verdad, la pregunta que queda pendiente es por el tipo de fe que realmente posibilita este desarrollo y el tipo de verdad al que se refiere.

Al respecto es preciso indicar que la universidad no surge por cualquier creencia ni por cualquier verdad, sino por una fe concreta en una “verdad que es católica” y que, por tanto, no se contenta con proponer determinados contenidos como “su” verdad, como si se tratara de un elemento parcial o teórico que ya se “posee” totalmente y se administra a gusto, sino que se despliega fundamentalmente como “búsqueda permanente” de una “verdad universal o católica”¹⁰, es decir, como la verdad integral del ser humano¹¹.

⁹ Cardenal Raúl Silva Henríquez, “Una universidad católica de la Iglesia”, en: Revista *Mensaje*, n° 280, julio 1979, 405.

¹⁰ Es preciso recordar que católico proviene del griego “catolicós”, que significa universal.

¹¹ Benedicto XVI, “Discurso a los universitarios en la Basílica del Monasterio del Escorial”, del 20 de agosto de 2011. Oportunidad en que el Papa sostiene que “la genuina idea de la universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista (utilitarismo y pragmatismo) y sesgada de lo humano... La universidad ha sido, y está llamada a ser siempre, la casa donde se busca la verdad propia

Esta pretensión de universalidad de la fe cristiana no tiene su origen en la reivindicación de un imperialismo intelectual, sino en la fidelidad al seguimiento de Jesucristo como la Verdad, propuesta por el Evangelio, que como tal debe ser reconocida en la fe.

En este sentido, se puede afirmar que la universidad surge como fruto de la “praxis” de una fe que es católica como consecuencia del “seguimiento confiado” de la verdad y como permanente “peregrinación” a ella.

Pero aquí es importante destacar, para evitar malos entendidos, que ni en la universidad medieval, en que la teología ocupaba un lugar central, ni en la actual universidad corresponde identificar la búsqueda de la verdad con la teología. Es más, esta disciplina no sólo no monopoliza la búsqueda de la verdad sino que su aporte debe entenderse siempre sustentado en la misma búsqueda de la verdad que le concierne a toda fe cristiana. Una fe que lejos de estar cerrada en sí misma acoge, fecunda y se confronta con la búsqueda de la verdad que le corresponde a la razón humana en general. Con esta aclaración se comprende que históricamente, desde muy temprano, se reconozca a la razón un campo autónomo propio¹² y a la teología el ser una disciplina distinta y particular. Un ejemplo de esto lo constituye el propio trabajo de Tomás de Aquino, quien afirma que la fe y la ciencia tratan sobre lo mismo pero no bajo el mismo respecto.

A pesar de los cambios que con el tiempo sufrió la estructura universitaria, que excluyen a la teología de muchas universidades en Occidente, la teología no puede dejar de reconocer a la universidad como un lugar al que se debe y al que necesariamente pertenece. Pero este reconocimiento no tiene nada que ver con añoranzas restaurativas de una estructura universitaria o social premoderna, o con

de la persona humana... La universidad encarna, pues, un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado que ve al hombre como mero consumidor”.

¹² Cf. “Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual”, n° 36, en: Iglesia Católica, *Concilio Vaticano II, Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid, 1966. En adelante GS más número.

una involución histórica, sino con una dimensión constitutiva de la fe católica que es presupuesto permanente de toda teología cristiana, en cuanto ésta es fundamentalmente “búsqueda universal de inteligencia”. Una comprensión que, como ya he indicado, posibilitó inicialmente el surgimiento de la universidad y hoy se nos presenta como un desafío ineludible al que toda fe realmente católica y, por lo tanto, toda teología católica, no puede renunciar sin poner en cuestión su mismo sentido y consistencia. Lejos de la tentación de restaurar estructuras pasadas, de lo que se trata es de reavivar el espíritu que animó a la universidad en sus orígenes, que es el mismo espíritu que define la vocación y pretensión de la Iglesia de ser luz de toda la humanidad¹³.

En definitiva, se trata de ser coherentes con el Espíritu de quien se propone a “todo” y a “todos” los hombres como la verdad, el camino y la vida¹⁴. Es el reconocimiento concreto del Espíritu de Jesús como el que corresponde a todo el que cree en él y es parte de su comunidad de discípulos.

En este sentido, hoy no es posible desconocer que la vocación católica reside y se fundamenta en el Espíritu de Jesús como aquel que la sostiene y del cual, siempre y en todo momento, es deudora. Este mismo Espíritu es el que sitúa a la comunidad creyente como una realidad eminentemente peregrina y, por tanto, en constante movimiento y dinamismo. Por eso la Iglesia no es una realidad estática sino en permanente búsqueda dinámica de la plenitud católica que, no podemos olvidar, es siempre esencialmente escatológica. Desde esta perspectiva, la universidad católica, como parte de la comunidad cristiana, más que poseedora de la verdad es deudora de ésta, al menos, en dos sentidos: precedentemente, en cuanto se refiere a la persona de Jesucristo como su fundamento y origen; y, consecuentemente, en cuanto se refiere a la meta o fin al cual se dirige la Iglesia como la verdad plena que Dios manifestará al final de los tiempos. Por eso, la catolicidad de la universidad no designa un atributo abstracto y estático sino

¹³ Cf. “Constitución Dogmática sobre la Iglesia”, n° I, en: Iglesia Católica, *Concilio Vaticano II, Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid, 1966. En adelante LG más número.

¹⁴ Cf. Jn 14, 6.

que deriva del espíritu de la persona concreta de Jesús, que se orienta a un fin en permanente dinamismo y tensión que se expresa en los evangelios como el reinado de Dios¹⁵.

La promesa de una plenitud es una meta a la que está orientada la Iglesia en su peregrinar histórico, una meta que debe hacerse operante en el presente como búsqueda de la verdad, una meta a la que también se debe toda universidad católica. En este sentido, cabe preguntarse hoy: ¿Cómo se está dando esta búsqueda de la verdad en la universidad? ¿Cuál es la característica de la verdad que actualmente buscamos como universidad? ¿Cuál es la comprensión de hombre que real y concretamente sustenta nuestro quehacer? ¿Seguimos simplemente el sistema y, por lo tanto, la verdad que lo sustenta, o nos presentamos como referentes críticos de las modas que se imponen por su poder? etc.

Éstas y muchas otras preguntas manifiestan la urgencia del discernimiento sobre el sentido e identidad de nuestro actual quehacer universitario.

3. Una universidad en diálogo interdisciplinar

La teología debe situarse como expresión necesaria de la búsqueda intelectual que, como ya he indicado, surge de una fe realmente católica. En este sentido, la teología que se desarrolla en el ambiente universitario debe atender especialmente a la catolicidad original de la que es deudora. La universidad, cuando quiere ser algo más que un mero marco externo, debe plantear a todas las disciplinas que en ella se cultivan y desarrollan una real y radical exigencia de interdisciplinariedad. Un desafío que está directamente ligado a la excelencia educativa de la institución que demanda una visión unitaria, no uniforme, del saber. Una búsqueda que supone el diálogo interdisciplinar como la respuesta correcta ante la atomización y la falta de comunicación de los saberes, y como

¹⁵ Cf. Mc I, 14.

la única manera de dar cuenta de la complejidad de la realidad del mundo y del hombre¹⁶.

Este enriquecimiento, producto del diálogo y el encuentro, es especialmente útil para la teología y, a través de ella, para la propia Iglesia que no puede ni debe prescindir del servicio teológico si no quiere correr el riesgo de marginarse y hacerse incomprensiblemente ajena al hombre de hoy.

En el actual contexto de creciente secularización de la sociedad¹⁷, la teología que se realiza en la universidad o teología universitaria, en la medida en que se comprometa realmente en una búsqueda y diálogo interdisciplinario, puede constituirse en nexo fundamental entre la Iglesia y el mundo. Más allá de denunciar el divorcio existente entre la fe y la cultura, puede aportar a una real evangelización de la cultura moderno-contemporánea y, en este sentido, promover la disciplina teológica al interior de la universidad es un medio fundamental para lograr este necesario y urgente objetivo¹⁸.

Pero la falta de diálogo y trabajo interdisciplinar afecta a parte importante de las disciplinas que se cultivan hoy en la universidad. Esta situación puede tener su explicación en una cierta impotencia de la razón moderna y secularizada ante la verdad. De esto da cuenta el hecho de que a lo largo de un proceso histórico de siglos, que coincide con el mismo consolidarse de la modernidad, la razón dejó paulatinamente de ser considerada como un instrumento adecuado para acceder a la verdad y comenzó un proceso de atomización del saber bajo diversos enfoques, cada vez más específicos, que si bien efectivamente han posibilitado un dominio técnico y una manipulación de la naturaleza sin precedentes históricos, ha ido negando explícita o implícitamente la posibilidad de la razón moderna de acceder

¹⁶ Cf. Juan Pablo II, *Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas*, Roma, 1990, n° 15-18; para profundizar en la comprensión e importancia del diálogo para la Iglesia, ver Pablo VI, *Ecclesiam suam*, Roma, 1964, III parte.

¹⁷ Tema que a mi juicio requiere de mayor y mejor atención teológica.

¹⁸ Cf. GS 40-45.

a la verdad. En este contexto, la pregunta por la verdad y por la posibilidad de una búsqueda común de ésta es radicalmente cuestionada. Hoy cada disciplina científica parece contentarse y validarse en la eficiencia técnica que es capaz de demostrar y, por lo tanto, más que de la verdad se trata de buscar verdades. Incluso para la misma filosofía, en ocasiones, la pregunta por la verdad parece un auténtico despropósito y muchos filósofos limitan su aporte a una función disciplinar meramente crítica.

En la medida que esta razón atomizada permite un desarrollo científico-técnico formidable, la pregunta por la verdad parece definitivamente obsoleta y sin importancia. Sin embargo, al hacerse evidente desde hace un tiempo, una serie de peligros para el hombre y el mundo de hoy (tan sólo pensemos en el descalabro ecológico, la actual crisis económica, la insatisfacción de muchos hombres y mujeres que se expresa en diversos informes o estudios: como los del PNUD, las encuestas Bicentenario – UC y otros) comienza a tomarse cada vez más conciencia de la necesidad de validar criterios éticos comunes que eviten el descalabro de la propia humanidad. A partir de esta situación de crisis y peligro han reaparecido quienes se preguntan nuevamente por el “ser del hombre” y por “la verdad”, pero como fruto de una cierta desconfianza ante la eficiencia de la técnica y el creciente escepticismo teórico, y no necesariamente por un reconocimiento y valoración de la verdad misma.

En este sentido, las carencias y debilidades de las universidades son un fiel reflejo de una razón atomizada que ha cuestionado radicalmente las posibilidades de una búsqueda común de la verdad. De hecho, en la actualidad muchas universidades se validan socialmente, y casi con exclusividad, como meros centros de formación profesional o de especialización, cuya valoración depende finalmente de la capacitación de los profesionales y especialistas que producen. Incluso al interior de las mismas universidades católicas, o al menos de algunas de ellas, predomina una mentalidad que busca consolidar la autosuficiencia de cada disciplina rechazando, implícita o explícitamente, como inadecuado cualquier cuestionamiento o intento de auténtico diálogo interdisciplinar sobre los presupuestos antropológicos que las sustentan e inspiran. Es más, en muchos de los programas académicos que

éstas imparten ni siquiera se considera una educación filosófica y teológica básica o, si existe, ocupa un lugar periférico y absolutamente accidental tanto en la formación profesional como en el mismo desarrollo disciplinario.

A este respecto, cabe destacar algunas palabras del Papa Benedicto XVI dirigidas a los universitarios: "...los jóvenes necesitan auténticos maestros; personas abiertas a la verdad total en las diferentes ramas del saber, sabiendo escuchar y viviendo en su propio interior ese diálogo interdisciplinario; personas convencidas, sobre todo, de la capacidad humana de avanzar hacia la verdad. La juventud es tiempo privilegiado para la búsqueda y el encuentro con la verdad. Como dijo Platón: 'busca la verdad mientras eres joven, pues si no lo haces, después se te escapará de entre las manos' (Parménides, 135d). Esta alta aspiración es la más valiosa que pueden transmitir personal y vitalmente a sus estudiantes, y no simplemente unas técnicas instrumentales y anónimas, o unos datos fríos usados sólo funcionalmente"¹⁹.

4. Algunos desafíos de la catolicidad de la universidad²⁰

En el contexto actual, muchas de las universidades católicas no parecen constituir una real alternativa ante el resto de las universidades y, en algunos casos, tampoco se distinguen de algunos centros de capacitación profesional que están condicionados a los requerimientos más o menos inmediatos del mercado. Pero, no obstante esto, en las actuales circunstancias, las universidades católicas podrían sentirse orgullosas si se miden por los parámetros de la capacitación profesional que logran demostrar ya que, según este índice, no estarían tan mal en el contexto general de las universidades del país.

¹⁹ Benedicto XVI, "Discurso a los universitarios en la Basílica del Monasterio del Escorial", del 20 de agosto de 2011.

²⁰ Cf. Comisión Fe y Cultura, *La catolicidad de las universidades católicas*, Fondo Editorial PUCP, 2012.

Pero la verdad es que las universidades católicas “pueden y deben” jugar un rol providencial en la actual situación universitaria de nuestro país, si son capaces de comprender que la catolicidad no se reduce a salvaguardar determinados principios o verdades religiosas que, por lo mismo, permanecen externos al quehacer universitario sino en la medida en que la catolicidad signifique y exprese, interna y estructuralmente, un compromiso en la búsqueda de la verdad que demanda una fe como la cristiana.

En este sentido, para que una universidad sea realmente católica no basta con registrarse por determinados principios doctrinales, sino que éstos deben hacerse operantes como fe en busca de inteligencia y como una auténtica “praxis” por la verdad. Una praxis que debe expresarse en todas y en cada una de las dimensiones que constituyen la institución universitaria: en las relaciones interpersonales, la manera de ejercer la autoridad, las estructuras, la apertura fundamental al debate, la preocupación permanente por asumir los desafíos que la realidad impone cada día, etc.

No se debe olvidar que la universidad católica se debe a una fe en la verdad que no admite contentarse con un resguardo confesional provinciano o sectario, sino que desafía a la búsqueda de la verdad como a la razón de ser de su propia catolicidad. En este sentido, una universidad es realmente católica sólo cuando revitaliza el espíritu original y originante al que se debe identitariamente.

Por esto, lo católico no debe significar imposición de una respuesta de fe formal y externa al quehacer universitario sino que, en las actuales circunstancias, debería incentivar esa dignidad que la razón ha perdido al desentenderse de la verdad como su fin y su sentido último.

El desafío que se le presenta a una universidad católica no es fácil, más bien parece desproporcionado y muy cuestionador, pero en realidad lo que es cuestionador y desproporcionado es el compromiso de una disciplina o unidad académica que en la búsqueda de la verdad, a la que se debe finalmente, se dé por satisfecha tan sólo con un avance cuantitativo científico-técnico, es decir, con una parte de la verdad a la que está llamada a servir.

Pero también es importante recordar que una universidad católica cumple su función en relación al desarrollo que en ella alcance una teología realmente universitaria, es decir, una teología que no renuncie al diálogo interdisciplinar y se haga cargo de los cuestionamientos que de éste surjan²¹.

En lo más inmediato, una universidad católica no alcanzaría a cumplir su misión si no es capaz de ofrecer a sus alumnos la posibilidad de adquirir una comprensión madura de su fe, que esté al nivel de su propio desarrollo cultural e intelectual. En este sentido, cabe destacar que si nuestros estudiantes no se confrontan con una adecuada teología universitaria durante sus años de estudio, de pre y posgrado, muchos nunca lograrán realizar una adecuada síntesis. Ni mucho menos, comprender el nexo indisoluble que existe entre la búsqueda de la verdad y la responsabilidad social, ejercida a través de una activa y responsable participación ciudadana. Una necesidad que hoy requiere con urgencia nuestro país para lograr el desarrollo justo y equitativo esperado por todos y para todos.

En este sentido, es necesario volver a mirar las raíces de las universidades, retomar el espíritu que les dio vida y las lanzó a la búsqueda de la verdad, atendiendo a los desafíos del presente sin cerrarse a una trascendencia en la inmanencia. Pero para esto es absolutamente necesario superar una concepción restringida y parcial de lo que significa la catolicidad y lo que esto demanda de una auténtica universidad. De esta manera, las universidades católicas podrán vivir con mayor radicalidad la propuesta evangélica y tener una mirada más penetrante y cuestionadora sobre la realidad, una mirada que les impida conformarse con la actual situación y considerar como inmutable e incuestionable lo que, de hecho, debe y puede ser cuestionado y mejorado.

Para finalizar esta breve reflexión, quisiera recordar algunas palabras del Cardenal Raúl Silva Henríquez que, a mi juicio, mantienen una absoluta vigencia sobre el tema de las universidades católicas:

²¹ Cf. Juan Pablo II, *Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas*, Roma, 1990, n° 19.

La Universidad Católica podrá cumplir su gran ideal, su vocación a ser doblemente servidora de la cultura y del pueblo de Chile, en la medida en que todos –tengamos fe o no– luchemos por un humanismo auténtico, respetuoso de la totalidad de los valores humanos. Y esto será tanto más fácil cuando los cristianos de la universidad hagamos realmente vida el compromiso de nuestra fe. Sin un compromiso vital y existencial con el Dios servidor de los hombres (expresado en un esfuerzo de diálogo y de contacto personal con Él) y sin un compromiso vital con la Iglesia servidora del mundo (expresado, a su vez, en el esfuerzo por penetrar su doctrina y participar de alguna manera en su acción pastoral) nuestra fe no se hará nunca verdadero compromiso con nuestra universidad, como servidora de nuestra cultura y de Chile”²²

²² Cardenal Raúl Silva Henríquez, “Una universidad católica de la Iglesia”, en: Revista *Mensaje*, n° 280, julio 1979, 407.

REFLEXIONES SOBRE
LA IDENTIDAD Y DESAFÍOS
DE LAS UNIVERSIDADES
CATÓLICAS

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD Y DESAFÍOS DE LAS UNIVERSIDADES CATÓLICAS

Juan Eduardo Coeymans Avaria
*Economista, Académico Instituto de Economía
Pontificia Universidad Católica de Chile*

I. Introducción

Existen diferencias entre el deber ser de las instituciones universitarias y cómo ellas se desempeñan en un momento histórico determinado. Ese deber ser tiene algunos componentes esenciales de carácter general que definen a la institución y algunos componentes específicos que se desprenden del lugar y momento histórico.

El objetivo de este artículo es aportar algunas reflexiones sobre la identidad de las universidades católicas y los desafíos concretos que se desprenden de esta identidad en el mundo actual. Estas reflexiones surgieron a raíz de mi participación en un seminario organizado por la Dirección de Pastoral de la Universidad Católica del Norte.

Las universidades son instituciones que nacen del corazón de la Iglesia, ya que se derivaron de los antiguos monasterios y evolucionaron a través de la historia. De ahí el nombre de la Constitución Apostólica sobre las universidades católicas, “Ex

Corde Ecclesiae”. Nacieron a principios del segundo milenio, siendo la primera la de Bolonia, fundada en 1088¹.

Las universidades del sur de Europa se basaban en el modelo boloñés de una sola facultad con las correspondientes asignaturas, mientras que en el norte europeo, el modelo de universidad más típico era el de cuatro facultades con dos áreas: una facultad de grado elemental para las artes y otra para estudios superiores que incluía teología, jurisprudencia y la medicina. Fue Wilhelm von Humboldt, hermano del investigador naturista Alexander von Humboldt, quien transformó a las universidades de fines del siglo XVIII, que eran simples lugares de enseñanza, en verdaderas “casas de las ciencias”, donde se unifica más fuertemente la investigación y la docencia y donde cada asignatura debe ser vista en relación a la ciencia en su conjunto².

Hoy tenemos más de un modelo de universidad, siendo la principal diferencia el grado de intensidad que se pone en la investigación, lo que ha dado origen a las “universidades de investigación” o “*research universities*”, y a las de docencia o “*teaching universities*”. En Chile tenemos de ambos tipos de universidades y otras que están en el medio.

2. La naturaleza de cualquier universidad

Hay ciertas características, mínimas o esenciales, que definen a una universidad. La palabra universidad se deriva del latín “*universitas magistrorum et scholarium*”, que significa, aproximadamente, “comunidad de profesores y estudiantes o, mejor dicho, estudiosos”. Lo que hace que esa comunidad sea una universidad y se

¹ Después de Bolonia, las universidades más antiguas son la de París, fundada en 1150; la de Oxford, en 1167, aunque algunos sitúan su nacimiento en 1096 porque a esa fecha ya se realizaba algún tipo de docencia; la de Cambridge, en 1209; la de Salamanca, en 1218, aunque algunos sitúan su fundación en 1134; la de Padua, en 1222.

² Según lo señala la Dra. Annette Schwan, Ministra de Educación e Investigación de Alemania.

diferencia de otras instituciones es que dialoga en forma rigurosa, o metódica, en forma crítica y compleja³.

Las primeras características, comunidad de diálogo, rigurosidad, criticidad, son resaltadas también por la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* sobre universidades católicas (EE) al señalar: “*La Universidad Católica, en cuanto Universidad, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales*”.

El carácter comunitario de la institución universitaria supone, de partida, libertad y respeto entre los que dialogan. Sin libertad, el argumento racional no tiene garantía de prevalecer y, por lo tanto, no puede haber diálogo.

Pero ese diálogo no es cualquier diálogo, debe hacerse con “rigor”, o con el “deseo y esfuerzo para hacer bien las cosas”. El rigor, sin embargo, no es una característica exclusiva de la institución universitaria. Un buen instituto de investigación no universitario también la tiene.

Una característica que incorpora una mayor diferenciación de otras instituciones es la “criticidad”, donde lo primero es la autocrítica, no sólo de lo que decimos, pensamos o creamos, sino que también respecto de la disciplina que cultivamos. El universitario auténtico debe esforzarse por reconocer los límites de la razón, de la ciencia, de su disciplina, de su conocimiento. Dichos límites muchas veces suelen desconocerse por los legos y es fácil caer en la tentación de esconderlos para lograr una mayor influencia social. Como economista, me atrevo a resaltar lo común que es leer en los diarios “la ciencia económica ha demostrado...”. En esa frase se olvida que en ciencias dependientes de la observación empírica no se puede demostrar nada en forma absoluta, sólo es posible corroborar, es decir, verificar que la evidencia empírica no contradice las predicciones de la teoría, dentro y/o fuera del campo observacional que sirvió para generarla.

³ En las palabras de Ataliva Amengual, filósofo uruguayo, que así define el ser de una universidad.

En el campo de las políticas públicas, un auténtico universitario debe advertir de los posibles “contrabandos intelectuales” cuando se proponen políticas como si fueran exclusivamente de carácter científico, cuando en realidad toda política tiene un componente técnico–científico que ilustra sus potenciales consecuencias económicas, sociales o de otro orden, y un componente valórico, que define las ponderaciones o valoraciones que se le dan a las distintas consecuencias. El campo de las ciencias es el de “cómo funciona” el mundo, o campo positivo, no el de “cómo debiera funcionar” o campo normativo⁴.

En ciencias hay innumerables ejemplos que muestran que la evolución teórica es un proceso permanente y la contrastación empírica no termina nunca. Así, podemos decir que sólo tenemos teorías que han sobrevivido el “embate de la historia”. Esto es especialmente valioso para las ciencias sociales, donde muchas veces se carece de un laboratorio que permita hacer experimentos totalmente controlados. Esta falta de certezas absolutas también se aplica incluso a las llamadas “ciencias duras”, donde algunos paradigmas son superados por nuevas teorías que son capaces de explicar la evidencia antigua y la nueva⁵.

El desarrollo de la capacidad crítica debiera ser una preocupación importante de toda universidad, ya que permite una comprensión más profunda de lo que se estudia.

⁴ En economía existe la especialidad en evaluación de proyectos o programas económicos y sociales que, para evaluar sus costos y beneficios, supone que la utilidad que proporciona un peso adicional a una persona pobre es igual a la utilidad que reportaría a una persona rica. Ese supuesto tiene un juicio de valor que implica que esta especialidad, por prestigiosa y útil que sea, no se pueda considerar como estrictamente científica en términos positivos. Esto no significa que el aporte social de esta especialidad sea inútil socialmente o que no sirva como uno de los criterios para la toma de decisiones, en la medida que sus recomendaciones no sean el único criterio a ser tomado en cuenta para la decisión.

⁵ En el campo de la economía y las ciencias sociales, en las últimas tres décadas ha habido avances importantes en los protocolos, métodos y tests estadísticos (dentro y fuera de la muestra de datos que sirvió para generar la teoría) que se exigen a una nueva teoría o a un nuevo conocimiento antes de ser aceptado como científico, aparte de otras características generales que debe cumplir toda teoría que aspire a ser considerada como científica (lógica interna, parsimonia, etc.). Sólo si “sobrevive” y pasa las distintas pruebas, la teoría puede aspirar a ser aceptada como propuesta con un grado alto de probabilidad de ser cierta, pero siempre se trata de probabilidades. Estos protocolos que imponen altos niveles de exigencia a las publicaciones, sin embargo, son ignorados en muchas oportunidades.

Esta postura autocrítica requiere de la virtud cristiana de la “Humildad”, donde las universidades católicas debieran dar el ejemplo. La Dra. Annette Schwan, señala al respecto: *“La ciencia como colaboradora del deseo de creación de Dios, tiene la responsabilidad de continuar en el buen sentido esta obra de creación. Se trata siempre de las consecuencias de la intervención de esta creación y de la curación para los seres humanos. Es por ello que la ciencia no debe elevar al hombre a la altura de algo absoluto ni infalible. Los científicos deben estar conscientes de sus limitaciones. Requieren de una brújula que les de orientación”*.

En un ámbito más general, el otrora Cardenal Joseph Ratzinger, luego Santo Padre Benedicto XVI, dialogando con el filósofo Jürgen Habermas, apelaba a *“la responsabilidad de la ciencia para el hombre como ser humano, y, en especial, a la responsabilidad de la filosofía, para que acompañe en forma crítica a cada una de las ramas de la ciencia, y, que para evitar conclusiones apresuradas y certezas aparentes respecto a lo que el hombre es, de dónde proviene y para qué existe, que las examine en forma crítica”*⁶.

La tercera característica que debiera tener el diálogo universitario es su *“complejidad”*, lo que significa una visión integral de la naturaleza, de la sociedad y del mundo, con análisis aportados por diferentes disciplinas que tienen relaciones entre ellas y que, si se ignoran, se termina en una comprensión menos completa de la realidad. Por ejemplo, temas tales como el medio ambiente, pobreza, globalización, tratados de libre comercio, son y deben ser analizados desde distintos puntos de vista y disciplinas. No es majadero repetir cómo la comprensión de estos fenómenos puede mejorar al incorporar las visiones complementarias de otras disciplinas.

La interdisciplina también nutre a cada disciplina al exponerla a nuevas formas de conocimiento. Así, por ejemplo, la física nutrió a la economía en muchos aspectos; la biología también ha aportado a la economía en algunos modelos que usan supuestos de comportamiento genético para explicar determinadas conductas; la

⁶ Cardenal Joseph Ratzinger: Lo que mantiene al mundo unido. Bases político-morales de un estado libre. En: Jürgen Habermas/Joseph Ratzinger: *Dialéctica de la secularización*. Bonn, 2005, pág. 41.

economía también ha nutrido a la sociología para explicar determinadas conductas sociales; la relación entre economía y psicología se ha ido estrechando, como lo muestra el Premio Nobel en Economía de 2002, ganado por el psicólogo Daniel Kahneman, quien hizo valiosos aportes desde la psicología sobre el comportamiento de toma de decisiones bajo incertidumbre; la relación entre estadística y matemáticas y todas las demás disciplinas es más que evidente.

La complejidad no sólo se deriva del hecho que muchos problemas tienen distintas aristas, sino que la propia reflexión sobre fenómenos de una disciplina requiere más de una vez la interacción con otras disciplinas. En muchas ocasiones, algunos fenómenos típicos de una disciplina “A” (por ejemplo, el crecimiento es explicado por la economía) son también afectados por variables típicas de una disciplina “B” (por ejemplo, la inestabilidad política es explicado por la ciencia política), y éstas a su vez por variables de la disciplina “A”⁷. Así, un economista puede conocer y hasta medir la importancia de la estabilidad política para el crecimiento económico. Un cientista político, por otro lado, puede comprender y cuantificar la importancia del crecimiento económico para la existencia de estabilidad política. En este caso existe una relación bidireccional entre los fenómenos de ambas disciplinas que no puede ser ignorada si queremos entender la realidad. Si no hay diálogo entre estas dos disciplinas terminaremos con visiones parciales, y las predicciones de la disciplina “A” serán condicionales a los fenómenos estudiados por la disciplina “B”, pero ese condicionamiento será incorrecto si hay relaciones de causalidad en ambos sentidos. En este caso hay que tratar las relaciones que determinan los fenómenos de ambas disciplinas en forma conjunta. Este es sólo un ejemplo que ilustra la necesidad de una mayor interacción entre analistas de distintas disciplinas si queremos entender mejor el mundo en que vivimos.

Respecto de la característica de la “complejidad” o interdisciplina, la misma Constitución EE resalta la importancia de esta característica: *“La Universidad Católica es, por consiguiente, el lugar donde los estudiosos examinan a fondo la realidad con los métodos propios de cada disciplina académica, contribuyendo así al enriquecimiento del*

⁷ Es lo que se podría llamar ausencia de “ortogonalidad disciplinaria”.

saber humano. Cada disciplina se estudia de manera sistemática, estableciendo después un diálogo entre las diversas disciplinas con el fin de enriquecerse mutuamente”.

3. La identidad católica y la misión permanente

Las características recién mencionadas son las mínimas y resumen el deber ser de cualquier universidad. Una universidad que se define como católica debiera tener atributos adicionales.

EE señala las características esenciales de la universidad en cuanto católica:

- a) Una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la comunidad universitaria como tal.
- b) Una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones.
- c) La fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia.
- d) El esfuerzo institucional a servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida (17).

«A la luz de estas cuatro características, es evidente que además de la enseñanza, de la investigación y de los servicios comunes a todas las universidades, una Universidad Católica, por compromiso institucional, aporta también a su tarea la inspiración y la luz del mensaje cristiano. En una Universidad Católica, por tanto, los ideales, las actitudes y los principios católicos penetran y conforman las actividades universitarias según la naturaleza y la autonomía propias de tales actividades. En una palabra, siendo al mismo tiempo Universidad y Católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital» (18).

En cuanto investigación, EE señala: “*En una Universidad Católica la investigación abarca necesariamente: i) la consecución de una integración del saber; ii) el diálogo entre fe y razón; iii) una preocupación ética y iv) una perspectiva teológica*”.

El espacio no permite hacer un análisis detallado de dicha Constitución. Quisiera a continuación reflexionar sobre algunas características que considero especialmente importantes y distintivas de una universidad en cuanto católica.

A) La universidad es una institución salida de la Iglesia e impregnada de sus valores. Por lo tanto, en primer lugar, *una universidad católica debiera ser una buena universidad*. Dada la discusión anterior, no me extiendo más en esta característica.

B) *Una universidad católica debiera buscar la integración del saber y el diálogo entre fe y razón*. Las universidades católicas están llamadas a ampliar el campo del diálogo, no a restringirlo. El carácter católico de una universidad supone «*unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tienden a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad*» (EE).

Si bien la universidad históricamente nació “del corazón de la Iglesia”, me atrevo a proponer la imagen de que hoy en día la universidad católica está situada en el atrio de la Iglesia, mirando al mundo y mirando al interior de la Iglesia, al Santísimo.

La relación entre Fe y Razón es bidireccional: la razón sirve a la fe porque le permite expresarse y difundirse mejor. Por otro lado, la fe le da un sentido al trabajo del estudioso. Aporta esencialmente el ¿para qué? de su trabajo. Le ayuda al científico natural y social a entender que lo que descubre es parte de la creación de Dios, dándole un significado distinto a su quehacer. Al respecto, EE nos recuerda que “*la vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la única verdad conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación*”.

La fe formula algunas preguntas a la razón que no son de carácter científico, que no pueden ser respondidas por la ciencia, pero sí motivan a la razón a tratar de responderlas. Así, la Constitución *Gaudium et Spes* nos pregunta: “¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal? Por otro lado, *FIDES Ratio* formula las preguntas: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Por qué existe el mal? ¿Qué hay después de esta vida?

Para contestar este tipo de preguntas, se establece un diálogo racional, valga la redundancia, entre la filosofía y la teología. Este tipo de preguntas difícilmente pueden ser respondidas por la ciencias, pero la razón sí contribuye a que las verdades de la fe, no demostrables con certeza, se puedan presentar como racionalmente plausibles.

Una imagen que considero pedagógica respecto de qué puede decir la fe sobre la pregunta de qué es el hombre y qué dice la ciencia sobre él, es considerar una estatua de bronce encontrada en un naufragio. La estatua, como es de bronce, estará corroída por el óxido, cubierta por algas y no se podrán distinguir bien sus detalles originales. En esta imagen, la estatua corresponde al hombre y el óxido al pecado. La fe señala cómo es el hombre que no se ha corroído. Por lo tanto, si queremos saber qué es el Hombre sin el pecado, “debemos mirarlo a Él”, que es la Verdad revelada sobre el Hombre (y sobre Dios), sin pecado. Por la fe sabemos que el hombre perfecto es Cristo, “*Ecce Homo*” (“He aquí al Hombre”). Por su parte, la ciencia podrá analizar al hombre, pero a un hombre con los efectos del pecado que han distorsionado su ser original. Es la fe la que permite ver la esencia del hombre y la que nos muestra el modelo por el cual juzgaremos cuándo se es más o menos humano. Ciertamente la dignidad que tiene el hombre por ser hijo de Dios no se puede derivar de proposiciones científicas, ya que el conocimiento científico no podrá nunca demostrar ni su verdad ni su falsedad. Ellas son verdades que nos regala la fe.

Como nos recuerda *Gaudium et Spes* (GS), la integración entre fe y ciencia debe hacerse respetando la autonomía del conocimiento por la razón. Así, GS señala “El sagrado Sínodo, recordando lo que enseñó el Concilio Vaticano I, declara que “existen dos órdenes de conocimiento” distintos, el de la fe y el de la razón; y que la Iglesia no prohíbe que “las artes y las disciplinas humanas gocen de sus propios principios y de su propio método..., cada una en su propio campo”, por lo cual, “reconociendo esta justa libertad”, la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente la de las ciencias”.

GS también nos dice: “Si por autonomía de la realidad se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe”.

“Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le oculte la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”.

Aunque la fe no tiene por finalidad proveer verdades sobre la naturaleza del mundo que se pueden someter al método científico, hay afirmaciones provenientes de la fe que invitan a una reflexión racional sobre qué es la vida. Un ejemplo son las afirmaciones de Jesucristo cuando dice *“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”*, y la de Juan, en su primera carta, cuando dice: *“Dios es Amor, y quien permanece en el Amor permanece en Dios y Dios en él”*. Por otro lado, SS Juan Pablo II decía en el Estadio Nacional en 1987: *“Al contacto de Jesús despunta la vida. Lejos de Él sólo hay oscuridad y muerte. Vosotros tenéis sed de vida. ¿De qué vida? ¡De vida eterna! Buscadla y halladla en quien no sólo da la vida sino en quien es la Vida misma. ¡Él!”*.

Considerando que la Vida es un proceso de unificación orgánica, desde el nivel micro celular, pasando por los órganos, por los seres vivos, por la pareja humana y por las organizaciones sociales, es razonable pensar que existe una fuerza que genera esa unidad. Dilucidar qué es esa fuerza y de dónde viene no es algo científico, porque no es una proposición falsable⁸, ya que no existe un experimento que permitiera refutar o corroborar esa proposición. Pero es racionalmente plausible pensar que esa fuerza es el Amor y para un cristiano es congruente pensar que la fuente del Amor es Dios, ya que la fe nos enseña que Dios mismo es Amor.

A propósito de que en 2009 se celebró el cumplimiento de los 200 años del nacimiento de Darwin y de que ha habido mucha difusión de su visión acerca de la evolución de las especies, quisiera hacer una reflexión estrictamente personal acerca de cómo veo la relación entre la fe y la visión darwiniana. En cartas a los diarios algunos han señalado que, de aceptarse esa teoría, no se deduce que Dios no existe, sin embargo, se ha sostenido que la acción de Dios se habría limitado a crear las reglas del juego del proceso evolutivo: mutaciones, selección natural del más fuerte y multiplicación de la especie superior. Después Dios se habría quedado “durmiendo la siesta”. Para los cristianos, y para el pueblo israelita-judío, un Dios “durmiendo la siesta” sí contraría sus creencias más profundas. El Antiguo y el Nuevo Testamento constituyen el relato de un Dios permanentemente actuando en la historia, en formas bien asombrosas. Cada uno podrá haber experimentado

⁸ Una proposición es falsable cuando existe la posibilidad de refutarla si fuera falsa.

en su vida situaciones tan extraordinarias que no queda otra explicación que la de un Dios vivo. Pero, respecto de la obra creadora de Dios en un mundo donde el pensamiento científico predominante es el de la selección natural de las especies, también es razonable incluir la acción de Dios en ese proceso. Si Dios es Amor, es perfectamente plausible pensar que muchas mutaciones son inspiradas por Él. Son sus “semillas” en la creación y en la historia, sus “granos de mostaza.” Aún más, las mutaciones a nivel biológico y los cambios a nivel social más exitosos y que terminan imponiéndose, son precisamente aquéllos donde hay un mayor grado de unidad y complejidad. Son las semillas (o “mutaciones”) del Amor las que terminan imponiéndose, porque las especies más complejas, donde se ha logrado mayor unidad por el Amor, sobreviven más. Esto me lleva a recordar las palabras de SS Juan Pablo II: “El amor siempre vence”. Dios no está durmiendo la siesta en la Creación, está permanentemente actuando a través del Amor que, personalmente creo, es su forma predilecta, aunque no única, de actuar en la historia. Nosotros somos sus brazos, los “sarmientos de la Vid”.

Considero que las universidades católicas deben intentar demostrar que las verdades de la fe no se contraponen con las de la ciencia. Más bien pueden iluminarlas, dándoles un significado más profundo.

Las facultades de teología, filosofía y ciencias sociales, deben hacer un esfuerzo para leer la historia a la luz de la fe, reflexionando sobre cómo Dios puede estar actuando en la historia y cómo esa acción no contradice las verdades que provienen de la razón y el conocimiento científico. Quisiera reflexionar sobre dos formas específicas que, según mi intuición, tiene Dios de actuar en la historia, que no contradicen a la razón ni al conocimiento científico, social-económico: la inspiración de la confianza y los eventos pequeños con grandes consecuencias.

Un factor que está siendo analizado en economía como causa del desarrollo es el de la confianza. Tener confianza en el otro significa correr un riesgo. Si tenemos confianza, estamos sacrificando seguridad, ya que podemos ser traicionados. En muchas situaciones todos ganarían si todos tuvieran un determinado comportamiento (por ejemplo, desarmarse), pero la toma de decisiones es, muchas veces,

individual, no concertada. Si cada uno no confía que el otro cumplirá con el comportamiento óptimo para todos (desarmarse), protegiendo sus intereses, no actuará de la forma en que todos ganarían. Como así piensa la mayoría, todos terminarán peor que si hubieran llegado a un acuerdo (y todos terminarán armándose). Tener o no confianza envuelve los riesgos del “dilema del prisionero”. La desconfianza lleva a que los países se armen; la desconfianza lleva a cazar a las ballenas antes que otro las cace, no permitiendo que se reproduzcan y provocando su potencial extinción. Sin embargo, en más de un momento de la historia, los hombres han confiado inspirados por la acción del Espíritu. De alguna forma, confiar es un acto de amor. Los frutos de la confianza son muy grandes, ya que facilita el logro de acuerdos convenientes para todos. La confianza inspira, por reciprocidad, más confianza, siendo el primer paso el más riesgoso y más gratuito. A nivel político, mayores niveles de confianza aumentan la probabilidad de lograr consensos y, por lo tanto, instituciones y reglas del juego más estables. Ello reduce los riesgos para la creación de nuevas empresas, generando enormes frutos económicos y sociales. La experiencia de los noventa en Chile y el crecimiento económico que se logró en esa década son, en buena parte, fruto de los consensos que se lograron⁹. Hay varias investigaciones empíricas en curso indagando los efectos de la confianza en el desarrollo económico y social de los pueblos. Creo que es interesante releer la historia con esa clave, ya que intuyo que la inspiración de la confianza es una de las formas que tiene Dios para actuar en la historia.

En relación a la segunda forma acerca de cómo creo que Dios actúa en la historia, es bueno partir precisando que las predicciones de las ciencias sociales son válidas pero condicionales a fenómenos no predecibles por la ciencia: “Si no se caen las

⁹ En 1989, en el artículo “Iglesia y economía a la Luz de *Gaudium et Spes*” para la revista *Teología y Vida*, Vol. XXX, 1-2, me referí a los posibles efectos beneficiosos que los consensos podían generar en Chile. Así, señalé: “Después de vivir los sucesos políticos recientes, es fácil imaginar los beneficios en cuanto menor incertidumbre sobre las reglas del juego económicas y políticas que se derivarían si los chilenos confiaran en que lo que dice el otro es realmente lo que quiere decir y que no pretende engañarlo en el futuro. Una confianza mutua entre los actores políticos facilitaría los acuerdos y le darían una estabilidad institucional que claramente atenúa los riesgos de emprender nuevas actividades económicas. La diferencia entre pueblos desarrollados y no desarrollados está asociada al respeto de reglas estables”. La historia de los noventa corroboró plenamente esas ideas.

Torres Gemelas, entonces la economía predeciría tal cosa”. Pero difícilmente la ciencia política pudo prever el mencionado ataque terrorista. A un sistema de relaciones físicas o sociales, producto de la creación original y su evolución –con las reglas creadas por Dios–, sistema que tratamos de descubrir con los métodos de la ciencia, debe agregarse la existencia de fenómenos aleatorios, “casualidades”, eventos no predecibles, que muchas veces terminan siendo determinantes del resultado final del mencionado sistema. Lo no predecible suele ser más importante que lo sistemático, siendo esto último lo que intentamos conocer por el método científico. De ahí las dificultades de predecir el futuro.

A través de las ciencias sociales (economía, sociología, ciencias políticas, historia, antropología, etc.) se podría intentar explicar la historia, pero su explicación será condicionada a eventos o sucesos para los cuales no se tiene explicación. Las ciencias no tienen el poder para proveer una explicación incondicional, porque les resulta difícil explicar ni menos predecir todas las casualidades o eventos que pueden ser vitales para el curso de la historia.

Estoy convencido que a veces Dios actúa en forma extraordinaria, saltándose, aparentemente, sus propias reglas. Es lo que llamamos milagros. Aunque en el mundo moderno el racionalismo nos empuja a no poner como hipótesis que una de esas reglas es el poder de la fe: sin fe no hay milagros. Pero pienso que Dios también empuja a la historia a través de pequeños eventos, no explicables por la ciencia, pero que tienen grandes consecuencias. Son las llamadas “diocidencias” que suelen cambiar el curso de la historia. Pequeños “shocks” pueden tener grandes consecuencias, nos enseña la teoría del caos. Muchos fenómenos siguen “camino aleatorios”, nos enseña la econometría. Como señalé, las ciencias casi siempre nos explican la realidad en forma condicional. Pero la explicación última de las pequeñas casualidades que detonaron grandes procesos, rara vez caen en el campo de las ciencias. Así, por ejemplo, nunca el Cónclave que eligió a Juan Pablo II, un Cardenal que venía de Polonia, pudo prever la importancia de su origen polaco, de su relación con la Solidaridad y el ejemplo que el movimiento polaco tuvo para el imperio soviético. Paralelo a esto, la casualidad de que la mamá de Gorbachov (fallecida en 1995), María, y sus abuelos hayan sido ortodoxos. Ella, aunque no sabía

leer, ya que eran campesinos pobres, tiene que haber ejercido especial influencia en Michael. El mismo Gorbachov dice que su nombre se lo puso el cura que lo bautizó. Más de alguien ha señalado que la madre y los abuelos tienen que haber influido para que el líder, un comunista muy inteligente y trabajador, fuera una persona moderada que pudo llevarse muy bien, posteriormente, con el Papa Juan Pablo¹⁰. La importancia de este líder y de su relación con Juan Pablo en la caída del imperio soviético en forma pacífica, no puede negarse.

Los cambios tecnológicos son considerados como una de las grandes fuerzas del progreso de la humanidad. Pues bien, es sabido que muchos descubrimientos científicos han sido el resultado de casualidades. De nuevo, pequeños eventos con grandes efectos. Esto me hace recordar la imagen de la semilla de la mostaza y también la imagen de cómo los apóstoles, un grupito de sólo doce hombres, generaron un cambio radical en la civilización y en las concepciones culturales y religiosas para una gran parte de la humanidad. Estoy seguro que dada la escasa consideración que tuvo la vida de Jesucristo en los registros históricos de la época, esos historiadores jamás pudieron haberse imaginado las repercusiones que tendría el nacimiento y vida de Jesucristo en la historia universal.

Aceptar que Dios actúa en la historia significa aceptar que hay un curso de largo plazo, del cual nuestra libertad y los impedimentos que nosotros mismos ponemos a la acción de la Gracia, del Amor, hará que la historia se desvíe de lo que podríamos llamar Voluntad de Dios para el hombre pero luego, si aceptamos esa Voluntad y cooperamos con Ella, se hará más probable que la historia vuelva al curso deseado por Dios.

Creo que EE nos ayuda a resumir este tema: *“La integración del saber es un proceso que siempre se puede perfeccionar. Además, el incremento del saber en nuestro tiempo, al que se añade la creciente especialización del conocimiento en el seno de cada disciplina académica, hace tal tarea cada vez más difícil. Pero una universidad, y especialmente una Universidad Católica, «debe ser ‘unidad viva’ de organismos, dedicados a la inves-*

¹⁰ Hoy, de hecho, Gorbachov está en la lista de los que piden la canonización de Juan Pablo II.

tigación de la verdad... Es preciso, por lo tanto, promover tal superior síntesis del saber, en la que solamente se saciará aquella sed de verdad que está inscrita en lo más profundo del corazón humano» (19). Guiados por las aportaciones específicas de la filosofía y de la teología, los estudios universitarios se esforzarán constantemente en determinar el lugar correspondiente y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la Fe en Cristo-Logos, como centro de la creación y de la historia”.

C) *Las universidades católicas deben intentar servir a la sociedad por su reflexión ética, tanto a nivel personal como social.* De su visión de lo que es el hombre, de qué lo hace feliz en último término, a nivel personal y social, se desprende una ética personal y social, que debiera ser considerada en la orientación de las políticas públicas. Las universidades católicas deben iluminar a la sociedad sobre los fines, sobre los valores, “de lo que es valioso”, de lo que es bueno. En último término, sobre qué humaniza o qué deshumaniza al hombre.

La Iglesia se preocupa del *Bien Común*, pero a la universidad le cabe desentrañar qué es ese *bien común*, cuál es el sistema de valores que lo definen.

El *Bien Común*, según GS: “Es el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección”.

Los frutos de la reflexión sobre el *Bien Común* conforman la Doctrina Social de la Iglesia, donde considero que la palabra “Doctrina” es menos apropiada que la palabra “Pensamiento”, ya que el juicio ético depende de la información sobre cómo de verdad funciona el mundo, la que cambia a través del tiempo. Sin embargo, el proceso de dilucidar lo que es “Bueno” para la sociedad, siempre estará anclado en la “Verdad” revelada sobre el Hombre, sobre su dignidad y sobre el “Camino” que lo hace más hombre.

Cabe señalar que el avance del conocimiento y nuestra comprensión de cómo funciona el mundo, en parte fruto de la acción de las universidades, puede generar

una necesidad de modificar los juicios éticos sobre determinadas acciones personales o sociales.

En la universidad, la reflexión ética debiera hacerse a distintos niveles, a través de centros o programas especialmente creados para ese fin, por medio de seminarios y coloquios, a través de la reflexión que podemos hacer los profesores junto con los alumnos en las clases de nuestra especialidad, en cursos especiales. La reflexión profunda sobre estos temas es algo para lo cual las universidades católicas debieran tener especiales ventajas. Pero debemos tener presente que es el comportamiento y ejemplo de los académicos, y demás miembros de la comunidad universitaria, uno de los medios más convincentes de enseñanza ética y evangelización.

La reflexión ética debiera ser interdisciplinaria y con un rol primordial de la teología y la filosofía. Así como los que cultivamos otras disciplinas nos vemos beneficiados por el aporte de la teología y la filosofía, los teólogos y filósofos debieran verse beneficiados por el aporte de las otras disciplinas, especialmente para una mejor comprensión de cómo funciona el mundo, lo que condiciona el juicio ético.

La reflexión sobre qué hace feliz al hombre, qué es la “felicidad”, son grandes temas que deberían afrontar las universidades católicas, especialmente en una sociedad donde el hombre ha dejado de escuchar las palabras que Pedro dirigió a su Maestro: “Sólo Tú tienes palabras de vida eterna”.

Especialmente importantes hoy en día son los temas de la familia, cuando la institución de *la familia* se ve amenazada tan directamente por un discurso que relativiza su valor como elemento fundante de una sociedad sana.

D) Las universidades católicas no sólo deben aspirar a formar buenos intelectuales y profesionales cultos sino que también, en la medida de lo posible, contribuir a la formación de personas que contribuyan a evangelizar la cultura.

Estoy convencido de que una universidad es más católica en la medida que se incorpora activamente en la construcción del Reino de Dios. Esta incorporación

debe ser con eficacia, aprovechando las competencias de cada cual y de la institución que conformamos. Como institución universitaria, debemos orientar nuestro quehacer a la construcción del Reino, aportando lo que el mundo universitario está más habilitado para entregar.

Nuestro principal aporte a la construcción del Reino es en el despliegue de lo que nos es propio: la investigación y descubrimiento de las verdades del mundo accesibles por el trabajo intelectual y artístico a un nivel superior, por un lado, y la educación y formación de líderes y personas para Chile y los países de América Latina (nuestros “próximos”), para que se sumen eficazmente al proyecto que Dios tiene para los hombres, por otro.

Esta tarea implica la formación de personas cultas e íntegras, lo que se hace con cursos de ética y formación general, por un lado, y con todo el currículo extraprogramático, por otro. Por ejemplo, actividades misioneras, de acción social, en un ambiente donde no se esconda a Dios, son muy marcadoras.

Sin embargo, creo que una de las formas más eficaces es el contacto personal entre profesores y alumnos, donde los primeros tengan la oportunidad de influir en su formación como personas, de acogerlos y escucharlos, de aconsejarlos, cuando ellos lo piden. Maestros más que profesores, con testimonio de fe, de honestidad intelectual, de amor a la verdad, pueden cambiar la vida de los alumnos. La influencia que los profesores pueden tener en sus vidas, mostrándoles la fe y orientándolos para que sean mejores personas, tiene un efecto duradero que incluso puede transmitirse a través de generaciones.

Conozco casos en que el contacto entre profesores y alumnos ha servido incluso para la conversión a la fe católica de alumnos que eran agnósticos y tenían posiciones prejuiciadas ante la Iglesia. Uno de ellos escribió que los primeros pasos de su conversión los atribuía en parte al “encuentro con personas en la universidad que reflejan el amor de Dios en su diario vivir”, y también al encuentro con profesores que “muestran su deseo de creer, su deseo de amar, y al mismo tiempo, viendo que en nada alcanzan el nivel del bien absoluto, su honestidad intelectual y su humildad”.

Es tal la importancia de esta tarea, que considero se debe incentivar y hacer posible que los profesores puedan disponer de mayor tiempo para escuchar e interactuar con sus alumnos. Existe el peligro de que en las políticas explícitas sobre promoción académica se subvalore esta tarea por una tendencia a considerar excesivamente a los *rankings* internacionales, donde la principal métrica es la de las publicaciones y su impacto en citas. Las universidades católicas deben estimular activamente las actividades de investigación, porque si no estarían contrariando su naturaleza, como mencioné más arriba, pero ello debe hacerse cautelando el cumplimiento de los otros objetivos de su misión como universidad de Iglesia.

En términos prácticos, considero que en las universidades católicas debieran autodefinirse los criterios y ponderaciones de sus propias métricas de evaluación, conforme a los objetivos que debiera perseguir una universidad de Iglesia, esto es, promoviendo un sano equilibrio entre investigación, calidad de la docencia y formación de personas. Esto no significa esconder la mediocridad o baja excelencia construyendo “indicadores a la medida”, sino más bien cumplir con excelencia los fines que le son más propios a las universidades de la Iglesia. La evaluación de esos indicadores, especialmente en investigación, debe ser externa, para mayor transparencia. Pero hay dimensiones de nuestro quehacer universitario propias de una institución de Iglesia, que no quedan recogidas en los indicadores usados para construir los mencionados “*rankings*”. La información de los distintos componentes que los conforman es muy útil, pero sus ponderaciones debieran definirlos las comunidades universitarias, añadiendo otros criterios adicionales, de acuerdo a su misión.

E) *La universidad católica debe cultivar en su interior relaciones de verdadera comunidad.* Debe hacer sentir a todos sus miembros que pertenecen a una comunidad, en un tipo de relación donde cada uno de los miembros sienta que se puede proyectar a largo plazo. Existen numerosas acciones concretas que se pueden hacer en este campo y que ayudarían a fortalecer el sentido de pertenencia a una comunidad y, como subproducto, elevar la productividad de los académicos activos.

En la medida de lo posible, creo que las universidades católicas debieran hacer un esfuerzo para fomentar la participación en el proceso de toma de ciertas deci-

siones, especialmente la de sus académicos de categorías superiores, los que han entregado sus vidas a la universidad. Dicha participación debe hacerse en forma orgánica y evitando caer en sistemas que pueden terminar favoreciendo a grupos de presión, que suelen olvidar los intereses superiores de la institución.

En las relaciones laborales se debe tratar de evitar potenciales abusos de autoridad con los más débiles, que a veces son difíciles de detectar por el tamaño de la organización. Especial cuidado se debe poner en que los procesos disciplinarios sean percibidos como justos, donde el imputado de alguna falta tenga derecho a una apropiada defensa.

Las universidades católicas debieran aspirar a tener una masa crítica de profesores comprometidos con la fe católica, pero deben ser especialmente acogedores y respetuosos con alumnos y profesores no creyentes.

4. La misión de las universidades católicas en estos tiempos

En la definición de los “planes de acción” que se derivan de los procesos de planificación estratégica, tanto a nivel de la universidad en su conjunto como en las unidades académicas, deben tenerse en cuenta las urgencias y prioridades que surgen en un determinado momento histórico.

Quisiera resaltar una tarea que me parece debiera ser uno de los pilares orientadores de las universidades católicas en nuestros tiempos. El Papa Juan Pablo II nos señalaba que *“los pobres no pueden esperar”*. Es un llamado urgente, que no podemos ignorar. La Iglesia nos está urgiendo a dar prioridad a los más pobres, tanto en el desarrollo material como en las otras dimensiones que dan calidad y sentido profundo a la vida. Es por eso que en este momento histórico, *nuestras universidades deben incorporar como parte de su misión la prioridad por los más pobres, en un sentido amplio de pobreza.*

Tenemos las capacidades para hacer un gran aporte al alivio de la pobreza en Chile y especialmente en los países menos desarrollados de Latinoamérica. Ellos son nuestro prójimo.

En la formación de líderes bien formados en lo intelectual y valórico, para que se comprometan y sean eficaces en el diseño de políticas para el desarrollo integral de esos países, tenemos grandes capacidades y experiencia.

La vivencia de una universidad comprometida con los más pobres puede ser muy motivadora y, de paso, fuente de conversión para esos potenciales líderes de la región.

Las universidades católicas debieran adecuar sus políticas para que alumnos potencialmente capacitados para ser buenos alumnos, no queden fuera por razones económicas. Es necesario buscar soluciones ingeniosas para alumnos no cubiertos por créditos subsidiados o becas del Estado. Existen soluciones que no involucran montos inabordables, tales como avalar los créditos a los alumnos para el evento de que no pudieran amortizarse completamente, sea porque no pudieron terminar sus estudios o porque, ya profesionales, no pudieron generar los ingresos suficientes.

Pero nuestro aporte a los pobres de la región no es sólo en la capacitación de cuadros dirigentes. Necesitamos excelentes científicos que estén en la frontera porque ellos serán un valioso “capital humano” para abordar nuestras prioridades de la misión. Nuestra investigación de punta en ciencias naturales no sólo es un aporte al mundo en general, sino que también esa actividad es un ingrediente indispensable en la formación de los profesionales que están en las áreas más cercanas a lo aplicado. Pero creo que no estaríamos siendo fieles al carácter católico de nuestra institución si la investigación que se desarrollara no incluyera investigaciones que tuvieran impacto sobre la solución de los problemas de la pobreza y el subdesarrollo. Nuestra capacidad de investigación, en todas las áreas, también puede contribuir al descubrimiento de las múltiples causas del subdesarrollo material, social y político y al diseño de buenas políticas públicas, al descubrimiento y difusión de conocimiento tecnológico que contribuya al desarrollo, a la difusión

de las verdades sobre el hombre que eleven la calidad de vida y dignidad del hombre en todos sus ámbitos.

En el análisis de las causas del subdesarrollo integral que afecta a grandes grupos de compatriotas y hermanos de la región, las universidades católicas de Chile tienen mucho que aportar, por varias razones: cuentan con académicos de primer nivel; éstos tienen una perspectiva de los problemas regionales más cercana porque los han vivido; estas universidades se encuentran ubicadas en un país que ha sido laboratorio de experimentos de diferentes políticas económicas y sociales, lo que ha permitido acumular un valioso capital de lo que sirve y lo que no sirve; algunas universidades son admiradas y tienen gran reputación en los países de la región, y tienen un capital espiritual que es fuente de energía para llevar a cabo estas tareas prioritarias.

Creo firmemente que es posible hacer una gran contribución con montos de recursos absolutamente abordables, especialmente si nos damos cuenta de cuál puede ser nuestro aporte distintivo. Eso orientará a las decisiones sobre las prioridades y le dará un sentido estimulante a nuestro quehacer de académicos.

La concreción de esta tarea, como parte de la misión en estas circunstancias históricas, debe respetar la libertad académica, que es esencial para el despliegue de la creatividad. Para conciliar esta libertad académica con el cumplimiento de este componente importante de nuestra misión no se debe usar la coacción, sino que se debieran usar estímulos y apoyos, morales y económicos, que premien el avance en una determinada dirección del “producto conjunto” de la investigación de las unidades académicas.

En la definición específica de los proyectos y programas para el cumplimiento de la misión de estos tiempos, debe estimularse la participación de toda la comunidad universitaria. Como universidad católica estamos conscientes que la felicidad del hombre y el sentido de la vida tienen múltiples dimensiones, todas las cuales deben ser consideradas. En los procesos de planificación estratégica, cada unidad académica debiera reflexionar sobre cuál va a ser su contribución al desarrollo

económico, cultural y humano de los más pobres, en un sentido integral. No basta aspirar a la excelencia, debe tenerse claro el para qué.

Este nuevo criterio debe ser complementado con los actualmente existentes que están orientados a la misión permanente de la universidad.

La orientación de parte de nuestra investigación hacia los temas y problemas de los países menos desarrollados de América Latina, y la capacitación de líderes de esos países, no sólo está acorde con el logro de una contribución eficaz a la construcción del Reino. Además es una excelente fuente de recursos para respaldar otros proyectos de la universidad. Así, es interesante señalar que Australia exporta educación por un monto de 3.500 millones de dólares a los países de Oceanía. Chile y nuestras universidades están muy bien posesionadas en la región. Existe una oportunidad de servicio (y de generación de recursos) más que interesante. También esta mirada regional puede abrir interesantes perspectivas para la investigación y la docencia, ya que de alguna forma esos países nos sirven de espejo para entender nuestra propia realidad.

La preocupación de que las universidades católicas asuman en estos tiempos una preocupación preferente por los más pobres, que colabore con el desarrollo de nuestra región, en todas las dimensiones, forma parte de las recomendaciones de EE, la que señala: *“El espíritu cristiano de servicio a los demás en la promoción de la justicia social reviste particular importancia para cada Universidad Católica y debe ser compartido por los profesores y fomentado entre los estudiantes. La Iglesia se empeña firmemente en el crecimiento integral de todo hombre y de toda mujer (32). El Evangelio, interpretado a través de la doctrina social de la Iglesia, llama urgentemente a promover «el desarrollo de los pueblos, que luchan por liberarse del yugo del hambre, de la miseria, de las enfermedades endémicas y de la ignorancia; de aquellos que buscan una participación más amplia en los frutos de la civilización y una valoración más activa de sus cualidades humanas; que se mueven con decisión hacia la meta de su plena realización» (33). La Universidad Católica siente la responsabilidad de contribuir concretamente al progreso de la sociedad en la que opera: podrá buscar, por ejemplo, la manera de hacer más asequible la educación universitaria a todos los*

que puedan beneficiarse de ella, especialmente a los pobres o a los miembros de grupos minoritarios, que tradicionalmente se han visto privados de ella. Además, ella tiene la responsabilidad –dentro de los límites de sus posibilidades– de ayudar a promover el desarrollo de las naciones emergentes”.

5. Comentarios finales

En este artículo se discutió la naturaleza de las universidades, en general, y algunas características que debieran tener las universidades católicas, en particular.

En la primera parte se analizaron las características distintivas de una universidad, la que puede definirse como una comunidad que dialoga en forma rigurosa, o metódica, en forma crítica y compleja, contribuyendo a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales. Las características del diálogo señaladas diferencian a la universidad de otras instituciones.

En la segunda parte del artículo se puso énfasis en cinco características que diferencian a las universidades católicas del resto de las universidades.

- a) Las universidades católicas, en primer lugar, deben esforzarse por ser buenas universidades.
- b) Las universidades católicas debieran buscar la integración del saber y el diálogo entre fe y razón. Ellas están llamadas a ampliar el campo del diálogo, no a restringirlo, ya que la fe formula algunas preguntas a la razón que no son de carácter científico, que no pueden ser respondidas por la ciencia, pero sí motivan a la razón a tratar de responderlas. Aunque la fe no tiene por finalidad proveer verdades sobre la naturaleza del mundo que se pueden someter al método científico, hay afirmaciones provenientes de la fe que invitan a una reflexión racional sobre el mundo y la vida.

Por otro lado, la razón sirve a la fe porque le permite expresarse y difundirse mejor.

Se recalcó que las universidades católicas en el mundo actual deben hacer un esfuerzo especial por mostrar que las verdades de la fe no se contraponen con las de la ciencia. Más bien, pueden iluminarlas, dándoles un sentido.

La integración entre fe y ciencia debe hacerse respetando la autonomía del conocimiento por la razón. En particular, las facultades de teología, filosofía y ciencias sociales deben hacer un esfuerzo para leer la historia a la luz de la fe, reflexionando sobre cómo Dios actúa en la historia y cómo esa acción no contradice las verdades que provienen de la razón y el conocimiento científico.

- c) Otra característica que diferencia a las universidades católicas es que están llamadas a servir a la sociedad por su reflexión ética, tanto a nivel personal como social, basándose en verdades sobre la naturaleza del hombre que aporta la Revelación. Ellas deben iluminar a la sociedad sobre los fines, sobre los valores, “de lo que es valioso”, de lo que es bueno. En último término, sobre qué humaniza o qué deshumaniza al hombre.
- d) Las universidades católicas no sólo deben aspirar a formar buenos intelectuales y profesionales cultos sino que, también, en la medida de lo posible, contribuir a la formación de personas que contribuyan a evangelizar la cultura. Una de las formas más eficaces es el contacto personal entre profesores y alumnos. La influencia de los profesores sobre la vida de los alumnos, mostrándoles la fe y orientándolos para que sean mejores personas, tiene un efecto duradero, que incluso puede transmitirse a través de generaciones.
- e) La universidad católica debe cultivar en su interior relaciones de verdadera comunidad y participación ordenada y eficaz.

Estas características debieran ser permanentes en cualquier universidad católica.

En nuestros tiempos, las universidades católicas deben incorporar, como parte de su misión, la prioridad por los más pobres, en un sentido amplio de pobreza. Ello

se debe manifestar de alguna forma en sus políticas de acceso a la universidad, en la formación de profesionales y líderes para los países más pobres, y en la investigación que realizan. También se destacó que esta misión debe hacerse respetando la libertad académica.

Juan Eduardo Coeymans Avaria^{II}

^{II} Agradezco los comentarios de Arístides Torche, Mónica Silva y Luis Alberto Coeymans.

UNA ESTADÍA EN LA CASA DEL
PAPA: RECUERDOS VATICANOS
Y ROMANOS

UNA ESTADÍA EN LA CASA DEL PAPA: RECUERDOS VATICANOS Y ROMANOS

Mg. Rubén Gómez Quezada

Periodista, Académico Escuela de Periodismo UCN

A comienzos de 2008 recibí un correo electrónico enviado desde la Conferencia Episcopal chilena donde se me anticipaba que iba a recibir en breve una comunicación muy particular, lo que como periodista me dejó intrigado y ansioso. Horas después me llegaba una invitación formal para participar en el congreso mundial de escuelas de periodismo y comunicación católicas, organizado por el Pontificio Consejo de la Comunicación Social del Vaticano, convocado con el título de Identidad y Misión de las Facultades y Departamentos de Comunicación Social de las Universidades Católicas. En esos años, me desempeñaba como director de la Escuela de Periodismo de nuestra Universidad Católica del Norte.

Sin duda una invitación impensada e inmerecida, pero francamente irrenunciable por su significado y valía profesional y humana. Eran tiempos del reinado de Benedicto XVI y ya se había instalado en el imaginario católico la necesidad de profundizar en la utilización de los medios de comunicación social como una herramienta más de apoyo para la evangelización *urbi et orbi*. Y aunque parecía una verdad necesaria y evidente, todo indicaba también que no era todavía fácil ni aceptado de primera, el tránsito desde la prensa tradicional, la radio y la televisión a formas multimedia más activas, interactivas, coloridas y de filamentos múltiples, además en desbocada carrera hacia el vértigo tecnológico y las asimetrías del poder económico

reflejado en los medios. Hechas las aproximaciones teóricas, directamente entonces a las fuentes. En este caso, Italia, en días primaverales, no exentos en todo caso de idus y chubascos de mayo.

Algunos antecedentes

A mediados de los años cincuenta del siglo pasado, la primacía era la prensa escrita y sobre todo el influjo del cine, la radio y la importancia naciente de la televisión como dispositivos encantadores, pero peligrosos. En esos territorios se jugaban aspectos cruciales ligados a la capacidad para concientizar a las grandes masas y también por los riesgos de actividades cada vez más comerciales, donde las fronteras entre lo ético, estético y lo moral eran muy finas y riesgosas.

Cuando amanecía la guerra civil española en 1936, Pío XI difundía numerosos discursos y encíclicas a los católicos, y ya en 1955 su sucesor Pío XII pronunciaba charlas y conferencias ante directores cinematográficos, artistas, estrellas de cine, técnicos y obreros de la actividad. Muchos venían a Roma desde América del Norte a escuchar al Papa, aunque la mayoría hacía sus carreras en Europa, una región que comenzaba a curar las heridas de la segunda guerra mundial y los católicos veían mucho cine, escuchaban las ondas etéreas y multiplicaban la adquisición de televisores. Pío XII advertía que se estaba produciendo un mal cine y un problema espiritual y moral de inmenso alcance. De hecho, hizo un llamado a los protagonistas y en especial a la Iglesia y sus pastores para que vigilaran los valores que irradia el cine en las personas, “particularmente en los que están débilmente formados en su espíritu y se dejan inducir a dar una determinada conducta a su vida privada y pública por las ficciones artísticas y las vanas sombras de una pantalla”. Pío XII visualiza “un futuro decaimiento espiritual y civil, del que sería corresponsable la indisciplinada libertad de las películas”. El Papa exhortaba a productores y artistas a que “realicen todo esfuerzo para librarlo no sólo de la decadencia artística, sino sobre todo de la complicidad de la depravación, y que levanten, en cambio, la vista a las limpias regiones del filme ideal”.

En ese mismo año, Pío XII creaba la Comisión Pontificia para la radio, el cine y la televisión, reconociendo así la importancia asignada por la Iglesia a estos medios en la formación o deformación de las masas que reciben diariamente su influencia. Pocos meses antes de morir en 1958, y en su nombre, monseñor Dell'Acqua dirige un mensaje al congreso internacional de la Oficina Católica Internacional del Cine (OCIC) de París. En dicha carta, monseñor, junto con destacar el rol de la OCIC en demanda de una cinematografía respetuosa de los valores morales y religiosos, pone de relieve que no basta la apreciación de una elite para apreciar el buen cine, sino que, al contrario, hay que ir al gran público. “Es necesario que la opinión se declare en su favor y que las películas sean del gusto de las muchedumbres, que cada día acuden más a las salas de cine”.

“La industria del cine –agrega el purpurado–, como en general todas las técnicas de difusión, no puede ser abandonada a las solas leyes del mercado, porque el filme no es una simple mercancía, sino más bien un alimento intelectual y una escuela de formación espiritual y moral” (encíclica *Miranda prorsus*); por la misma razón, esta industria no puede estar ligada a una publicidad frecuentemente superficial cuando no es por desgracia insidiosa o indecente. Es mediante el respeto a las normas morales, mediante el llamamiento a los recursos del arte, mediante la revalorización de las riquezas más auténticas de la humanidad, como el cine verá abrirse ante él las nuevas y luminosas vías de las que hablaba el Soberano Pontífice en su reciente encíclica”...

De experiencias chilenas

El padre Neil Hurley, s.j., escribe a fines de los '60 en la revista *Mensaje* un visionario artículo, que dará luces a varios fenómenos en ciernes en esta parte del mundo y que tienen relación con los medios. Titledo “Marshall Mc Luhan, revolucionario de las comunicaciones”, el texto recoge la importancia insospechada que comienzan a adquirir las nuevas técnicas de difusión y, en particular, las nuevas tecnologías de la información.

Recuerda que Mc Luhan era un estudioso canadiense que se hizo famoso al escribir varios ensayos sobre sus observaciones respecto de la sociedad estadounidense. “El medio de comunicación es el mensaje” era la frase que lo resumía en su dimensión revolucionaria. Su obra más conocida en esa época era *The Gutenberg Galaxy* (1962). El padre Hurley escribía: “Los medios de comunicación son extensiones de los cinco sentidos, y por ello las nuevas tecnologías de la comunicación afectan la forma cómo la humanidad percibe el mundo. En lo primitivo, oír es creer, en la cultura tipográfica, leer es creer y en la era electrónica, oír y ver es creer”.

El padre Hurley explica, “el medio es el mensaje ya que altera nuestra vida sensorial y la forma en que percibimos las relaciones de tiempo y espacio. El medio es un condicionante que equipa al hombre de un filtro inconsciente para colar las experiencias de la vida”. También repara en que para Mc Luhan los medios de comunicación son mitos, ya que hacen creíbles las materias que transmiten. “El hombre occidental se está “destribilizando” hasta el punto de considerar la interdependencia de un sistema social global como condición para la supervivencia”.

En 1982 el ex sacerdote Renato Hevia, recordaba en un artículo que a instancias de la Unesco, en 1978, se solicita al irlandés Sean Mac Bride para que elabore un informe sobre el tema de la información en el mundo. Ese documento en lo medular legitima la preocupación por “la transnacionalización de la información y la comunicación, de la manipulación y distorsión que se hace de la información en desmedro de los países que no dominan el mercado, o el hecho de la dominación cultural a gran escala que este fenómeno ha engendrado”. El informe Mac Bride provocó enormes reacciones en el planeta que concitó esfuerzos por articular un Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, y en particular en la prensa cercana a la Iglesia católica.

Al respecto, la Unión Católica Latinoamericana de la Prensa, UCLAP, reunida en 1981 en Belo Horizonte, Brasil, organizó una serie de encuentros latinoamericanos de periodistas y comunicadores sociales católicos para estudiar los resultados del informe Mac Bride. La UCLAP catalogó a la comunicación social en ese entonces

como “el fenómeno socio-cultural más significativo del mundo contemporáneo y un instrumento de liberación de los hombres, dentro de los principios emanados de las conferencias de Medellín y Puebla”.

El mensaje es claro, pero hay mucha reticencia y desconfianza en materia de medios, ya que de los '80 en adelante comienza su rápido caminar la era electrónica, los multimedios y la red de redes de internet. Pero, como el tiempo no se detiene, resulta interesante recordar que tanto Juan XXIII como Pablo VI dan forma y concluyen el Concilio Vaticano II, una verdadera revolución que entre otros aspectos repasa y actualiza las relaciones entre la Iglesia y el mundo secular moderno, la vida litúrgica y la sociedad. Pablo VI remece Roma al considerarse el primer Papa que sale a evangelizar fuera del territorio europeo, atrayendo los flashes, las ondas sonoras y las cámaras de televisión. Después de un reinado efímero de 33 días fallece Juan Pablo I en 1978 y asume Juan Pablo II, el Sumo Pontífice viajero que recorre continentes haciendo doctrina y exponiéndose a los medios de comunicación. El Papa Peregrino muere en 2005 cuando es electo por el consejo cardenalicio Benedicto XVI, quien abdica el 28 de febrero de 2013. Allí la historia es reciente. Le sucede Su Santidad Francisco, el primer Papa latinoamericano y el jefe número 266 de la historia de la Iglesia de Roma.

Todos los caminos llevan a Roma

En mayo de 2008 llegué al aeropuerto Fiumicino temprano y quise hacer el viaje a Roma en tren desde la estación que queda en el segundo piso en el terminal aéreo. Los vagones ferroviarios eran más bien antiguos, no tenían nada de moderno, incluso me recordaron los trenes que corrían de Antofagasta a Salta en los '60 y '70, y que en el tramo argentino mantenían legiones de funcionarios ferroviarios de grandes bigotes y uniformes impecables. En los flancos del ramal que iba a Roma todo era campiña, fresca de lluvia, andenes desordenados y jardines, flores, vegetación y verde por doquier. Mucha conversación en los pasillos, ademanes histriónicos de los viajeros y más inspectores de vagón en vagón hasta llegar a

la Estación de Términi, la más grande del centro romano. Una vez allí, me perdí en la multitud buscando el metro y me dirigí en dirección a mi destino, la Ciudad del Vaticano. Un par de días antes me habían confirmado que tenía alojamiento en el Domus Santa Marta, el lugar donde hoy los cardenales realizan los cónclaves para elegir al sucesor de San Pedro y donde el huésped más ilustre y permanente, en estos días, es el Papa Francisco, que constituyó allí su residencia, frente al Palacio Apostólico donde era la norma hasta el reinado de Benedicto XVI.

En Términi tomé un metro en dirección a Battistini y me bajé en la estación Ottaviano San Pietro. De allí con una maleta de pequeñas dimensiones y un maletín muy pequeño y con mi tarjeta de apuntes presta, me dirigí caminando hacia la Ciudad del Vaticano. Seguí por la vía Ottoviano hasta que conecté caminando hasta la vía di porta Angelica. Allí se me apareció de costado en toda su magnificencia la Plaza de San Pedro, una maravilla arquitectónica, simbólica y punto de peregrinación de todos los católicos del mundo. En un par de horas estaba situado en el centro de la cristiandad, y al costado de una ciudad que ha hecho gran historia en los últimos casi tres mil años. Me senté en la plaza y admiré en silencio el obelisco traído desde Egipto y admiré los santos de mármol, que coronan las columnas esculpidas del semióvalo gigantesco que da frente a la imponente Basílica donde reposa el cuerpo del primer Santo Padre.

Confundido entre la multitud y preguntando y preguntando, llegué hasta la *Piazza Sant 'Ufficio*. Allí estaba la entrada al Vaticano. Ya estaba cerca de la sala de las Audiencias y la sala Pablo VI y de sopetón me encuentro con dos guardias suizos de ceño fruncido, cascos emplumados y trajes rayados y coloridos, empuñando largas lanzas, quienes me flanquean el paso. En mi español afrancesado les digo quien soy y que tengo alojamiento en la Casa Santa Marta. Me toman los datos; alguien viene a cotejar la información y a los pocos minutos me dan la bienvenida. A menos de una cuadra, muy cerca de la Basílica de San Pedro, está el Domus Santa Marta...



Un aspecto de la fachada de la Residencia Santa Marta, lugar donde vive el Papa Francisco.



Uno de los tantos y bien cuidados jardines vaticanos.

Congreso y la audiencia papal

El congreso mundial de escuelas de periodismo debatió durante varios días en mayo, y la mayor parte de las sesiones las realizamos en el auditorio Giovanni Paolo II de la Pontificia Universidad Urbaniana. Se trabajó básicamente en varias mesas redondas y grupos de discusión, pero los ejes transversales estuvieron marcados por la comunicación en la era digital y cómo se inserta en ese tránsito la Iglesia; identidad y misión de una universidad católica y la formación ética de los comunicadores cristianos. Fueron sesiones intensas que comenzaban muy temprano y que se prolongaban al caer la tarde.

El día 22 de mayo fue muy especial ya que asistimos a la procesión de *Corpus Christi* realizada por las calles romanas al inicio de la noche, y que fuera antecedida por una misa ofrecida por Su Santidad en la explanada ubicada frente a la archibasílica de San Juan de Letrán. Yo quedé ubicado en el sector de la Porta Santa del templo. Una multitud acompañó ya de noche la procesión hasta la basílica papal de Santa María Maggiori. Los fieles enfervorizados cubrieron numerosas calles en su trayecto, mientras desde los balcones de las casas romanas acompañaban el cortejo con vítores, cánticos, pañuelos, banderas y otros gestos de devoción y cariño.

El día 23, a mediodía, hubo una pausa en el congreso y los casi cien participantes fuimos trasladados en pequeños buses al Palacio Apostólico donde nos recibió el Papa Benedicto XVI, quien nos entregó una serie de reflexiones sobre la importancia que la Iglesia asignaba a los comunicadores católicos y a los cristianos. La audiencia ocurrió en la Sala Clementina, y mientras hacíamos antesala algunos altos prelados nos sirvieron de improvisados guías por salones, capillas, tesoros como *Las Stanzas* de Rafael, y pudimos apreciar la humilde habitación donde vivía el artista italiano en los años en que realizaba sus mayores obras para el Vaticano.

La audiencia fue muy cálida. El Santo Padre nos habló con suavidad, calma y generosidad. En su mensaje rescató: “Yo los aliento a prestar una atención enorme y sucesiva a todos los programas académicos en lo que se refiere a los medios de comunicación, y particularmente en las dimensiones éticas de la comunicación

entre las personas, en un periodo donde el fenómeno de la comunicación tiene un lugar cada vez mayor en todos los niveles sociales”.

“Es imprescindible que esta formación no sea concebida sólo como un simple ejercicio técnico, o de entregar información, sino que conviene que, primero que todo, ésta sea una invitación abierta a promover la verdad en la información y a hacer reflexionar a nuestros contemporáneos sobre los acontecimientos”.

El Santo Padre también se hizo varias preguntas y las respondió de inmediato: ¿Qué hace el periodista cristiano y católico? Sobre el tema contestó: “El objetivo es uno solo: ser educadores de los hombres de hoy día y constructores de un mundo mucho mejor. Ustedes –afirmó– deben promover la justicia y la solidaridad, y respetar en toda circunstancia el valor y la dignidad de cada persona, quien tiene derecho a no ser herida ni dañada en lo que concierne a su vida privada”.

El Sumo Pontífice delineó las claves que deben guiar al periodista cristiano, y en ese sentido rescató como fundamentales los siguientes conceptos: “La pasión por la verdad no debe distorsionarse y transformarse en un relativismo cínico. Las diversas formas de comunicación–diálogo, plegarias, enseñanzas, testimonios y proclamaciones, así como los diversos instrumentos, prensa escrita, electrónica, artes visuales, música, la voz, gestos y el contacto corporal, son todas manifestaciones de la naturaleza de la persona humana. Esa comunicación revela a la persona, crea lazos de autenticidad y comunidad y permite que el ser humano madure plenamente en conocimiento, sabiduría y amor”.

“Sin embargo, esa comunicación no es fortuita ni producto de nuestra capacidad humana, sino es producto del mensaje bíblico derivado del amor trinitario del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Benedicto XVI fue también muy preciso sobre los desafíos de los tiempos de la era digital: Al respecto enfatizó: “Sería una tragedia para el futuro de la Humanidad si los nuevos instrumentos de comunicación, que permiten compartir el conocimiento y la información de manera más rápida y eficaz, no fueran accesibles a los que ya están marginados económica y socialmente, o sólo contribuyeran a agrandar la distancia que separa a estas personas de

las nuevas redes que se están desarrollando al servicio de la socialización humana, la información y el aprendizaje”. El mensaje también apuntó a las identidades locales: “Por otro lado, sería igualmente grave que la tendencia globalizante en el mundo de las comunicaciones debilitara o eliminara las costumbres tradicionales y las culturas locales, de manera especial, las que han logrado fortalecer los valores familiares y sociales, el amor, la solidaridad y el respeto a la vida”.

En las esencias, Benedicto XVI hizo un reconocimiento profundo a los educadores católicos. “Deseo expresar –sentenció– mi aprecio a aquellas comunidades religiosas que, no obstante, los altos costos financieros o los innumerables recursos humanos, han abierto universidades católicas en los países en vías de desarrollo, y me complace que muchas de estas instituciones estén hoy aquí representadas. Sus esfuerzos asegurarán a los países donde se encuentran el beneficio de la colaboración de hombres y mujeres jóvenes que reciben una formación profesional profunda, inspirada en la ética cristiana que promueve la educación y la enseñanza como un servicio a toda la comunidad. Valoro de manera particular su compromiso por ofrecer una esmerada educación para todos, independientemente de la raza, condición social o credo, lo cual constituye la misión de la universidad católica”, concluyó el Santo Padre.

Terminado el mensaje y saludo papal, éste apretó las manos de algunos de los colegas, y a los otros nos hizo un saludo y un gesto fraternal desde lejos y se despidió sonriente y a paso lento hacia sus oficinas. Algunos sacerdotes que le flanqueaban lo ayudaban a despedirse. Pero antes de hacerlo nos dijo que nos dejaba además un regalo...

Terminada la audiencia, algunos sacerdotes de alto rango nos entregaron el obsequio. Era un rosario escarlata en una caja transparente bendecido por el Santo Padre. Curiosamente, a mí me regalaron dos rosarios. Uno de ellos lo guardo en mi hogar y acompaña una imagen de la Virgen del Carmen que tenemos en un rincón altar del mueble que nos sirve de librero en el *living*. El otro rosario se lo regalé al padre Carlos Hallet cuando llegué de regreso a Antofagasta. El padre Carlos me dijo que lo llevaría consigo hasta que se fuera al cielo. Y allí debe estar hoy. El

padre me confesó que por razones de la vida nunca pudo visitar el Vaticano, pero que era inmensamente feliz con el regalo. Fue una demostración prístina de la simpleza de ese gran sacerdote infinitamente generoso, bondadoso y carismático que nos dejara como profesor emérito de nuestra casa de estudios el primero de mayo de 2011.

Santa Marta y el Vaticano

La Residencia Santa Marta es un edificio moderno inaugurado en 1996 al interior del Vaticano, una ciudad Estado autónoma y amurallada cuya importancia es que allí radica la sede y el corazón del catolicismo mundial. El Vaticano está emplazado en el centro oeste de la ciudad de Roma y, como ella, tiene mucha historia. Allí se fundó la Iglesia, allí reposan los restos de San Pedro, el primer Papa, y allí subyacen los recuerdos de las colinas y las casas que mandó quemar Nerón y los vestigios de los circos romanos de antes y después de Cristo.

La Residencia Santa Marta fue construida en el reinado de Juan Pablo II y es actualmente el hogar del Papa Francisco, marcando desde el 2013 un antes y un después en la historia de la Iglesia. Es un edificio de cinco pisos que tiene la particularidad de contar con dos plantas principales, prácticamente idénticas, lo que hace un total de 128 habitaciones donde se alojan los cardenales que asisten a los cónclaves para elegir el papado y visitas ilustres que están de paso en el Estado Vaticano. El personal que atiende las cocinerías y otros servicios son básicamente dos docenas de hermanas de Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. Es un lugar hermoso, plácido y confortable, con mucho mármol, escaleras amplias para quienes no prefieren los ascensores, algunas estatuas en los pasillos y mucha madera fina en los espacios comunes y los comedores.

Si bien es un edificio de estilo moderno, su existencia como el Domus Santa Marta es muy antigua. En el mismo lugar, la primera casa era un hospicio construido por León XIII en 1891 y sirvió como hospital de campaña para evitar una epidemia de

cólera, y como acogida y refugio de habitantes de los barrios pobres cercanos de Borgo y Trastevere. En la segunda guerra mundial, no sólo alojaban allí los guardias suizos, los guardaespaldas del Papa, sino también encontraron refugio centenares de refugiados judíos que huían del fascismo y también embajadores de los países que habían roto con el gobierno italiano de la época y con el eje.

La actual casa Santa Marta, es la residencia romana del Papa Francisco y allí ocupa una de las habitaciones como su domicilio permanente, y a un costado tiene una oficina. Es la habitación suite 201. Lo único que la distingue de las habitaciones de otros huéspedes, es que ahora hay dos guardias suizos en su puerta. La habitación 201 le fue asignada por sorteo en el cónclave donde fue electo Papa en marzo de 2013, y se quedó allí como signo de humildad y de ejemplo de austeridad. Hasta antes del cónclave de 2005, los papas vivían en el tercer piso del Palacio Apostólico a un costado de la Basílica de San Pedro.

Del centenar de asistentes al congreso mundial de escuelas de periodismo y comunicación, una treintena alojamos en Santa Marta. A mí me tocó en el piso cuarto. Pero las habitaciones son todas iguales. Son pequeñas, con una estufa radial pegada al muro, tienen una cama amplia, una silla, una mesita y un ropero. Como adorno todas tienen un crucifijo y alguna virgen, y en suite un baño y una ducha. Toda la construcción es sobria, de muy buen gusto, pero no tiene nada de exceso, ni nada de lujos. Algunas habitaciones dan hacia los amplios jardines frente a las colinas del Palacio Apostólico y otras dependencias vaticanas. Otras dan hacia muros antiguos y musgosos, que colindan con parte de las murallas que la separan de Roma...

A guisa de comparación, se cuenta que la construcción del Domus Santa Marta costó unos veinte millones de dólares de la época y el estadio de Manaus en la Amazonia brasilera, para el reciente mundial de fútbol de 2014, costó nada menos que 270 millones de la divisa norteamericana.

De los colegas alojados en Santa Marta dos eran brasileños, una era panameña, dos argentinos y cuatro chilenos. Sin duda un honor considerable ya que disfru-

tamos los comedores, las salas de lectura y televisión, las capillas y los espacios comunes que hoy comparte el Santo Padre con los invitados de la Iglesia y los trabajadores del hogar. Todo en una comunidad y fraternidad que cambió los cánones establecidos y las formas de cómo relacionarse con los medios de comunicación y los fieles.

La ciudad Estado del Vaticano fue fundada oficialmente en 1929, luego del tratado de Letrán, y ocupa una extensión de unas 45 hectáreas. Para los que son de Antofagasta es más menos el perímetro del estadio regional Calvo y Bascuñán (Talca, Galleguillos Lorca, Homero Avila y Avenida Angamos). Todo ese perímetro multiplicado por unas ocho veces.

En su interior, existen maravillas de la historia, del arte, de la tradición, del poder y de la fe. Allí trabajan unas dos mil personas y todo gira en torno a la Basílica de San Pedro, la plaza homónima y sus tesoros materiales e inmateriales. En el Vaticano comparten primacías los jardines y los palacios, las capillas y las parroquias, así como iglesias y basílicas. Existen senderos antiquísimos de ladrillos y callejuelas que huelen a historia y un amplísimo jardín botánico. Los museos vaticanos son proverbiales por sus piezas históricas y antropológicas y obras de arte, frescos y gobelinos. La Capilla Sixtina y los frescos de su techo con el Juicio Final son extraordinarios. En el segundo piso del Palacio Apostólico se ubican las estancias de Rafael, salas sublimemente decoradas con frescos que reflejan la cúspide de la conjunción artística, de la inteligencia y la filosofía renacentista, todas bajo la dirección de la Iglesia...

Como invitados al encuentro mundial de escuelas de periodismo y de comunicación católicas, tuvimos varias muestras de deferencias particulares. Visitamos las cuatro Estancias de Rafael, así como también el pequeño departamento que le servía de morada al artista cuando éste vivía en palacio fuera de sus ateliers.

El Vaticano tiene radio, televisión y un diario, *l'Osservatore Romano*, de formato estándar, sábana, en su mayor parte en blanco y negro, salvo una página en color. En 2008, era de trazos conservadores y poco atractivo. Su fuerza radicaba en los

contenidos. Tiene poco apego al diseño moderno y cosmético. También existe una casa de ceca, antecesora del Banco Vaticano, un centro de poder económico considerable, y que fuera uno de los primeros blancos de la intervención del Papa Francisco.

El Vaticano como ciudad Estado está repleto de construcciones variopintas en sus estilos y áreas verdes, como Roma, donde más de la mitad del territorio son jardines públicos y privados y edificios de baja altura y restos arqueológicos por todas partes. Abundan en su territorio los robles, los limoneros, las palmas y palmeras y los naranjos. Hay múltiples especies de flores y restos de caminos, mármol y ladrillos en el suelo, y fontanas y restos de jaulas de leones y de gacelas. Las alamedas de encinas y de cipreses ocupan parte importante del paisaje romano.

De cuentos y de anécdotas

Como periodistas, a veces nos damos tiempo para las cosas extras y paso a contar una anécdota que nos sucedió un día antes de terminar nuestra visita vaticana. Habíamos trabajado muy duro en el congreso y llegábamos muy tarde y muy cansados a nuestras habitaciones. Esa noche conversamos con el recepcionista, un joven romano muy amable. Y le explicamos que queríamos ver algo de la ciudad eterna. Nos dijo que ningún problema y, como teníamos una credencial, nos explicó el secreto de uno de los jardines laterales donde a través de una reja y un pestillo camuflado, podíamos llegar de noche con suma discreción, pero nos advirtió que debíamos pasar por la plaza del Sant'Uffizio, donde está la puerta de entrada al Vaticano y de entrada también a la guardia suiza. Se trata del Palacio del Santo Oficio, la ex Inquisición, que ahora se llama la Congregación para la Doctrina de la Fe. Al recuerdo me vinieron esa noche los escalofríos que me provocaban en su tiempo las lecturas del cuento de *El Pozo y el Péndulo*, del genial escritor estadounidense Edgar Allan Poe y que fuera publicado en 1843 y que nos llevaba en un viaje ficticio, a un calabozo ficticio, de una Toledo no ficticia que caía bajo el fuego del general francés Antonio Luis Lasalle, aplastando a los inquisidores...

Un colega irlandés, una brasileña y dos periodistas chilenos comenzamos a recorrer a pie el centro de Roma antes de que cayera el sol. Comimos pizza y pastas y nos sacamos fotos entre motos y autos minúsculos y multitudes de turistas. Caminamos y caminamos hasta muy tarde en la noche. Al regresar, siempre a pie y extenuados, por el sector de la calle de la Conciliación nos llamó la atención la enorme cantidad de mendigos que pedían limosnas o dormían en las calles tapados con cartones y hojas de diarios. En su mayoría, provenían de países del este. Otros centenares de africanos nos ofrecían carteras, artesanías y *souvenirs*, la mayoría falsificados... Al llegar a la Plaza de San Pedro nos detienen los *carabinieri* y les explicamos nuestro recorrido y nos indican el acceso a la guardia suiza. Allí, no sabemos si era habitual o no, nos hacen pasar por el cuartel general de la guardia, nos muestran las instalaciones, se portaron muy simpáticos y al final nos encaminaron hasta Santa Marta. Recorrido el sendero lateral para el ingreso sin llaves, los visitantes periodistas nocturnos nos dirigimos a nuestros pisos sin tomar ascensor y subiendo las escaleras caracoleadas de mármol. Como explicaba en la descripción del edificio, anteriormente, Santa Marta tiene dos plantas idénticas. Yo me subí a la planta equivocada y casi en penumbras traté de abrir la puerta en mi habitación designada. Después de muchos intentos frustrados y ante el temor de despertar a los alojados con mis sobresaltos, volví sobre mis pasos y la memoria y caí en cuenta que mi edificio idéntico era el otro. Allí me fui en silencio y encontré mi cuarto. Me costó conciliar el sueño en esa noche inolvidable.

De algunos italianos célebres

Se acercaba el fin de mi estadía vaticana y romana y reflexionaba que siempre me ha gustado el cine, y en particular las películas europeas. Hilvané también que mis entradas al conocimiento tienen mucho de audiovisual por analogías sensitivas, aunque prefiero expresarme en palabras escritas. Así recordaba en esos días Monsieur Vincent película sobre la vida de San Vicente de Paul, delicado filme religioso protagonizado por Pierre Fresnay cuyo argumento y diálogo había sido realizado por Jean Anouil, prestigioso escritor francés y ateo reconocido. Recordaba

también las revistas coloridas de *Vidas Ejemplares* que llenaban mi infancia sobre la vida de los santos y que eran numerosas en la capilla Arcángel Gabriel en María Elena, en la pampa, donde también llenaba cuando niño estampillas en un carnet por los cursos de monaguillo que realicé en un breve, pero significativo tiempo...

Roma se me aparecía de noche como una ciudad fascinante y sobrecogedora, y me gatillaba la película homónima de Fellini, así como *Amarcord*. En ambas, el sello autobiográfico de ese gran realizador es impresionante. Roma es historia. Fellini es historia, pero también crítica social y discurso político, así como lo hacía Vittorio de Sica. Fellini alguna vez dijo: “Mi abuelo hizo ladrillos, mi padre hizo ladrillos, yo también los he hecho, pero ¿dónde está mi casa?”...

Todos los caminos conducen a Roma me decía, y Cesare Pavese también se me retrotraía en blanco y oscuro. Cumbre de la poesía italiana, el escritor muerto por mano propia en Turín en 1950 fallecía en un hotel de mala clase, cuyo nombre comercial era Hotel Roma. Como pocos, Pavese había retratado en sus obras la vida de los humildes, de los pobres, de los perseguidos. Había traducido a los norteamericanos a quienes consideraba un faro entre la desgracia del fascismo en su Italia natal.

Y a propósito de los pobres y de los humildes, Pier Paolo Pasolini, quien fuera asesinado en Roma en 1975, hizo la considerada por muchos más dulce, sencilla y extraordinaria película sobre la vida de Jesús. Sin grandes recursos económicos, pero con ideas brillantes y actores *amateurs*, todos anarquistas, franquistas exiliados, su propia familia y amigos como protagonistas, ofreció a Juan XXIII *El Evangelio según San Mateo*, película ítalo francesa rodada en la península itálica en 1964. Su genio y bondad era tan grande que ni siquiera sus camaradas comunistas, ni italianos ni ingleses, donde militaba, osaron castigarle por su generosidad intelectual y hacedora de obras de artes valiosas. Se defendía diciendo, pese a su ateísmo militante, que lo había seducido absolutamente el personaje principal, Cristo.

De día es difícil dejar Roma y, como en el Vaticano, quizás uno de sus sellos más característicos son los pinos de la ciudad y las alamedas de encinas, sus inmigran-

tes y sus fuentes de agua y sus museos al aire libre. Sus pinos tienen una particular forma. Son de gran altura y no tienen ramas en la parte de abajo ni media. Manos expertas de jardineros los han ido acomodando con los años y sólo son frondosas en las copas. El otro símbolo verde en una ciudad y un territorio verde son los cipreses, árbol que simboliza la unión entre el cielo y la tierra y que siempre tienen un verde profundo, aunque sea en invierno. Pese a que también abundan en los cementerios romanos, al ciprés se le conoce como un árbol de la vida en términos de la mitología. Y Roma y el Vaticano están florecientes de vida (julio, 2014).

A NUEVE AÑOS DE LA
CANONIZACIÓN DE ALBERTO
HURTADO EN ROMA, LA CIUDAD
ETERNA

A NUEVE AÑOS DE LA CANONIZACIÓN DE ALBERTO HURTADO EN ROMA, LA CIUDAD ETERNA

Mg. Isidro Morales Castillo

Periodista, Académico Escuela de Periodismo UCN

Es difícil describir las emociones de aquel cálido domingo 23 de octubre de 2005 en la Plaza San Pedro, en el Vaticano, cuando el Papa Benedicto XVI proclamó santo al Padre Alberto Hurtado Cruchaga, junto a otros tres beatos.

Mientras esperaba el inicio de la ceremonia, junto a mi esposa e hijo mayor, en medio de una “marea roja” de más de siete mil chilenos que viajamos desde todos los puntos cardinales del país, recorrí mentalmente el largo camino que me convirtió en un incondicional seguidor de la obra del llamado “Santo de los pobres”.

Todo partió hace 38 años cuando en mi condición de periodista de “El Mercurio de Antofagasta”, tuve la responsabilidad de cubrir las actividades del Hogar de Cristo en la ciudad. Ahí conocí al presidente de la entidad, Fermín Vrsalovic, con quien colaboramos en la promoción de los sorteos que permitían reunir fondos para financiar las actividades de la organización, todas en favor de gente pobre. Posteriormente, tuve la satisfacción de conocer a dos personas extraordinarias: Alejandro Avendaño Riotti, presidente del directorio de Hogar de Cristo-Antofagasta y René Jopia, su administrador.

No había dudas que cada cruzada terminaría a duras penas, pero con éxito, gracias a estos dos hombres, a los socios y, por supuesto, a la ayuda del Padre Hurtado, porque alcanzar la meta era un verdadero milagro. Don René atendía en su sencilla oficina, en la esquina de Maipú con Latorre. Una sede humilde, acorde a la condición de los centenares de personas atendidas en el comedor, guarderías y en otras obras de la organización.

La cercanía con las actividades de la institución, permitió adentrarme en la vida del Padre Hurtado, no sólo como fundador del Hogar de Cristo, institución considerada un “milagro vivo”; también en el trabajo desarrollado en la organización de los trabajadores. El sacerdote estaba convencido de que éstos tenían que luchar por su dignidad, razón por la que en 1948 fundó la Acción Sindical Chilena, que instó a los obreros y empleados, especialmente los cristianos, a prepararse en la doctrina social de la Iglesia y formar parte de los sindicatos.

Tres años después fundó la revista *Mensaje* con la intención de evangelizar la cultura, acercando a intelectuales, profesionales y jóvenes al pensamiento cristiano. La publicación permanece hasta hoy.

Saber de la obra del hoy santo me acercó al conocimiento de la Compañía de Jesús, situación que posteriormente ayudó al reencuentro con la Iglesia católica, cuando durante la dictadura surgió la Vicaría de la Solidaridad de la mano del fallecido Cardenal Raúl Silva Henríquez, que defendió a miles de chilenos (as) cuya libertad y dignidad fueron pisoteadas. Inmediatamente vinieron a mi mente los nombres de los sacerdotes Joan Alsina, André Jarlan, Antonio Llido, Gerardo Poblete y Miguel Woodward, muertos en la asonada golpista.

En la Plaza San Pedro

Mientras la bulliciosa “barra” chilena se hacía sentir como la delegación mayoritaria en la Plaza San Pedro, recordé tres deseos que quería cumplir: asistir a la proclamación de la santidad del Padre Hurtado; conocer el Coliseo Romano, anfiteatro donde fueron martirizados los cristianos seguidores de las enseñanzas de Jesús y, finalmente, recorrer Tierra Santa. Estaba en Roma y había cumplido dos anhelos. Sólo falta uno.

Creo que el Padre Hurtado quiso que estuviera en su canonización, ya que no había posibilidad alguna que fuera por mis medios; sin embargo, recibí la invitación de mi hijo y ahora estaba junto a los míos en medio de los chilenos que enfervorizados cantaban “Peregrino de Emaús”, la canción que “pegó” más que el himno oficial, conocido también con el título “Canción para un santo amigo”.

Los veinte grados a las 10.00 horas del otoñal domingo europeo del 23 de octubre, contrastaban con el frío amanecer romano, con neblina, que no amilanó a los chilenos que desde las cinco esperaron estoicamente en una larga fila que abrieran los accesos a la Plaza San Pedro. A lo menos la mitad había dormido poco o nada, ya que la noche anterior habíamos participado de la vigilia en la Iglesia de San Ignacio (Iglesia de Gesù), templo construido entre los años 1626 y 1685 y ubicado en la plaza del mismo nombre.

Tres mil peregrinos coparon el templo, iniciando la fiesta de santidad, en paralelo a centenares de vigiliadas desarrolladas en parroquias, colegios y campamentos de todo Chile. Autoridades del país, encabezadas por el Presidente Ricardo Lagos Escobar, asistieron al encuentro en Roma, así como representantes de todas las actividades y muchos fieles anónimos que quisieron testimoniar su aprecio a la obra del Padre Hurtado.

Durante la vigilia en el templo jesuita, el mandatario dijo que con su obra Alberto Hurtado “se convierte en un padre de la patria del siglo XX, y nosotros en este siglo XXI tenemos que preguntarnos, igual que él, si la estamos haciendo grande,



Más de siete mil chilenos estuvieron presentes en la Plaza San Pedro el día en que fue canonizado San Alberto Hurtado.

bella, humana y fraternal. ¿Cuánto nos falta para alcanzarlo, cuánto tenemos que trabajar para ello?...”.

En tanto el Arzobispo Emérito de La Serena, monseñor Bernardino Piñera, en su intervención recordó que “...cuando, en una noche de invierno, desde uno de los puentes del Mapocho vio el Padre Hurtado a un grupo de niños andrajosos que revueltos con sus perros callejeros y, sin duda, llenos de pulgas, se disponían a dormir en el lecho del río, algo pasó en él. Descendió por donde mismo habían bajado los niños a su albergue nocturno, los saludó con cariño y les ofreció venir a dormir a una hospedería que él iba a fundar para ellos, donde tendrían camas y frazadas, y donde se les serviría una taza de té calientito y un buen desayuno, y donde sus perritos serían también acogidos. El Padre Hurtado había reconocido en ellos a Cristo”.

Mientras escuchaba a monseñor Piñera, imaginaba cómo eran aquellas noches de búsqueda, hallazgo y de invitación a los “patroncitos” cobijados en las calles o bajo los puentes del Mapocho, a comienzos de los años '40 del siglo pasado. Quizás los mismos lugares que una década antes recorrió mi padre en Santiago, como niño abandonado, sin conocer a sus progenitores. Una similitud que me estremeció en 1976 cuando conocí la obra del Padre Hurtado.

Había llegado el momento esperado. La Plaza San Pedro estaba repleta de fieles que participarían de la canonización de los beatos Josef Bilczewsky, Zygmunt Gorzowski, Gaetano Catanoso, Felice de Nicosia y Alberto Hurtado. La ansiedad se notaba en los rostros de los chilenos que una y otra vez interpretaban las estrofas de “Peregrino de Emaús”.

*“¿Qué venías conversando? me dijiste buen amigo;
y me detuve asombrado a la vera del camino.
¿No sabes lo que ha pasado allá en Jerusalén?
De Jesús de Nazaret a quien clavaron en la cruz.
Por eso me vuelvo triste a mi aldea de Emaús.
Por el camino de Emaús un peregrino va conmigo,
no lo conocí al caminar, ahora sí, en la fracción de pan.*

*Van tres días que se ha muerto y se acaba mi esperanza.
 Dicen que algunas mujeres al sepulcro fueron al alba.
 Pedro, Juan y algunos otros, hoy también allá buscaron.
 Más se acaba mi confianza, no encontraron a Jesús,
 por eso me vuelvo triste a mi aldea de Emaús...”*

Quedaba atrás el cansancio de las doce horas de viaje entre Santiago y Madrid, con escalas en Bogotá y Barranquilla el 17 de octubre. En la capital colombiana, con un estricto y múltiple control aduanero y policial en el aeropuerto “El Dorado”, como parte del llamado “Plan Colombia para la paz”.

Escala de dos días en la capital española, con recorridos imperdibles por la Puerta del Sol, Puerta de Alcalá, Las Cibeles, la Plaza Mayor, Plaza de Toros, la Gran Vía, la Plaza España, con las monumentales figuras de Don Quijote y Sancho Panza y la terminal ferroviaria de Atocha, donde un año antes perecieron 192 personas y 1.430 quedaron heridas producto de un ataque terrorista, que también afectó a las estaciones El Paso y Santa Eugenia. Desde Atocha, embarque para una rápida visita a Toledo, patrimonio de la humanidad, rodeada por el río Tajo, a setenta kilómetros de Madrid. Ciudad de “las tres culturas”: cristiana, árabe y judía, capital del reino visigodo en el siglo VI y convertida en capital del imperio español por el rey Carlos I en el siglo XVI.

El viernes 21, en un avión que nos recordó aquellos buses interprovinciales chilenos acondicionados para llevar mayor número de pasajeros, embarcamos rumbo a Roma, donde nos esperaba una copiosa lluvia, inusual para los nortinos chilenos. Paso siguiente: hotel Cinecittá, en la vía Eudo Giulioli, a poca distancia de los estudios de producción cinematográfica del mismo nombre, cuya bitácora histórica registra veintitrés premios Oscar y más de tres mil películas.

Entre éstas, importantes y conocidas, *Quo Vadis*, *Ben Hur*, *Cleopatra*, *La caída del imperio romano*, *La dolce vita*, además algunas más recientes, *El nombre de la rosa*, *Gladiator* y *Pandillas de Nueva York*, con un número significativo de directores como Luchino Visconti, Vittorio De Sica, Roberto Rosellini y Federico Fellini,

integrantes del llamado movimiento neorrealista, pero además otros contemporáneos como el norteamericano Martin Scorsese.

La proclamación

Con la aparición del Sumo Pontífice terminó la extensa espera y comenzó la misa de proclamación. Concluía un largo proceso de tres décadas en la que la Congregación para las Causas de los Santos revisó exhaustivamente la vida, pensamiento, testimonio y milagros del Padre Hurtado.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón... y a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22,37.39). Este sería el programa de vida de San Alberto Hurtado, que quiso identificarse con el Señor y amar con su mismo amor a los pobres. La formación recibida en la Compañía de Jesús, consolidada con la oración y la adoración de la Eucaristía, le llevó a dejarse conquistar por Cristo, siendo un verdadero contemplativo en la acción. En el amor y entrega total a la voluntad de Dios encontraba la fuerza para el apostolado. Fundó el Hogar de Cristo para los más necesitados y los sin techo, ofreciéndoles un ambiente familiar lleno de calor humano. En su ministerio sacerdotal destacaba por su sencillez y disponibilidad hacia los demás, siendo una imagen viva del Maestro, “manso y humilde de corazón”. Al final de sus días, entre los fuertes dolores de la enfermedad, aún tenía fuerzas para repetir: “Contento, Señor, contento”, expresando así la alegría con la que siempre vivió”, manifestó Benedicto XVI en la homilía mientras se desarrollaba la misa de canonización.

El recogimiento se manifestaba entre los fieles de las distintas nacionalidades que representaban a los cinco beatos que eran canonizados, cuyos retratos estaban adosados a los muros de entrada de la Basílica de San Pedro. El correspondiente al Padre Hurtado en el extremo derecho.

Cuando era nombrado, el bullicioso y por ratos desordenado grupo de chilenos irrumpía en gritos y aplausos mientras se agitaba el emblema patrio. Hasta que

llegó el momento en que el Papa pronunció solemnemente la fórmula de canonización:

“En honor a la Santísima Trinidad, por la exaltación de la fe católica y el crecimiento de la vida cristiana, con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y la Nuestra, después de haber reflexionado largamente, invocado muchas veces la ayuda divina y de haber escuchado el parecer de muchos de Nuestros Hermanos del Episcopado, declaramos y definimos Santos a los Beatos Josef Bilczewsky, Gaetano Catanoso, Zygmunt Gorazdowski, Alberto Hurtado Cruchaga y Felice de Nicosia, y los inscribimos en el Libro de los Santos y establecemos que en toda la Iglesia sean devotamente honrados como Santos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”.

Alegría indescriptible en la multitud. Alberto Hurtado se convertía en el segundo santo chileno.

Al terminar la eucaristía, también culminaba el Sínodo de Obispos y se celebraba el Domingo Universal de las Misiones. Luego Benedicto XVI se asomó desde una ventana del Palacio Apostólico Vaticano para rezar el tradicional *Angelus* dominical en la Plaza San Pedro.

Misa de Acción de Gracias

Al día siguiente, a las 9.00 horas, el Secretario de Estado del Vaticano, Angelo Sodano, quien fuese Nuncio Apostólico en Chile entre los años 1978 y 1988, presidió la misa en la Basílica de San Pedro, a la que asistieron peregrinos chilenos para agradecer la canonización de San Alberto Hurtado.

Junto al Nuncio estuvieron el Cardenal Francisco Javier Errázuriz, veinte obispos y numerosos sacerdotes de todo Chile, a quienes acompañó el Superior General de la Compañía de Jesús, Peter Hans Kolvenbach.

En la eucaristía el Cardenal Sodano dijo:

“Hoy en la gloria del cielo contemplamos no sólo a Santa Teresa de Los Andes o a la Beata Laura Vicuña, sino que vemos una estrella luminosa más, que nos indica el camino, como la que guió a los Reyes Magos a descubrir a Jesús. Es la estrella del Padre Alberto Hurtado, de este hijo de Viña del Mar que, en Santiago y en tantas otras ciudades de Chile, anunció con su palabra y su vida el Evangelio de Cristo.

El secreto de los cristianos de hoy, entre tantas dificultades y pruebas de la vida, es y será siempre una profunda unión con Cristo, así como lo ha sido para todos los santos. A este respecto, podría citar aquí páginas y páginas de los discursos del Padre Hurtado (...) ¡Qué gran espiritualidad la suya! Cristo es realmente la explicación de su vitalidad apostólica. Es un fuego que enciende otros fuegos”.

En la oportunidad el actual Arzobispo de Antofagasta, monseñor Pablo Lizama, regaló un pectoral, en tanto la cantante Cecilia Echeñique interpretó el himno oficial “Canción para un santo amigo”, compuesto por Jaime de Aguirre.

Audiencia especial

El lunes 24, al mediodía, miles de chilenos acudieron al Aula Pauli VI de la Ciudad del Vaticano, a la audiencia especial concedida por el Sumo Pontífice, con motivo de la canonización de los cinco beatos.

Benedicto XVI se manifestó impresionado por el fervor de los chilenos, a quienes se dirigió en español precisando que el objetivo de la vida de San Alberto Hurtado fue *“ser otro Cristo. Así se comprende mejor su conciencia filial ante el Padre, su espíritu de oración, de hondo amor a María, su generosidad en darse totalmente, su entrega y servicio a los pobres. A la luz de la verdad del Cuerpo Místico, experimen-*

tó el dolor ajeno como propio y eso lo impulsó a una mayor dedicación a los pobres, fundando para ellos el Hogar de Cristo. La vida del Padre Hurtado invita a todos a la responsabilidad, pero especialmente a la santidad. Que San Alberto Hurtado interceda por todos para que llevéis a vuestros hogares, comunidades eclesiales y ámbitos sociales, la luz que dio esplendor a su vida y gozo a su corazón”.

Por las calles de Roma

Contratar un *tour* no siempre es conveniente, más aún si el lugar ofrece múltiples atractivos turístico-culturales y, especialmente, de índole histórico, como lo es Roma. Ocurrió con un programa que consideró una visita *express*, conducida por Daniele, un parlanchín y ostentoso italiano que sólo permitió observar por fuera los monumentos de relevancia como el Coliseo. Dinero perdido. Cambio de planes: recorridos por la ciudad a pie, por donde se consolidó la cultura greco-romana, cuna de la civilización occidental.

Caminar por las calles romanas permite apreciar la majestuosidad del patrimonio arquitectónico del corazón de este vasto imperio que sólo entró en colapso definitivo en el siglo V (d.C.) con las invasiones de los pueblos bárbaros. Cada rincón aloja una parte de la extensa historia que se estima comenzó el año 753 antes de Cristo, entrelazada con la leyenda de Rómulo y Remo y el desarrollo de las monarquías latina y etrusca, cuya caída se registró en el año 509 a.C. cuando el rey Tarquino el Soberbio fue expulsado y se instauró una nueva forma de gobierno denominada República Romana.

Los primeros asentamientos se ubicaron en torno al monte Palatino, a lo largo del río Tíber (con su singular isla Tiberina), cuyas riberas son hoy extensas avenidas que permiten observar las distintas áreas y vestigios de las épocas pasadas.

La llamada civilización romana, nacida hace doce siglos y desarrollada desde la fundación de Roma durante el siglo VIII antes de Cristo, muestra tres estadios de

la era antigua: la monarquía, la república y el gran imperio, en su máxima expresión con el dominio de Europa occidental y los alrededores del Mar Mediterráneo. Hoy, algunos historiadores también dividen su historia en los períodos imperial, cristiano y moderno.

La extensión de los territorios conquistados significó la división del Imperio: el de Occidente con Roma como capital y que consideraba, entre otras zonas, la Hispania, la Galia e Italia; y el Bizantino, con Constantinopla como capital, que también lo fue del imperio otomano. Hoy es conocida como Estambul, escenario de exitosas series televisivas que se exhiben en canales chilenos. En 1923, al crearse la república, perdió la calidad de sede del gobierno, la que fue trasladada a Ankara.

Regresamos a Roma que hacia el año 509 antes de Cristo asume la forma de gobierno denominada república, que se caracteriza por la separación y controles del poder y el fortalecimiento del ejército que conquista extensos territorios en Europa meridional, Asia Menor y África septentrional, pero también la organización política con una serie de organismos como los cónsules, el senado (que ya funcionaba en la monarquía), las asambleas o comicios (curial, centurial y tribal), censores (custodios de la moral), pretores (administradores de justicia), ediles (responsables del ornato, aseo y abastecimiento de alimentos) y tribunos de la plebe (representantes del pueblo).

La última, y etapa superior de la historia romana antigua, corresponde a la imperial, que se estima comenzó el año 29 antes de Cristo con la ascunción del primer emperador, Octavio (Augusto), y concluyó el año 476 después de Cristo con la caída de Rómulo Augústulo, de sólo quince años, debido a las invasiones bárbaras. En los tiempos de mayor esplendor, el territorio del Imperio Romano abarcaba tres continentes: Sur y Oeste de Europa, el Oeste de Asia y el Norte de África.

Para conocer los restos de las antiguas edificaciones romanas fueron necesarias extensas e intensas caminatas, sólo posibles iniciando la jornada a las 5.00 horas, para comenzar un largo viaje al centro en el tren subterráneo, repleto de turistas e inmigrantes, con un número elevado de africanos. Viajar apretujados, con olores

insoportables, en vagones antiguos y rayados, nos recordaba el metro santiaguino, diametralmente opuesto.

Recorridos por los restos del Circo Máximo (Circo Massimo), el Foro Romano, para llegar al monumento a Víctor Manuel II (Vittorio Emanuele), en la Plaza Venecia que, a través de la Vía dei Fori Imperiali, permite acceder al monumental Coliseo.

La pista del circo era de seiscientos metros de longitud por un poco más de doscientos de ancho; estaba ubicada entre los montes Aventino y Palatino. Recorrerlo no fue difícil como tampoco imaginar a los corredores sobre pequeños carros tirados por caballos que buscan alcanzar la ansiada meta, que a veces significó la libertad.

Visitar los restos del Foro Romano (lugar donde se realizaban las asambleas del pueblo y del Senado, además de ceremonias religiosas), permite reflexionar sobre la importancia de proteger el patrimonio cultural de un pueblo: ninguna columna aún en pie o tirada en el suelo es violentada, tampoco se remueve algún resto de muralla, aunque esté ubicado en una transitada vía, algo impensado en Chile, específicamente en Antofagasta, donde la voracidad inmobiliaria hace desaparecer edificios con valor histórico-patrimonial. Ejemplo de esta situación son las construcciones de las últimas décadas en la avenida Brasil.

Después de una larga fila y espera, ingreso al Coliseo, espectacular recinto (anfiteatro Flavio), cuya construcción inició Vespasiano en el año 72 y terminó su hijo Tito en el 80. Cincuenta mil personas ocupaban las ubicaciones para presenciar los juegos, casi siempre sangrientos, que entusiasmaban a los asistentes. Lucha entre gladiadores (esclavos adiestrados), caza de animales feroces llevados desde los confines del imperio, hasta batallas navales, que hacía necesario llenar la Arena con agua para la representación.

Conmueve tocar los muros del Coliseo, desprovistos del mármol de travertino que los cubría y que fue usado en las construcciones de los palacios cercanos; así como recorrer sus diferentes niveles, con las ochenta puertas numeradas que per-

mitían que en menos de diez minutos el público pudiese acomodarse o abandonar el recinto. Muy diferente a la realidad de nuestros estadios de fútbol.

Al abandonar el Coliseo los visitantes se enfrentan al monumental Arco de Constantino, arco de triunfo con tres bóvedas de sostén, que data del año 312.

Un breve descanso, un trozo de pizza, una gaseosa y un helado, quizás de los más exquisitos del mundo, y a seguir conociendo Roma. Próximo destino: la Fuente de Trevi (Fontana di Trevi), la más grande y hermosa fuente de la ciudad, construida a fines del siglo XVII por el arquitecto Nicola Salvi (finalizada por Giuseppe Pannini) por voluntad del Papa Clemente XII, aunque sus orígenes se remontan al año diecinueve antes de Cristo, en que la fontana constituía el final del acueducto Aqua Virgo.

La Fuente de Trevi es el punto de encuentro obligado de los miles de turistas que visitan Roma. Las dimensiones son veinte metros de anchura por veintiséis metros de altura; en su parte central está la estatua de Océano sobre un carro tirado por dos Tritones (seres mitológicos). Es costumbre tirar, de espaldas, monedas a sus aguas pidiendo deseos, entre éstos, volver a la ciudad.

Algunos autores de textos sobre la vida cotidiana de Roma aseguran que el mito nació con la película *Tres monedas en la fuente* (*Three Coins in the Fountain*), filmada en 1954, conocida también por *Creemos en el amor*, y cuya melodía hizo famosa el grupo norteamericano *Los Cuatro Ases* (*The Four Aces*).

El rito, que considera lanzar la (s) moneda (s) con la mano derecha y sobre el hombro izquierdo, expresa: “Si arrojas una moneda: volverás a Roma. Si arrojas dos monedas: encontrarás el amor con una atractiva italiana (o italiano). Si arrojas tres monedas: te casarás con la persona que conociste”.

Durante los días de la canonización, la prensa italiana recordó la detención, dos años antes, de algunos desempleados sorprendidos sustrayendo monedas desde la fuente. Fueron multados por entrar al agua, hecho que está prohibido por las ordenanzas que protegen el patrimonio artístico de Roma. Cada año se extrae

desde la fuente el equivalente a un millón de euros, que desde 2007 se usa con fines benéficos.

Otros símbolos romanos

Después de varios minutos de viaje, otro lugar para conocer. En la calle de las Siete Iglesias se ingresa a las catacumbas de Domitilla (DI S. Domitilla), una de las sesenta que hay bajo el suelo romano. Este sistema de túneles se usó desde el inicio de la cristiandad como lugar de sepulcro, pero además como lugar de rezo o escondite durante las persecuciones en contra los cristianos.

Otros sitios interesantes son la Plaza Navona, con su obelisco y sus tres fontanas (Fuente de los ríos, Fuente del Moro y Fuente de Neptuno) y el Panteón, imponente templo romano construido el año veintisiete antes de Cristo, destruido por un incendio y reconstruido en los tiempos de Adriano. En el año 609 el Papa Bonifacio IV lo dedicó al culto cristiano de la virgen y de todos los santos mártires.

El Vaticano

Es un Estado independiente que surgió el 11 de febrero de 1929, derivado del tratado de Laterano y cuyo territorio corresponde al Ager Vaticanus, sobre el margen derecho del río Tiber, sitio donde fueron martirizados los primeros cristianos, entre éstos, San Pedro.

En el año 324 el emperador Constantino hizo construir una hermosa y lujosa basílica en homenaje a Pedro, la que en el transcurso de los siglos tuvo varias modificaciones. En su ingreso es posible observar la estatua ecuestre del emperador Constantino, en tanto en la puerta central destacan las figuras de los santos Pedro y Pablo.

En la nave central está la estatua de bronce de San Pedro instalada en el siglo XIII, cercana a una serie de capillas, entre las que destaca la Capilla de la Piedad, que contiene la famosa obra esculpida a los veinticuatro años por Miguel Ángel, y que representa la figura de Cristo en los brazos de la madre. Sobrecoge observar el hermoso conjunto escultórico, junto a decenas de personas que la miran en silencio.

Algo similar ocurre cuando se observa el altar mayor y recordamos que, según la tradición y las evidencias históricas y científicas, bajo ella está la tumba de San Pedro. Es imposible estar dentro de la basílica y no mirar la gigantesca cúpula de 120 metros de altura concebida por Miguel Ángel, considerada la obra de albañilería más grande jamás conocida.

Luego de recorrer el Musei Vaticani, la esperada visita a la Capilla Sixtina, lugar donde se realiza el cónclave para elegir un nuevo Papa y comunicar el resultado a los católicos a través de una señal de humo (fumata de humo negro si la cita continúa o de humo blanco si hay nuevo Pontífice). Una visión majestuosa de su bóveda, con escenas diferentes, pero con un hilo conductor y homogéneo.

Destacan “La creación de la luz”, “Creación del hombre”, “El diluvio universal”, “El pecado original y la expulsión del paraíso terrenal”, entre otras majestuosas escenas.

El Retorno

Después de vivir cinco intensos días en Roma, de regreso a Chile, con escala en Madrid, donde una inesperada falla técnica del avión (rotura de una baliza luminosa por el supuesto impacto de un ave) nos dejó en tierra por otras siete horas. Sin embargo, ser testigo de la canonización de San Alberto y conocer algunos sitios históricos de Roma, valía cualquier demora.



**TIERRA NUEVA: ÍNDICE
POR AUTORES Y TEMAS,
DOCUMENTOS Y LIBROS
EDITADOS POR COLECCIÓN
IGLESIA Y MUNDO 2004-2014**

ARTÍCULOS

ASTUDILLO GODOY, Ibar. *Editorial: El camino de Tierra Nueva en su décima primera edición: ¡Llámame Tierra Nueva!*, año 11, N° 11 (2014), pp. 5-12.

ABARZÚA ROJO J.A., *Testimonio en directo desde el palacio de La Moneda y el epicentro del conflicto: "A las 3 de la madrugada del 11, me llama mi jefe de la OIR y me dice: Fito, el golpe comenzó..."*, año 10, N° 10 (2013), pp. 91-98.

ALONSO-LASHERAS SJ D., *La crisis financiera mundial como crisis moral*, año 5, N° 7 (2008), pp. 103-109.

ASTUDILLO I., *Vicaria de la Educación católica en Antofagasta*, año 1, N° 2 (2004), pp. 163-170.

ASTUDILLO GODOY I., *Presentación: A 40 años del Golpe de Estado en Chile*, año 10, N° 10 (2013), pp. 5-14.

AYORA X., *La mujer y la moral social en el Padre Hurtado*, año 2, N° 3 (2005), pp. 299-312.

AYORA PINÓS X., *Autoexigencia y benevolencia*, año 4, N° 6 (2007), pp. 61-68.

AYORA PINÓS X., *Aproximación al desafío ético de nuestra sociedad contemporánea*, año 6, N° 8 (2009), pp. 99-112.

BARANDA B., *Ser solidario a imagen del P. Hurtado: acercamiento entre dos mundos*, año 1, N° 2 (2004), pp. 150-162.

BERNASCONI A., *La universidad actual frente al ideal del Padre Hurtado*, año 2, N° 4 (2005), pp. 391-394.

BEYTÍA J.C., *La cultura juvenil y sus desafíos*, año 5, N° 7 (2008), pp. 59-74.

BIGGS FUENZALIDA A. – VALDIVIESO GATICA G. – VIDEL DEL VALLE T., *La tercera misión de las universidades y el vínculo con la sociedad*, año 6, N° 8 (2009), pp. 47-60.

CAMPANO P. et alii, *La catolicidad en la Universidad Católica del Norte: desde su fundación hasta el cincuentenario*, año 1, N° 1 (2004), pp. 9-22.

CAMPANO BASCUÑÁN P. – REINOSO FERRERA A. – JOFRÉ MARÍN L., *Visión de la Acción Pastoral en la Universidad Católica del Norte, sede Antofagasta*, año 5, N° 7 (2008), pp. 9-22.

CÁRDENAS R., *Espiritualidad y envejecimiento: algunos aspectos para la Pastoral*, año 1, N° 1 (2004), pp. 48-63.

CERDA SANHUEZA A., *Tensiones en torno al concepto de desarrollo*, año 9, N° 9 (2012), pp. 107-120.

CHÁVEZ AGUILAR P., “*Ética cívica*”: *tiempo de sumar, no de restar*, año 4, N° 6 (2007), pp. 69-76.

CLAPS GALLO G., *Tres reflexiones sobre nuestro norte*, año 11, N° 11 (2014), pp. 67-92.

CLAPS G., *Cultura y universidad católica*, año 1, N° 2 (2004), pp. 132-141.

CLAPS G., *Tres reflexiones sobre nuestro Norte*, año 2, N° 3 (2005), pp. 277-298.

COEYMANS AVARIA J.E., *Reflexiones sobre la identidad y desafíos de las Universidades Católicas*, año 11, N° 11 (2014), pp. 113-140.

COEYMANS AVARIA J.E., *Reflexiones sobre la identidad y desafíos de las Universidades Católicas*, año 6, N° 8 (2009), pp. 9-32.

CONTRERAS C. et alii, *El rol de las universidades chilenas en el milenio que comienza*, año 1, N° 1 (2004), pp. 23-35.

CORREA SCHNAKE F., *Catolicismo y Universidad. Una mirada teológica*, Año 11, N° 11 (2014), pp. 95-110.

CORREA SCHNAKE F., *Catolicismo y Universidad. Una mirada teológica*, año 6, N° 8 (2009), pp. 33-46.

COSTADOAT J., *Alberto Hurtado: su idea de universidad*, año 2, N° 4 (2005), pp. 387-390.

COSTADOAT J., *La 'mística social' del Padre Hurtado*, año 2, N° 4 (2005), pp. 395-405.

COSTADOAT J., *CELAM y la esperanza de un catolicismo latinoamericano*, año 4, N° 6 (2007), pp. 31-38.

ERRÁZURIZ J., *Conferencia general del episcopado en Aparecida: Desafíos a los laicos 'discípulos y misioneros'*, año 4, N° 6 (2007), pp. 23-30.

DE LA FUENTE F., *Valor de educar en valores*, año 4, N° 6 (2004), pp. 85-88.

Mons. GOIC A., *Semblanza y recuerdo de Monseñor Carlos Oviedo Cavada*, año 2, N° 3 (2005), pp. 257-264.

Mons. GOIC A., *En camino al bicentenario: nuestra contribución a la configuración de la sociedad y la cultura en Chile*, año 2, N° 3 (2005), pp. 265-276.

Mons. GOIC KARME LIC A., *La globalización de la solidaridad y la justicia. Desafíos para Chile y aportes desde la enseñanza social de la Iglesia*, año 5, N° 7 (2008), pp. 123-132.

GÓMEZ QUEZADA R., *Un exordio a un artículo de Gerardo Claps Gallo*, año 11, N° 11 (2014), pp. 63-66.

GÓMEZ QUEZADA R., *Una estadía en la casa del Papa: Recuerdos vaticanos y romanos*, año 11, N° 11 (2014), pp. 143-161.

GÓMEZ QUEZADA R., *Los sueños rotos hace 40 años: vísperas del golpe de Estado en Periodismo de la Norte*, año 10, N° 10 (2013), pp. 101-111.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *Pluralidad en la Academia. Una nota, desde la situación del Norte chileno*, año 1, N° 2 (2004), pp. 126-131.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *El entreceramiento de lo divino en la enseñanza de Alberto Hurtado*, año 2, N° 3 (2005), pp. 313-329.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *La Universidad Católica del Norte en el contexto latinoamericano. El desafío del nuevo humanismo y la construcción de la paz positiva*, año 4, N° 6 (2007), pp. 89-112.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *El Pontificado de Juan Pablo II y las dimensiones interpretativas de la Historia mundial*, año 5, N° 7 (2008), pp. 75-92.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A., *Mirando el campus antiguo, constaté el vacío del actual: no es la infraestructura sino el espíritu*, año 10, N° 10 (2013), pp. 17-25.

GOROSTIAGA MEDINA J., *Una mirada testimonial en los 10 años del departamento de Pastoral Universitaria, UCN – sede Coquimbo*, año 5, N° 7 (2008), pp. 23-34.

HALLET C., *Católico, Socialista, Insurrecto: Charles Peguy*, año 1, N° 1 (2004), pp. 64-76.

HUBERT A., S.J. *Tierra Nueva, el sentido de una revista*. Año 11, N° 11 (2014), pp. 17-45.

HUBERT A., *Evangelización, inculturación y Universidad*, año 1, N° 1 (2004), pp. 9-22.

HUBERT A., *Pastoral universitaria en la Universidad Católica del Norte*, año 4, N° 6 (2007), pp. 113-130.

IRIARTE BUSTOS P., *Red e intercambio en las sociedades tradicionales*, año 6, N° 8 (2009), pp. 69-84.

LEHNERT SANTANDER R., *Feliz aniversario, A.M.D.G.*, año 3, N° 5 (2006), pp. 47-48.

LUFIN VARAS M.L., *¿Quién se junta con quién? Analizando los patrones de participación en organizaciones sociales*, año 6, N° 8 (2009), pp. 85-98.

LUFIN VARAS M. – SOTO DÍAZ J.D., *Reflexiones en torno a la cuestión social en el Bicentenario*, año 9, N° 9 (2012), pp. 45-60.

MAJLUF N., *La persona en el centro de la empresa*, año 9, N° 9 (2012), pp. 81-94.

Cardenal MARTINI C.M., *Enseñando la fe en un mundo postmoderno*, año 5, N° 7 (2008), pp. 109-114.

Cardenal MARTINO R.R., *El desafío de la equidad en un mundo globalizado. Aporte desde la doctrina social de la Iglesia*, año 5, N° 7 (2008), pp. 93-101.

Cardenal MARTINO R.R., *Las Universidades Católicas y la doctrina social de la Iglesia*, año 5, N° 7 (2008), pp. 115-122.

MEIS A., *El papel de la mujer en el mundo de hoy*, según Juan Pablo II, año 2, N° 3 (2005), pp. 227-250.

MIFSUD T., *Píldora del día después*, año 4, N° 6 (2007), pp. 77-84.

MIRANDA REBECO P. – NEUT AGUAYO S., *Los avatares de lo histórico y lo público*, año 9, N° 9 (2012), pp. 121-159.

MISERICORDIA W., *A propósito de los 40 años*, año 10, N° 10 (2013), pp. 143-147.

MORA G., *Monseñor Patricio Infante Alfonso, mensaje del Pastor y Gran Canciller de la Universidad Católica del Norte*, año 1, N° 2 (2004), pp. 121-125.

MORA JIMÉNEZ G., *Pequeñas reflexiones del ayer*, año 3, N° 5 (2006), pp. 43-46.

MORALES CASTILLO I., *A 9 años de la canonización de Alberto Hurtado en Roma, la ciudad eterna*. Año 11, N° 11 (2014), pp. 163-179.

MORALES CASTILLO I., *Alumnos-mártires iluminan el camino de las nuevas generaciones de Periodismo: el brusco fin de una quimera*, año 10, N° 10 (2013), pp. 121-134.

MUJICA ROJAS C., *La Universidad Católica del Norte: el referente universitario del Norte de Chile*, año 3, N° 5 (2006), pp. 33-42.

NÚÑEZ ATENCIO L., *Algunos testimonio sobre el impacto de la dictadura en nuestras universidades*, año 10, N° 10 (2013), pp. 43-59.

OCHAGAVÍA J., *El talante intelectual del Padre Hurtado*, año 2, N° 4 (2005), pp. 357-386.

OCHAGAVÍA J., *Mesa redonda “del desconcierto a la esperanza”*, año 4, N° 6 (2007), pp. 11-22.

ORTIZ VEAS M., *En clave de correo y en clave de alma*, año 10, N° 10 (2013), pp. 149-153.

OSTRIA GONZÁLEZ M., *Notas para una crónica personal de la Universidad del Norte*, año 11, N° 11 (2014), pp. 47-60.

OSTRIA C., *Nuestro ideal de Universidad: una visión humanista*, año 1, N° 2 (2004), pp. 142-149.

OSTRIA GONZÁLEZ M., *Notas para una crónica personal de la Universidad del Norte*, año 3, N° 5 (2006), pp. 55-65.

PEÑAILILLO P., *Paisaje de invierno*, año 2, N° 4 (2005), pp. 413-415.

POBLETE NOVOA A., *Hacia una tierra nueva: Universidad del Norte 1956*, año 3, N° 5 (2006), pp. 15-32.

POLITIS JARAMIS T., *Recuerdos de la Universidad del Norte*, año 3, N° 5 (2006), pp. 49-54.

REINOSO GRAU M.I., *La búsqueda del desarrollo sustentable como una manifestación al amor al prójimo*, año 6, N° 8 (2009), pp. 61-68.

REYES FRANZANI P., “*Un café en tacitas rojas del Pabellón L me cambió la vida...*”, año 10, N° 10 (2013), pp. 61-74.

RODRÍGUEZ M.R., *¿Qué será de Neskito? “Aunque los pasos toquen mil años este sitio, no borrarán la sangre de los que aquí cayeron” (Siempre, de Pablo Neruda)*, año 10, N° 10 (2013), pp. 137-141.

SALINAS MERUANE P., *Mujer y trabajo productivo*, año 9, N° 9 (2012), pp. 95-106.

SEPÚLVEDA J.I., *Alberto Hurtado: Inspiración para el sacerdote hoy*, año 2, N° 4 (2005), pp. 406-412.

SEPÚLVEDA DEL RÍO J.I., *Dolor y sufrimiento: Perspectiva cristiana*, año 4, N° 6 (2007), pp. 39-60.

SEPÚLVEDA DEL RÍO J.I., *Sociedad civil y construcción de una sociedad ética*, año 9, N° 9 (2012), pp. 61-78.

STONE N., *Ejercicios espirituales para la opción de vida. Reflexiones sobre el método ignaciano y los jóvenes*, año 5, N° 7 (2008), pp. 45-58.

TABLAS: Índice autores, temas, documentos de *Tierra Nueva* años 2004-2014. *Libros Colección Iglesia y Mundo*, Ediciones Universitarias UCN, año 2, N° 2 (2014), pp. 181-191.

TELLO BIANCHI E., *Pastoral Universitaria: una visión sistémica*, año 5, N° 7 (2008), pp. 35-44.

TORRES RIVERA O., *La huella del Padre Alberto Hurtado*, año 9, N° 9 (2012), pp. 9-26.

VALDIVIESO GÁTICA G. – VIDAL DEL VALLE T., *La tercera misión de las Universidades y el vínculo con la sociedad*, año 6, N° 8 (2009), pp. 47-60.

VALENZUELA MATORANA W., *De días de horrores inimaginables y también de grandezas morales y humanas: Bajo la sombra de Caín*, año 10, N° 10 (2013), pp. 77-89.

VÁSQUEZ TAPIA A., *La identidad y el sentido de nuestras Universidades Católicas*, año 9, N° 9 (2012), pp. 27-44.

VERA VERA H., *La Norte en tiempos de la reforma universitaria*, año 10, N° 10 (2013), pp. 29-41.

VILLANUEVA LLANOS S. – VENEGAS AVENDAÑO E., *Y logramos ver más allá*, año 3, N° 5 (2006), pp. 11-14.

YAÑEZ S., *Cercanía y distancia en la mirada de Juan Pablo II*, año 2, N° 3 (2005), pp. 251-256.

DOCUMENTOS

M. BAÑADOS de PRECHT, *Esperando al Señor*, año 1, N° 1, pp. 110-111.

BENEDICTO XVI, Homilía. *Santa misa, Imposición del Palio y entrega del anillo del pescador, en el solemne inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma*, Año 2, N° 3, pp. 337-344.

Misael CAMUS IBACACHE, *La Universidad Católica del Norte: su inserción en el desarrollo del país y en la sociedad de conocimiento*, año 3, N° 5, pp. 69-70.

CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *Para la vida*, año 1, N° 1, pp. 107-109.

Monseñor F.J. ERRÁZURIZ, *El derecho a la vida, también hoy y en todas las circunstancias*, año 1, N° 1, pp. 99-106.

Monseñor F.J. ERRÁZURIZ, *Homilía en el Te Deum de Fiestas Patrias 2005 en Santiago*, año 2, N° 4, pp. 458-463.

Monseñor Alejandro GOIC KARMELIC, *Con la confianza audaz de los Santos*, año 2, N° 3, pp. 345-349.

Alberto HURTADO, *Escritos y reflexiones*, año 2, N° 4, pp. 419-451.

Monseñor P. INFANTE A., *Homilía, con motivo del 48° aniversario de la Universidad Católica del Norte*, año 1, N° 1, pp. 95-98.

Monseñor P. INFANTE A., *Mirar nuestra realidad con los ojos de Cristo Jesús*, año 1, N° 2, pp. 195-198.

JUAN PABLO II, *Mane nobiscum, Domine. Carta apostólica para el año de la eucaristía*, año 1, N° 2, pp. 199-216.

Peter-Hans KOLVENBACH, *Discurso a los laicos de espiritualidad ignaciana*, año 3, N° 5, pp. 75-88.

Peter-Hans KOLVENBACH, *Cincuentenario de la Universidad Católica del Norte*, año 3, N° 5, pp. 89-99.

Monseñor Pablo LIZAMA, *Homilía en el Te Deum de Fiestas Patrias 2005 en Antofagasta*, año 2, N° 4, pp. 454-457.

Monseñor Pablo LIZAMA RIQUELME, *Homilía en la Universidad Católica del Norte*, año 3, N° 5, pp. 71-74.

LIBROS EDITADOS POR LAS EDICIONES UNIVERSITARIAS UCN, ANTOFAGASTA EN LA COLECCIÓN IGLESIA-MUNDO

HUBERT A. (Ed.), *Juan Pablo II. 25 años de Pontificado*, 2003.

HUBERT A. (Ed.), *Cardenal Carlos Oviedo Cavada, hombre y pastor*, 2004.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A. – SEPÚLVEDA J.I. (Eds.), *Luis Silva Lezaeta, el pastor del desierto*, 2005.

SEPÚLVEDA DEL RÍO J.I. – TELLO BIANCHI E. (Eds.), *Los jesuitas en el desierto de Atacama*, 2006.

GONZÁLEZ PIZARRO J.A. (Ed.), *Cincuenta años de la historia de Chile, vistos desde la Revista Mensaje. Vol. I: de la sociedad tradicional a la construcción de la sociedad nueva*, 2008.

VELÁZQUEZ J. – TELLO E. (Eds.), *Cincuenta años de la historia de Chile, vistos desde la Revista Mensaje. Vol. II: La construcción de la sociedad no deseada*, 2010.

TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Rescate del patrimonio material más antiguo de la región: De las Iglesias precordilleranas a los templos urbanos*. 2010.

TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Luis Silva Lezaeta y el Norte Grande*, 2013.

TELLO BIANCHI E. (Ed.), *Vida y muerte en el desierto de Atacama*, 2013.

